

Quince Duncan

KIMBO



KIMBO

KIMBO



1969 Año del XX aniversario
Editorial Costa Rica

Quince Duncan

KIMBO



1989, año del XXX aniversario
Editorial Costa Rica

KIMBO

© Quince Duncan Moodie y herederos.
© Editorial Costa Rica, Apartado Postal 10010-1.000,
☎ 23-4875, 23-9303, 23-7513. San José, Costa Rica.


Dirección de producción editorial y edición
de Dennis Mesén Segura.
Control de producción editorial de Germán Hernández Valle.
Composición tipográfica de Franklin Mora Solano.
Corrección de pruebas de Hernán Elizondo Arce.
Artes finales y diseño de cubiertas de Francisco Leiva Brenes.
Hecho el Depósito de Ley.
Edición revisada, corregida y autorizada
para su impresión por su autor.

Primera edición aprobada por la Junta Directiva en
Sesión 1.118, impresa en la Imprenta Nacional
en el mes de enero de 1990 con un tiraje de 2.000
ejemplares en papel bond y cartulina barnizable.
Derechos Reservados conforme con la Ley de
Derechos de Autor y Derechos Conexos para la
presente edición D. R. © Editorial Costa Rica.

CR863.4	Duncan, Quince, 1940-
D912k2	Kimbo / Quince Duncan. --2. ed. --
	San José: Editorial Costa Rica, 1989.
	160 p. : 21 cm.
	ISBN 9977-23-504-X
	Novela costarricense. k. Título: ...
DGB/PT	89-0018

ADVERTENCIA

De conformidad con la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos es prohibida la reproducción, transmisión, grabación, filmación total o parcial del contenido de esta publicación mediante la aplicación de cualquier sistema de reproducción, incluyendo el fotocopiado. La violación a esta Ley por parte de cualquier persona física o jurídica, será sancionada penalmente.

 IMPRESO POR IMPRENTA NACIONAL
LITOGRAFIA SAN JOSÉ, COSTA RICA, APOD 504

INDICE
Pág.

KIMBO

Primera parte	11
Segunda parte	51
Tercera parte	81
Cuarta parte	113
Glosario	153

*Para Andrés en sus dieciocho años.
Para Jaime, Pablo, Shara y Denise,
porque no hay poder en el mundo
capaz de detener el flujo entre padre e hijo
cuando la fuerza surge
de las profundidades del samamfo.
Y para Miriam Bustos
por su fe en KIMBO.*

PRIMERA PARTE

*Te recuerdo
así, dinámico,
así, hermoso,
así, entero,
y, caudaloso.*

*Te veo
ahora, débil;
ahora, deforme;
ahora, partido
y, escaso.*

EULALIA BERNARD.

Kimbo. Kimbo el silencioso. Kimbo con los kilómetros de historia cargando sobre él como leyenda, levantó la cabeza por una sola vez. Sólo una vez. Sus ojos por un momento parecían buscar en el amplio salón algunas claves que le permitieran entender la vida, o al menos lo que acontecía en el entorno. Kimbo buscaba, sí. De dónde asirse. De dónde agarrarse para no caer al vacío. Estaba definitivamente demasiado próximo al abismo. Por eso levantó la cabeza.

Pero una sola vez le bastó. No había motivo alguno para repetir el acto. Con mirar una sola vez el rostro del primer declarante y verlo allí, sentado bajo juramento diciendo con impresionante firmeza que sí, *fue él*; sí, con verlo una sola vez bastaba. No lo había visto antes. No era conocido. En tantos años de andar por el mundo jamás encontró antes un rostro así. Ni siquiera se lo había imaginado. Y Kimbo no deseaba verlo nunca más.

De ahora en adelante era una cuestión simple. Un asunto sencillo que no tuvo ni tendría factores causales. Un capítulo final. Un caso definitivamente cerrado en el instante mismo en que se abría el proceso. Un aborto, por lo tanto, y era de esperar un pronto veredicto.

Kimbo decidió que lo que el testigo decía era verdad. Tenía que serlo. Algo de cierto debía de haber porque bien, el primer declarante pudo haberse confundido, aunque era un maestro de escuela y se supone que como educador tenía el deber de dar el ejemplo. Mas, un error es un error. Pero el segundo

testigo en cambio era un pobre desgraciado a juzgar por su voz. Kimbo lo juzgó por la voz porque no levantó la cabeza esta vez. No quiso mirar rostros. Dijo el testigo que era vecino de Tres Ríos, padre de familia y peón de oficio. Eso dijo. Kimbo lo creyó. El testigo también había presenciado el secuestro, y como testigo presencial de los hechos calificaba para identificar a los implicados. Y sin duda ese que *está sentado allí es uno de ellos*, porque en efecto lo vi rondando por allí, armado y todo.

Kimbo lo creyó. Era verdad. ¿Cómo dudar de un hombre sencillo que él no había visto jamás, no quería ver ahora y posiblemente nunca escucharía de nuevo? Todos ellos, todos los testigos estaban declarando bajo juramento y lo que se dice bajo juramento es verdad. A él lo vieron en el lugar de los hechos varias personas, armado y todo, amenazando a los pacíficos transeúntes. Eran testimonios veraces. Kimbo los creyó.

Desfilaron uno por uno todos los testigos y todos los testigos eran el testigo. Idénticos sus rostros y diversas sus voces. Desfile interminable de enemigos que aparecieron, que brotaron de donde siempre brotan los enemigos. Hongos de la tierra. Incluyendo finalmente el sacerdote, brotaron. El padre también había visto todo, incluyendo cómo sacaron a ese hombre de su casa y montaron al pobre en un vehículo, y uno de ellos llevaba una ametralladora con la que amenazaba a todos los que iban pasando, y así, como hijos del demonio que son, se lo llevaron, un buen cristiano como era, un hombre de Dios, un empresario cuyo único delito era dar su mercadería a un precio menor, beneficiando de esta forma a tantas familias indigentes y dando su dádiva para la construcción del templo con una porción de lo que normalmente hubiera ido a dar a las arcas del Estado, pues su aporte era deducible del impuesto sobre la renta. Todo esto conforme lo enseña la Santa Madre Iglesia. Porque Dios da la pobreza y riqueza, y ricos y pobres. Pero los ricos tienen

el deber de tender la mano a los pobres, dijo el sacerdote, y agregó que *sí, ese que está sentado allí es uno de ellos*. Eso dijo el padre, que Kimbo era uno de ellos. Y Kimbo se lo creyó, porque como siervo de Dios el sacerdote no podía mentir y por tanto, todo cuanto llevaba dicho era verdad.

Trató sin embargo de reconstruir los hechos, de recordar. No podía. No tenía más remedio entonces que apropiarse de la verdad de los testigos, porque su memoria lo había dejado en total abandono. Aferrarse sí, a una verdad ajena porque no tenía una propia, aceptarla, resignarse a no recordar, porque esa era, en última instancia, la única posibilidad de conservar algo de su sano juicio.

Sin duda su actitud lo incriminaba y él lo sabía. Había entrado al salón de la justicia con la cabeza baja, ¿qué mejor demostración de su condición de réprobo? En la vida los hechos cuentan poco, Kimbo. Los hechos tienen poca relevancia. Lo de peso, lo que de veras definirá tu suerte, Kimbo, es la opinión que las personas tengan de los hechos. Como en el fútbol: es gol si el árbitro opina que es gol. Aunque no sea gol, es gol. Es la opinión de los que aún sin arte ni parte en el asunto, decidieron comparecer para ser partícipes del concenso. Todos ellos iban a construir la verdad de los sucesos, poniendo juntas las piezas de un enorme rompecabezas que luego, armado, saldría inmaculado por la boca del juez: culpable. Era muy claro: culpable. Esa iba a ser la verdad: la única certidumbre.

La intuición causa fatiga. Produce aburrimiento. Por eso estás cansado, Kimbo. Saber que desde siempre los hechos cuentan poco, que lo de peso es la percepción que el grupo tenga de los mismos. Así uno anticipa el final de la historia, cualquiera adivina el final de todos los cuentos. Por eso te invade este tedio letal de endémicas síntomas, que te hace pensar que fue cargoso haber nacido, que te hace sentir la pesadumbre de seguir. Huera las declaraciones de los testigos. Inútiles las protestas del abogado defensor y las llamadas de atención del juez.

Sí, en todo eso, Kimbo, descubres una innenarrable vaciedad.

¿Cómo no tener la vista baja?

Ciertamente no era la primera situación opresiva que enfrentaba Kimbo. Hubo una vez que la opresión tuvo ropaje de pobreza, pero él pudo levantarse con esfuerzo y decir, *heme aquí*. Las cosas cambian. Cambian para bien y para mal. Pero los hombres parecen seguir. En todo caso, los demás parecen seguir, como si el tiempo perdiese la partida. Por cada caído se levantaban dos.

Kimbo no subirá la vista. Demasiado esfuerzo. No valía la pena. De por sí estaba al final del capítulo final, donde todas las cosas se permutan. La abuela tuvo que morir dejando al niño sin mimos, sin sopas. El abuelo tuvo que morir llevándose a la tumba sus viejos cuentos. La madre hubo de fallecer, matando en su muerte mil sueños distintos: el rancho, una torre de papel que se quema, una choza de barro arrastrada por el agua; cualquier fruta que se pudre, se avinagra, pierde su dulce y en medio del día y de la noche va quedando solamente la enorme oquedad que ocupa su propio espacio, único, irrepetible; cada experiencia y cada etapa queda allí, Kimbo, sin que el tiempo, sin que nada ni nadie puedan hacer borrar su huella. Kimbo.

Pero, yo, a ese muchacho lo conozco desde que era un niño. Por eso pongo en duda todo. No creo que haya sido él. Quiero decir, la pregunta va en dos sentidos: preguntar si realmente el que tantos dicen haber visto era él. Yo no me lo imagino, ametralladora en mano, amenazando a *los pacíficos ciudadanos*, como dijo uno de los testigos. Pero hay otra cosa: ¿será que este muchacho ya no es el mismo que nosotros conocimos? Aquel que estimamos, el que nos dio tema para tantas parlas, cuando en los meses calientes florecían los yumplones.

Yo lo conocí siendo él un niño. Y fue un niño, digamos, normal. Bueno, hasta donde se puede llamar normal a un niño que se levantaba de la cama para tomar el desayuno y ponerse a leer. Admito pues que era un poco extraño. Los niños corren, no se esconden para leer. Tenía sus cosas: demasiado respetuoso, pienso yo, casi sumiso pero a la vez de una dignidad que era casi pedantería. Y no es una contradicción: no trasgredía las leyes. No violaba las normas establecidas por la comunidad. No llegaba tarde a clases, ni se quedaba jugando con los demás niños. Iba de la escuela a su casa sin detenerse; iba a la Iglesia o a la pulpería y solo la señora Rob lograba detenerlo de vez en cuando. Pero a la vez era un rebelde porque él tampoco permitía que nadie transgrediera las normas en su perjuicio. En esos casos eran rayos y centellas. El manso y complaciente niño se volvía un demonio. Una fiera bufante. Exactamente esa es la palabra que estaba buscando para decirlo, se volvía un niño bufante.

No, sí era un niño como todos. Sumiso y rebel-

de a la vez. Por eso tengo esta duda. Tengo esta duda porque, digo yo, un niño así, inclinado más bien a la lectura, a la fantasía, a las cosas delicadas, no creo que crezca y se haga bandido. Eso lo creo firmemente. Y me gustaría oír las voces de los que lo conocieron cuando niño, las voces que lo saben definir.

Que hablen, pues.

Puede haber sido un error, pienso. Deveras, no sé. Que hablan, pues. Que griten su verdad todas las voces.

SEGUNDA VOZ

Yo lo recuerdo tierno. Nunca vi la fiera que bufaba. Y lo conozco bien porque se detenía a hablar conmigo cuando pasaba por mi casa. Un gozo hondo llenaba todo mi cuerpo cuando lo miraba y me sentía madre. Y lo sabía. Era manifiesto para mí que él iba a llegar: ¿Un cura? ¿Un cantante? Alguien. Y yo tenía el deber de ayudar a educarlo, a despertar en él la imaginación. A contarle las variadas historias, sacar de lo escondido el tesoro preciado que era ese muchacho.

Yo lo recuerdo, Kimbo. En las horas lentas del día o de la tarde buscaba en el baúl de los cuentos antiguas fábulas que habían sido contadas tantas noches y por tantas bocas en tantas partes. Cuentos sin memoria. Y le prestaba libros. Teníamos él y yo un convenio según el cual yo le prestaba un libro a la vez y él lo devoraba como loco para venir después a contármelo. Lo interrogaba sobre el contenido y me daba cuenta que lo leía todo. Era así, un muchacho tierno, lleno de imaginación pero sobre todo, un muchacho bueno.

No, no tengo duda: era bueno.

Cristalino como el agua y, por lo mismo, lo queríamos. Lo amaban incluso los que no lo amaban. Es decir, aún los intolerantes que no resistían que él fuera como él era: un punto de referencia que recordaba a todos la posibilidad de no ser como no se debe ser. Aún para ellos, era un muchacho bueno. Demasiado bueno. Siempre fue así. Siempre ha sido así.

Entonces no fue él. Debe quedar libre porque no pudo haber sido él. Debe quedar libre porque tie-

ne mucho que hacer. Libre porque también ha tenido que sufrir bastante. Nació para cantar. Nació para ser grande: orgullo de su raza y de su región. Eso lo sé con toda certeza. Siempre lo supe. Deben pues dejarlo libre. El no fue. No pudo haber sido. El es un muchacho bueno, y eso lo sostuve siempre hasta el día de mi muerte.

Kimbo oyó la orden oficial y se puso inmediatamente de pie. Esperaba oír la sentencia. Sin duda tenían prisa por condenarlo, por terminar de una vez con un asunto tan intrincado. Querrían apresurarlo todo, para olvidarlo tan pronto como fuese posible. Seguramente era obvia su culpabilidad. Era mejor, pensó. ¿Total, para qué prolongar la agonía? Treinta años de cárcel, talvez. Y estaba bien. Se dijo que *estaba bien*. Pensó que estaba bien. Kimbo creyó que estaba bien. Estaba bien con él. Cadena perpetua porque era una cuestión de suma. *¿Cuántos años tiene?* —le preguntó el oficial que tomaba los datos en la detención. Para treinta años después el mundo ya no sería el mundo. No se podía nacer anciano.

Pero el juez dijo sin mirar a Kimbo que la audiencia se suspendía *por el día de hoy, para continuar mañana*. Mañana a las trece horas, dijo. De modo que eso era. Kimbo en la espera. Kimbo en la prolongación de la agonía. Porque el juez está cansado. Igual que tú, Kimbo. Cansado él de administrar la justicia, de obrar con rectitud, cansado de una vida dedicada al servicio de la humanidad y pobre. Cansado de los que se dedican a sí mismos y están ricos. Cansado de todo. De las cosas que pasan. De las cosas que quedan. Cansado él de la fatiga que produce el desfile interminable de testigos que lo habían visto todo, que no tenían duda. Cansado de los editoriales que habían enjuiciado al reo y dictado sentencia. Cansado de intuir que de alguna manera la justicia sobra. Y tú, Kimbo. *¿De qué estás cansado tú?* Porque se ve en tus ojos que estás cansado.

TERCERA VOZ

Yo, licenciado en derecho. Tengo mis años de ejercer. He tenido problemas y todo lo que quieras. Y sé que no soy el mejor juez en este caso. Pero vea tú las cosas como son: está separado de ella desde hace ya sus años. No tiene sentido que tras tantos años de separación, e incluso de peleas judiciales bien serias, de pronto se ablande al punto de confiar en ella. Y aunque el juez haya dicho que *estas declaraciones no influirán en mi ánimo*, sé que con eso lo hunden. Sobre todo así, callado, con la cabeza agachada, sin abrir la boca siquiera para dejar que entre un poco de aire.

Y, pues, sí. . . sé que la sicología de las personas que hacen este tipo de cosas es muy especial. Eso lo admito. Sería tonto si no aceptara eso. Pero te digo una cosa: ese muchacho no es nada tonto. Quiero decir, si es capaz de realizar un secuestro no se lo iría a contar a alguien que es, sin duda, uno de sus peores enemigos si es que tiene otro.

Por eso lo defiendo. O sea, creo en él. Es decir, me hice cargo del caso porque estoy convencido de que mi actuación en este asunto va a beneficiar la administración de la justicia. El no tiene nada que ver con el secuestro. Ella se está vengando. Se está aprovechando de la coyuntura para lograr lo que siempre se había propuesto: destruirlo. Ella nada gana con eso, es cierto. Le basta satisfacer sus instintos. El goce no está en el beneficio propio, sino en el mal del otro. Es lamentable, pero hay gente así.

Bueno, no te voy a discutir. Es cierto que algo le pasa, porque no es normal que pase el tiempo con la cabeza agachada. Algo le pasa. Puede ser que

lo tengan amenazado. Hay algo extraño, alguna pieza falta para formar el cuadro. Existe un vacío que no he podido llenar. Pero él no era así. No estaba así cuando me lo presentaste. Cuando fui a hacerme cargo del caso por recomendación tuya, me habló con optimismo. No tenía miedo. Estaba confiado en sí mismo y convencido de que en pocas horas estaría afuera. Quiero decirte que estaba seguro de que la acusación era un cuento de hadas y que los jueces no eran tontos.

Y me dejé contagiar de su entusiasmo. Inicié las gestiones para su excarcelación y recurrí al *habeas corpus* para que lo dejaran libre. El había llegado al país el mismo día y estaba en su casa durmiendo a la hora del secuestro. El asunto se presentaba claro como el agua: era cuestión de aportar el testimonio del taxista, el pasaje del avión, una constancia de la aerolínea, en fin, era fácil. Pero las horas pasaron. Los días pasaron y los recursos morían. Y comenzaron a aparecer uno a uno los testigos que lo habían visto tomando parte en el secuestro. La prensa anunció que uno de los culpables, Kimbo, había sido capturado. Y desde ese mismo minuto un tropel. Lo habían visto ese mismo día, a esa misma hora, en el mismo sitio, con la misma cara. Todos lo mismo. En el sitio de los hechos, ametralladora en mano, amenazando a los transeúntes, mientras protegía la fuga de sus compañeros que llevaban amordazado y vendado *al pobre y al inocente señor don Barrigón* como dijo uno de ellos, y lo montaron en un auto azul, en un auto verde, en un auto café, y el de todo eso fue él, el mismito que está allí.

Y ahora no sé. Las sombras le fueron entrando al muchacho. No sé explicarlo, pero es como si algo. . . algo que él hubiera estado reprimiendo o conteniendo por mucho tiempo lo hubiera agarrado y comenzara a hacer de él una inutilidad, una mole de carne sin más sentido que la presión interior que, sin duda, lo estaba matando sin que él encontrara qué hacer.

De verdad que el ser humano es complejo. No sé. No sé.

En fin, ¿tienes café? He estado tomando café como un loco. Son las tensiones. No sé qué me pasa. Quiero decir, el asunto me está haciendo daño, ¿sabes? Nunca me había involucrado tan de lleno en un caso. Lo que quiero decirte es que uno atiende los casos profesionalmente. Uno no se involucra: es una cuestión de puras relaciones formales. O sea, que no hay sentimientos de por medio. Uno no quiere ni odia al cliente ni al opositor. Por lo menos yo sería capaz de defender al enemigo de mi cliente en otro juicio y trabajar ambos casos con el mismo empeño. Es una cosa que uno va aprendiendo, porque al principio no es así. Al principio uno mete el corazón en la vaina y por eso le sale mal. No es cosa de sentimientos, te digo.

Está rico tu café. Al principio. . . bueno. . . lo nuestro . . . creo que era. . . no sé, una necesidad de cariño, de mimo, qué sé yo. Ahora no. Ahora es más que todo. Ahora es todo. Tengo necesidad de buscarte, de estar cerca, de estar contigo, de hablarte cuando las cosas se ponen difíciles. Sé que. . . bueno, quería decirte que algunas veces vencido por la tarde la noche se me tiende en gris mayor. No hay asientos en el teatro, el escaño está vacío, el sudor corre parejo por la sien. Entonces es cuando me doy cuenta que vale la pena todo esto. Vale la pena tener una amiga, para aplacar estas horas de soledad. Vale la pena tener una amiga, que se sienta conmigo a conversar. ¿Será ese su problema? Te pregunto, bueno, es que no tengo a nadie más a quien preguntar. Porque a veces los nubarrones pasan por la casa, el frío llega a los huesos, calando hondo en re mayor; son los momentos en que uno sabe que no hay caminos en la selva, el verano está violento, y alguna cuenta se nos queda sin saldar. Es en esos momentos, amor, en que uno toma conciencia de tu valor. Vale la pena tener una amiga como tu, agua clara para navegar; vale la pena tener una amiga como tu, puerto seguro adonde atracar.

Acércate. Cuidado con el café, mujer. Déjame poner. . . cuidado. . . ya se regó el café. . . no, no es que me importe la sábana, es que ha sido demasiado tiempo, demasiado tiempo desde la última vez. . . ahora tiene que ser. . . un poco hacia acá que me golpeo la cabeza. . . un poco hacia abajo. . . despacio. . . este momento tiene que durar. . . tiene que durar mucho. . .

CUARTA VOZ

Pedazo de bestia, le dije. Se lo dije en tono bur-lón. Porque esta gente es así, como las bestias salva-jes. Me puse serio y le dije, *hijos de mala madre*. *Puercos*. Sonreí, con una sonrisa ancha para que me viera y luego volví a lo primero, *pedazo de bestia*, le grité.

No se movió el carajo. Siguió igual como si yo hubiera estado hablándole a una piedra. Talvez a la piedra donde se sentó la burra que amamantó a la madre que lo parió. Y es que el ayudante me estaba mirando, y eso me pone como un miura. Estaba to-do alentadito, listo para decir cualquier cosa. ¡Ah, los conozco! Cuando uno menos espera salen con *así de jeta para decir, ya, ya me di cuenta que tiene su punto flaco el coronel. No es tan duro como parece. Pero conmigo se joden.*

Hijo de mala madre le dije de nuevo gritando y le metí el chuzo. Y casi mato al carajo. Pegó un salto el saltamontes y chilló el hijo de cerda y se me *cui-tió* como una gallina. Así como se lo estoy diciendo, así pasó.

Era bien sencillo lo que me dijeron que averi-guara y él lo único que tenía que hacer era decirme-lo. Hasta le prometí buscar la manera de que no lo jodieran mucho y que lo pasaran casi directo a la celda. Pero el tipo estaba hecho un pedante. Eso sí que no lo perdono, y mucho menos en un condena-do negro. Porque es bien negro el mulo este.

¿Qué le costaba decirme en qué lugar tenían al barrigón? Era un hombre famoso el tal barrigudo y todo el pueblo lo reclamaba. Lo querían por los cin-cos y dieces que siempre rebajaba en todo. Tiene al-

macenes el barrigón ese. Tiene plata. Y se contenta con ganar poco en cada cosa que vende porque al final sabe que vende más. Y es que todas las viejas agarran para el almacén del barrigudo ese y le caen todo el tiempo y lo mantienen a flote en medio de cualquier crisis. Y la gente salía favorecida y le favorecían a él. Y está legal. ¡Viva el abuelo! El hombre se la ha jugado bien. No es que partió de cero, pues algo de platilla tenía la familia. Tenían sus pesos. Pero bueno, se hubieran quedado así de chicos, si no es por el barrigón que se metió a hacer las cosas a lo grande ¡y ya ve!

Claro, le tienen envidia. Lo envidian estos cobardes que en vez de trabajar, mirá lo que hacen. Y me lo hace a mí este cagón. Está mal, muy mal. Y había que hacérselo ver. Y yo creo que me entendió por la cara que puso. Le menté la madre por lo mismo. Le dije que era un hezudo. Y si lo mandé a que se limpiara no fue por compasión ni nada: simplemente fue eso, que no aguantábamos el olor.

Pobre barrigudo con un hijo mastodonte, idiota, y una mujer así media misteriosa que le gasta la *harina* que se gana el baboso. Ampliamente así es. Y es linda la mujer esa. No es así como quien dice una maravilla ultrasónica, no. No es para tanto, pero tiene unos ojos lindos. Unos ojos negros, lindos. Y además está buena de cuerpo. Y se tiene una elegancia que embarca a cualquiera. Y el pobre marido está así apenas para el gasto. Y eso sí lo jode. El lo sabe y vive con un apocamiento de película. Pero está bien: él se lo buscó. Nadie lo mandó a buscar mujer joven.

Pero bueno, lo que no hay que perder de vista es que cuando el tipo que por envidia, y quién sabe si no por la mujer quiso joder, o mejor dicho tenía jodido al Barrigón y lo capturamos, yo me dije, *conmigo canta ligerito*, pero no lo hizo. Por eso cuando el tipo ese pudo recuperarse un poco, le metí la luz a los ojos otra vez y lo agarré por el lado de la *con*versona. Le metí *parla*. Y lo hice llorar al flogón. Pero nadie lo pudo sacar de donde se plantó: que él no sa-

bía nada de nada. Nadie lo pudo mover: no sabía nada de ningún secuestro porque en primer lugar él no era un delincuente y en segundo lugar andaba fuera del país haciendo un negocio. Eso dijo. Dijo que sí, conocía al Barrigón y a la mujer del Barrigón, pero sólo en negocios, que más bien han sido socios, y que no le resiente nada. En eso se fue el día. Y no aflojó nada, ni una pizca. Y me tenía con la jeta llena de tierra. Por eso lo dejé descansar. Después de todo, pensé, no es tan flojo si con todo el asunto no soltó prenda. Lo puse a dormir con una inyección. No es que me estaba volviendo flojo y eso lo dejé bien claro con el ayudante. Simplemente se trataba de un cambio de táctica. Por la vía de joderlo no iba a lograr nada.

En fin, eso fue lo que pensé. Solo que al día siguiente lo volví a agarrar por las buenas y no hubo nada. Y fue cuando pensé que ya era mucho esperar con la prensa allí, jode y jode con que si el reo había confesado, y el Presidente de la República llamando a mis superiores que entonces me llamaban a mí y me daban veinticuatro horas. Por eso me enojé con él y lo tuve despierto treinta horas. Y cada vez que se iba quedando dormido lo chuzaba. Así lo tuve y paré porque se me quedó en blanco en una de tantas. Yo creí que se estaba muriendo y me asusté porque tampoco tenía que matarlo. En el país no hay torturas ni esas cosas y si se me hubiera quedado iba a ser torta. El carajo, como quien dice: apagó la luz. Se quedó en blanco. ¡Qué cosa tan extraña! Después estuve hablando con un argentino que ha trabajado en estas cosas y dice que eso pasa a menudo, pero uno pues, no es que uno sea un novato, no, pero no tiene la experiencia de esta gente que ha pasado media vida torturando comunistas, y se la saben todas. ¡Y fue esa carrera del médico! Y lo tuve que dejar porque al día siguiente era la comparecencia y tenía que ir bien presentado.

Ahora, el asunto no es ese. El asunto es que yo estoy empezando a creer que de veras este mucha-

cho no tiene nada que ver en el asunto. No se le ve por ningún lado que sepa nada. Pero algo tiene. Es raro. Algo le pasa. Quizás no sepa del secuestro, pero algo está ocultando. Tiene algo en la conciencia. Eso se ve a las mil leguas.

¿Qué, qué me da hacerle esto a mi amigo? Ya te dije que renegué de su amistad cuando lo vi flojo. Pero de todos modos no queda de otra: mi trabajo es este. Es un trabajo feo y todo lo que quieran, pero siempre he dicho que alguien tiene que hacer el trabajo feo. Y siempre he pensado que qué haría si me traen a mi hermana. . . bueno, a mi madre. . . Pero eso no se puede dar. Además lo cambiarían a uno. Pero aún en esos casos uno no podría andar con cosas. Si uno se muestra blando lo sacan de aquí. Sobran pendejos y cabrones deseando ocupar el lugar de uno. Pero además, yo sé hacer esto: he recibido cursos y seminarios y cosas de esas. Aquí donde me ve he estado en encuentros internacionales donde gente que se la sabe muy bien le enseña a uno cómo se hacen las cosas. Soy un profesional en mi campo: esta es la primera vez que fallo. Y yo digo que esto no es fallar; el carajo no sabe nada de nada porque si lo supiera ya lo tendría cantando como un yigüirito.

Ahora me lo traen de nuevo. Esta vez lo voy a agarrar por el lado moral y lo vamos a hacer molida. Allá él. Yo sé que va a negar todo otra vez, pero allá él. Para que no digan, desde temprano le voy a advertir que si no canta nos vamos a pasear en su mujer. La de la finca. Supuestamente trabaja allí y le atiende la casa, pero todos sabemos que es mujer de él. Nos la vamos a comer allí mismo, en frente del carajo, todos los seis, uno por uno. Y va a tener que cantar o inventar un cuento si es que la muchacha le importa.

Son cosas del oficio. Es un trabajo feo, lo acepto, pero no me da pena decir que alguien tiene que hacer la parte fea. Si no fuera por nosotros el Presidente y todos los viejos esos no podrían andar tran-

quilos por las calles con las movidas y tortas que hacen. No podrían andar. Nosotros hacemos posible que la gente duerma con tranquilidad. Defendemos esta vaina contra los extremistas: contra derechas y contra izquierdas. Nosotros garantizamos, nosotros sí (ninguno de estos perros hacen nada por el país, excepto, claro, poner la nalga para que se la marquemos). Por eso digo así: *que nosotros hacemos que la gente pueda seguir siendo libre. Alguien tenía que hacer este trabajo y nos tocó a nosotros. ¿Y qué?*

Aquella mañana quise cantar.

La voz se me había limpiado durante el sueño y es hermoso cantar. Pero, primero se me dijo en casa que mi canto invocaba la lluvia y luego el recuerdo del cantante frente a mí declarando que él no fue *pero tuvo que haber sido*, el pobre loco.

Entré al baño.

Era delicioso el día así con su frescura llena y su perfume y con el agua llenándolo todo. Y yo hubiera querido quedarme un momento aún pero *el café está servido amor y se te va a enfriar*.

Luego salí, bulto en mano, caminando.

Saco, corbata, pantalón campana. Odio los pantalones campana, pero todo el mundo los usa. Hasta el tipo loco ese de las declaraciones enredadas usa pantalón campana. Alcancé a llegar a tiempo; marqué la tarjeta a la entrada del edificio exactamente dos minutos antes del límite y me senté en mi escritorio. Le sonreí a la colega del frente. Ese era mi primer deber de la mañana. Es hermosa su cara limpia como la mañana misma.

Después, revisar el expediente de ayer. *Todo está al revés hoy*, comentó alguien. Y luego, *vamos a tomar café*. Sentí un gran alivio y sobre la taza de café descubro que mi colega había salido con un muchacho divino que además tiene un automóvil Turbay 800 y unos ojos preciosos.

Entonces volvimos al trabajo.

Las mañanas tienen una extraña manera de ser siempre iguales. Aburrido yo del pobre loco y de todos los locos testigos que declaraban en su contra tantas incongruencias que yo tenía que escribir, ano-

tar y tachar y firmar para que el expediente pudiera ser tal. No había nada cuerdo en el caso. Nadie estaba del lado donde tenía que estar, nada calzaba. Estaba ya por creer que en el fondo no había habido secuestro alguno.

La calle era calurosa al mediodía, y corría.

Corrí a alcanzar el bus. Basta el olor de algunos días. Mi mujer podría economizar trabajo evitándome la dolorosa responsabilidad de comer. Habría preferido dormir un poco, en vez de comer arroz. Porque era arroz. Ayer había sido arroz. Y mañana sería arroz. El arroz es eterno y no cambia jamás de sabor.

Casi olvido el beso meridiano en casa.

Perdí el autobús y el taxi era de diesel con un chofer que hablaba mucho y era lento y necio y uno siempre se repite dialogando con todos los choferes de taxi.

Marqué la tarjeta dos minutos tarde para luego firmar y tachar para, sobre el sitio tachado, volver a firmar. Y mi colega no fue conmigo a la soda porque vino por ella el novio, el del Turbay 800 que ya yo estaba empezando a odiar. Por eso firmé y taché y me vine. Me sentía jodido y con ganas de gritar cualquier sandez. Tenía ganas de pelear con todos. Incluso quería llevarme el pleito a casa, donde además mi mujer había reñido con los niños y me esperaba para reprocharme que nunca estoy en casa cuando los niños necesitan a su padre. Y esa noche dormí mal y soñé con el loco y sus locos testigos. Cosa de toda la noche.

Rayó el alba.

El orto trajo consigo el deseo de vocalizar una vieja tonada. Yo no tengo tos hoy y es bonito vocalizar. Pero mi mujer afirma que mi voz hará llover y me hace callar.

Entro al baño.

Es agradable el agua plétora de lozanía, su fragancia saturándolo todo. Y me hubiera detenido un instante más, pero *el café está servido amor y se te va a enfriar.*

Ando ahora valija en mano, caminando.

Chaqueta, corbata, pantalón campana. Le inserto la papeleta al reloj marcador en el portal del edificio y me poso en mi sitio ante el escritorio. Cuento precisamente con un par de minutos para flirtear con mi colega y pensar. Luego la agitación rítmica del día que tacha y firma horas enteras. Sobre el café me entero que mi colega anduvo anoche con el mismo muchacho divino que está comprando casa y anda estrenando el Turbay 800 y es de un comité para la defensa cívica y ella no sabe defensa de qué. No sabe y no le importa. Y es a mi a quien el corazón se le hace un nudo. El tiene unos ojos divinos y es precioso. Y el café está feo hoy. Ella tiene unas manchas en el rostro que a ratos parecen irse extendiendo. Luego qué más da.

Sigue el ritual.

Tachar y firmar para sobre el sitio tachado volver a firmar. Y la calle está acalorada al Sur cuando alcanzo el bus. ¡Qué aroma ruin el de algunos días! En casa podrían evitar la molestia de servirme, dejar esta hora para el reposo. Es arroz. Ayer, hoy, mañana, alimento eterno que no cambia jamás su sabor a pobreza y martirio.

Con las protestas del caso voy al servicio sanitario a las doce y veinticinco minutos pasado meridiano. *Apúrese papi, me estoy orinando.*

Escapa a mi memoria el ósculo diario obligante para salir de la casa cuando el reloj señala la hora.

Marcho con la ondulación vacilante de su péndulo.

Cargo sobre mi rostro una amenaza de desgaste. El chofer del bus es lerdo y majadero y siempre se repite y que, *el que no puede esperarse que tome taxi y que salga de su casa más temprano.* Marco la tarjeta un par de minutos tarde y firmo y tacho y firmo y tacho. . . Mi colega no me hace compañía a la hora del café porque su pretendiente la ha convidado. ¿Qué le encontrará de atractivo a ese estúpido? ¿Qué le hallará de agradable él a ella si ella tie-

ne el rostro manchado? Carajo, me siento mal, con ganas de gritar. Si tan solo pudiera olvidarme del loco y sus testigos. Del loco que repite siempre las mismas incoherencias y sus testigos, los que declaran incoherencias en su contra. Si al menos pudiera llevar el desafío a casa. Si por lo menos tuviera carro.

Tampoco esta noche lograré dormir.

Pensaré en secuestros, soñaré con acusados y acusaciones de torturas y habeas corpus.

Con el alba llegará el afán de sumirme en el canto. Libre de mi afección de garganta intuiré la belleza de una antigua canción. Entraré al baño en total hermetismo, entre el aroma del agua que inútilmente lo poblará todo. Inútiles serán mis ansias de prolongar esa fruición inabarcable porque *el café está servido amor, y se te va a enfriar.*

Seguiré habré; registraré mi llegada.

Desde mi escritorio una sonrisa furtiva hallará el rostro manchado de mi colega que tampoco hoy irá conmigo a tomar café porque habrá comenzado a provocarme unas profundas náuseas.

Cotidiano el tictac. Café sin la narración de aventuras entre cuentos de hadas y Turbay 800 y no quiero más confidencias que tachan y firman y me comprometen. Café sin noticias de alguien alto y rubio que es divino y precioso y es de un comité que defiende a la gente haciendo secuestros. Saldo de horas matinales que seguirán el camino señalado entre tacha y firma.

Calles ardientes de meridiano recogerán el eco del viento; sobre su satén irregular conservará el olor infame que a ratos impregna todo y yo no quiero saber.

En casa podrían omitir el almuerzo; fiel aroma de frijol y arroz, de plácidos sueños frustrados bajo el peso de estas horas; no quiero recordar, busco el descanso, el Turbay no es mío, no es mío.

Defecaré a las doce y veinticinco minutos. *Apúrese papí que me estoy orinando.* Recordaré tardía-

mente el beso para salir de casa y perdiendo el bus, quizá un amigo ignorará mi ruego pidiendo un minuto de tiempo. Marcaré la tarjeta tarde. Entre tacha y firma no tomaré café.

Hoy mi colega se ha cubierto de llagas. Llagas que tachan y firman. Llagas que cubren el piso bajo sus pies. Llagas que cubren el espacio entre su escritorio y el mio. Llagas que llegarán pronto a mi propio paladar y el tipo ese, el tipo loco estará al frente y el juez con cara de aburrido.

No, no quiero verlos más.

Nunca más.

Porque cuando los veo el mundo se altera. Y tendría que decir, señor juez, mande a buscar un muchacho alto, rubio, precioso, con un Turbay 800. Pero no lo diré. No los veré aunque estén allí al frente. No caeré en la trampa.

No me dejaré llevar. No voy a ponerme de pie frente al juez para decir que la información no es un rumor, sino una confidencia de mi colega. Eso no lo haré. Porque yo no soy un maldito traidor que tacha y firma. Yo sé guardar los secretos de mil voces. Soy un profesional.

¿Adónde hay una cantina?

¿Adónde rayos hay una cantina?

¿Por todos los santos, adónde diablos hay una condenada cantina?

Porque me preguntarian quién lo conoce, y necesito un trago; tendría que decir que mi colega lo conoce, necesito un trago; y eso sería una infidencia, me urge un trago; por Dios que yo, tengo que tomarme un trago. . .

Un hombre pone la cabeza y los pies y el esfuerzo en el trabajo y tacha y firma todos los días un millón de veces y pone toda su energía en un documento solo para que sea de verdad un documento. Y es un trabajo feo. Es un trabajo feo, pero alguien tiene que hacerlo. Si no fuera por nosotros el juez no podría realizar su juicio con la cara de aburrido que pone. Y de vez en cuando, un hombre tiene que romper la rutina.

VIII

SEXTA VOZ

Está bien, duerme. Te luce dormir. Me gusta verte dormir. Incluso disfruto al oírte roncar. Supongo que esto es posible porque no son todos los días que duermes a mi lado. Ni son todas las noches que roncas aquí. Acaso en la soledad intensa que aísla a una, de tanta vida que abunda en torno, la presencia de un hombre habría podido disparar toda nube, y yo estaría bien.

Duerme y está seguro que su cliente actúa de buena fe. Está convencido de que su defendido está en lo justo. No piensa en ella. Yo sé que ella es culpable. Pero sé también que él es culpable. Yo sé que en todo fracaso hay un grado de responsabilidad para todas las partes.

Hay un momento en que las cosas deben decirse. Un instante sutil en que deben pronunciarse las palabras. Porque decir la palabra en el momento adecuado salva la comunicación; callar entonces es callar siempre. Una sola vez, un parto que nunca se repite, porque jamás nace dos veces un mismo cuerpo.

No la justifico. Presentarse al juzgado cuando y donde nadie la estaba llamando y decir que ella lo sabía por boca del propio imputado, que fueron planes muy viejos que incluso motivaron la separación es un acto cruel. Pero es que yo me acuerdo bien de ellos. Esperábamos el tren una noche. Se sentía la tensión. Yo los había visto conocerse y amarse, disputar y reconciliarse sobre un objeto, una palabra, un gesto, nada. Pero eran normales. Solo que esa noche, algo estaba sucediendo. Era penosa toda su manera de estar allí en la estación del ferrocarril. En-

tre nosotros tres, allí, era manifiesto el desequilibrio: estábamos incompletos, faltaba algo, como un cauce que se niega al mar. Y él caminaba fumando cigarrillo tras cigarrillo, mientras miraba el reloj.

De pronto se detuvo directamente frente a nosotros.

— Ojalá venga tu hermana en el primer tren. Tengo sueño. ¿Estás segura que no te dijo la hora?

— Sí, estoy segura.

— Pues yo creía que tu hermana era más inteligente. Hay trenes que llegan a altas horas de la noche. ¿Y si se le ocurre venir en el último?

Ella pudo haberse callado. No habría pasado a más. En realidad él estaba cansado. Pero ella respondió y lo hizo con despecho. No sé si mi presencia tuvo algo que ver, pero lo cierto es que ella dijo que él la había insultado.

— Sólo a tu hermana se le ocurre venir de noche y no decir en qué tren, podríamos estar durmiendo ya o sentados mirando una linda película en televisión. ¡Con el frío que hace!

— No discutamos — dije yo, pensando en lo majadero que era él — total, nada ganamos con esta discusión. Esta mujer sabe tan bien como yo que su hermana está chapada a la antigua y que trabaja todo el día. No tiene tiempo para pensar en detalles.

— Está de vacaciones — respondió él.

Ella lo retó. *Por primera vez en tu vida*, le dijo así directamente, *sacrificate por alguien*, le dijo. Había una amargura de siglos en su voz. *Nunca te has jodido por nadie*, le insistió y a mí me pareció absurda la acusación, pero yo tenía que callar. Ella había elevado el tono de su voz, porque él, decía, no era amigo de incomodarse por nada y solo le importaba una persona: él mismo.

Parecía conveniente echar agua a la hoguera

por lo que propuse ir al baño. Propuse que me acompañara al servicio sanitario. Pero ella me ignoró: eran dos posesos, capaces en su ensimismamiento, de ignorar a quien se supone era su mejor amiga. La mejor amiga de los dos. La que los acompañó incluso al altar para desearles las mejores cosas en la vida. A mí, simplemente me pasaron por alto.

— Claro — estaba gritando él— es tu hermana y con tal de defenderla. . .

Cigarrillo tras cigarrillo. Camino sin rumbo, errático a ratos, reiterante otras. Había poca gente en la estación, pero un guardia nos miraba con curiosidad, tratando de acercarse disimuladamente.

En ninguna misa solemne oí jamás un uso tan copioso de la palabra sacrificio. Era verbo conjugado en todas las personas y sustantivo y adjetivo y adverbio; sucesión incansable de usos entre pausas, porque sí, ella se había sacrificado, dijo él, *cuando te casaste conmigo dejando de lado al hijo de un magnate. Y no es necesario que me lo repitas: ya sé quién en esta familia es capaz de sacrificio y quién no.*

Pero resultó ser que ella quería tan solo un poco de paz y era él quien se había ido, porque siempre que tenemos un disgusto, ¿qué hacés?, simplemente te vas para la calle y te revolcás con la primera mujerzuela que encontrás mientras yo me quedo en la casa pudriéndome del hígado.

Según cada uno, al otro le encantaba pelear. Pero entonces fui yo quien grité que por Dios, que se callaran un rato porque parecían niños.

De ella había oído dudas algunas veces, pero jamás imaginé que pesaban tanto. Se acumulaban sus fantasmas: él saliendo a las seis de la mañana y regresando a altas horas de la noche oliendo a guaro y algunas veces con olores extraños que ella no sabía interpretar. Estaba convencida de que él usaba ciertas sustancias alucinantes y lo había comentado incluso al patrono de su marido. Para ella la vida de ca-

sada no había sido un lecho de rosas. Y menos mal, dijo, cuando una tiene empleadas o aparatos eléctricos para todo. *Pero para que me comprara una licuadora tuve que echarme un largo pleito de dos meses. Ha sido siempre un desconsiderado. Nunca hemos podido ir ni siquiera a Puntarenas, porque él siempre está ocupado. Y cuando tuvo tiempo no tuvo dinero. Pero tiempo y dinero no obstaron para que él hablase con el ministro tal, o fuera a la conferencia tal y para sus amigos. . .*

El había conversado conmigo también. Yo ostentaba ad-honorem el cargo de confidente y de los dos. Posición incómoda. Pero yo los consideraba normales. Según él se mataba trabajando para *ver si podemos levantar cabeza. La mitad de las cosas en que me he metido son para ver si podemos surgir.*

Pero yo sabía que *podemos surgir* no era un concepto mutuo. En realidad ella oía cada vez *surgir yo*, es decir, surgir el marido, dejándola a ella atrás. Porque. . .

Porque él tiene que brillar como un rey, me dijo ella una vez, para que se sienta bien. Brillar sí, opacando a los demás. Y yo debo achicarme, para que él se engrandezca y no es justo. El toma las decisiones, yo solo opino. Y lo peor es que ni se ven los frutos.

Pero ellos habían surgido. Yo lo sabía porque los conocí en los tugurios a los dos. El soñando siempre con salir, y ponderando el buen ejemplo de su madre que lo tuvo a él siendo soltera. Ella en cambio ocultando el hecho de ser hija de madre soltera, inventando legendarias familias. El hablando de cambiar el orden de cosas, para que puedan surgir todos los que se lo proponen, ella hablando de buscarse amigos porque *este es un país de compadres*. Desde esos tiempos los conozco. Tiempos de cuartuchos de cuarenta pesos.

Sí, han surgido. Una casa linda en un barrio residencial y el auto, y todo eso ha sido mucho andar. Mérito de los dos. Lo que tenían, absolutamente to-

do, era mérito de los dos. Ella trabajando en la zona rural, él abriéndose campo en el difícil arte de cantar. Los dos juntando sus sueños sin darse siquiera cuenta de lo que estaban haciendo; ella se dejó contagiar por los ideales de canto y por las cosas del arte, un poquito, y él había aprendido a hacerse de amigos. Y así iban: él, que no le alcanzaba el dinero para una pantaloneta para hacer deporte, ella, que no tenía un calzón decente para ir al médico. Y es que había gente bien. Gente con tres empleos y la mujer en casa, decía ella, viviendo como una reina. Jefe médico en el hospital, profesor en la universidad, consultorio privado. Pero no eran artistas, no eran vagos. No habían perdido el tiempo jamás. Y él con el arte y todo y ni siquiera había logrado terminar el bachillerato de secundaria. Era un vulgar sin título, un don nadie que se daba cuenta que no era nadie porque ser alguien, decía ella, es tener título; aunque uno tenga que conseguir el título sobornando a la mitad del país, espetaba él, y ella se enojaba mucho. Se enojaba y le gritaba comunista.

Pero sí, habían surgido, si surgir es estar mejor que la mayoría de los habitantes del país. Estaban en el sector que tenía crédito; entre los que habían logrado comprar casa y automóvil porque tenían crédito. Con pleitos o no fueron llenándose de las doradas. Refrigeradora. . . rasuradora. . . depiladora. . . lavadora. . . batidora. . . percoladora. . . no sé cuáles sí y cuáles no, pero tenían sus cosas. Y habían hecho verja y sembrado su árbol como cualquier familia decente. Toda una familia de clase media. Y estaban lejos, bien lejos de los tugurios. Y él decía que estaba bien. Que ella no tenía que doblarse sobre la piedra del río como su abuela y su madre para lavar la ropa. Y no tenía que echarse sobre el piso con un cepillo de coco para darle brillo, pues usaba sacto-lit con brillos-pil, privilegio negado aún a la mayoría de los habitantes del país que no lo tendrá jamás. Pero para ella el problema era tener un marido en casa. Mejor dicho, no tener un marido en casa. No le bastaba

un hombre para sus noches y para algunos fines de semana. No. Era tener un marido entre semana que fuera al trabajo a una hora fija, que regresara a almorzar a una hora fija, que se volviera a ir al trabajo exactamente a la misma hora todos los días, y llegara por las tardes a una hora pre-determinada. Un marido, dedicado a ella. Esa era la cuestión.

Esa noche estábamos los tres en la estación. Yo tenía ganas de abrazarlos, espontáneamente. A ella le habría puesto la cabeza aquí entre las faldas y a él, le habría acurrucado aquí contra mi pecho. Y les habría amado a los dos. Les habría enseñado a amar a los dos. Les habría hecho ver que en realidad habían estado abriendo camino desde los tugurios y que se veía en su piel las huellas de la brega. Les habría explicado que estaban resentidos, dolidos, molidos por ruedas y ruedas de incontables piedras, perforadas las rodillas y rotos los codos, con hongos en la piel y en los pies y sed, sobre todo eso, sed, y que por eso mismo no debían hablar. Porque yo los amaba. Pero los amaba así, a los dos juntos, como pareja. Sabía de donde venían y los admiraba. Y esa noche, mirándoles allí en la estación me preguntaba si eran culpables. Digo yo: puede ser que las opciones tomadas un día sí y otro también los llevaran a esto. Pero puede ser que esas opciones hubiesen sido forzadas por las circunstancias, y que la vida de ellos como la de todos nosotros estuviese definida así.

— ¿Por qué te pusiste esa corbata? — preguntó ella tras un largo silencio.

— ¿Por qué me puse esta corbata? — repitió la pregunta él con sorpresa. — Me la puse porque veníamos a recoger a tu hermana.

— Corbata roja, pantalón negro, camisa azul, saco verde. . .

Era cierto. Era de reírse y nos reímos y cuando vi que él se rió también pensé que ahora todo esta-

ría bien. Así debería ser siempre, al menos. Rostros de pétalos de príncipe negro mojados por la lluvia. Y deberían buscarse ahora como la abeja busca el polen, con la misma fruición; converger uno hacia el otro como el río sigue la senda inmemorial. Y no sé qué cambia: el tiempo o los hombres. El tiempo o las mujeres. Unos se van quedando atrás y el tiempo avanza implacablemente. Se quedan atrás a lavar y a aplanchar, a cocinar; se quedan atrás queriendo ser siempre reyes porque no saben otra forma de ser hombres. Pero no era el caso de estos dos: entonces, ¿quién cambia? ¿Qué cambia?

— Maldito criminal — gritó ella rompiendo el hechizo. Me quedé fría. Y no era para menos porque estábamos riéndonos del aspecto cómico que lucía él y de pronto por ningún motivo específico ella había gritado eso, *maldito criminal*.

— Maldito criminal — agregó— te pusiste esa corbata porque te la regaló ella. Crees que no me doy cuenta, pero sé que fue eso. Y solo eso me faltaba: que quisieras enredar a mi hermana.

La sonrisa no tuvo tiempo de cuajarse y dejar el rostro en estado de placidez. La esposa se lanzó sobre él. El la esquivó con cierta torpeza, golpeándose contra un poste. Ella se detuvo para seguirse riendo.

— Voy a comprar más cigarrillos — dijo él y se fue.

— ¿Ves? — comentó ella— se va. Eso es lo que siempre hace: se va.

A lo lejos el pito del tren. Pero él volvió y la hermana no estaba en el tren y entonces ella se fue a orinar. No le gustaban los baños públicos, dijo, pero puesto que la alternativa era orinarse allí mismo, no había opción.

Una amiga o compañera de trabajo de él se acercó a saludarlo.

— ¿Estás esperando el tren?

— Me voy en el que sale. . . a las cuatro de la mañana creo.

— ¿Te vas?

— Sí. . . tuve una pelea con mi marido. De por sí.

..

— Pero, ¿y el trabajo?

— No importa. Hace rato que papá me insiste que vuelva al pueblo. A él le sobra con qué mantenerme. Y yo puedo hacer lo que hacía antes: coser.

— Pero. . . ¿qué pasó?

— Ayer me vio conversando con vos. Cuando fuimos a tomar café. Es muy celoso. Según dicen vino a buscarme y como yo no estaba le dijeron que andaba en la soda y él se asomó y nos vio.

— ¿Y qué tiene eso?

— No sé: habría que preguntarle a él. Dijo que te iba a buscar.

Pero esto último lo dijo con ironía y los dos se echaron a reír. Sonriente aún me volvió a ver a mí y entonces él nos presentó aclarando que su señora andaba en el baño.

Cuando la muchacha se fue y nos quedamos solos, él dijo que el mundo estaba al revés. Y desde esa noche yo sé que ellos no son culpables. Es la manera de mirar las cosas: porque si un hombre se enoja porque su mujer toma café con un compañero de oficina, o si una mujer reacciona violentamente porque su marido se pone la corbata que le regaló la cuñada entonces algo andaba mal. No son culpables. La culpa no está en ninguno en particular sino en todos. Y decir que ella es culpable solo sirve para esto: para que tú ahora puedas dormir tranquilo y roncar como estás roncando, pero él no hizo lo que ella dijo, y ella no quiso hacer lo que hizo.

Está bien amor, duerme. Con tu código de bue-

nos y malos, duermes. Te has olvidado de los tugu-
rios. Te has olvidado de los golpes. Para tí jamás
existieron las agresiones. Tú emerges ahora, y te
ocupas del caso y te enamoras de él, no porque de
pronto te estás volviendo viejo y hayas comenzado a
meter tu corazón en el oficio. Simplemente lo amas
porque me amas a mí. Me amas, sí. Has aprendido a
amarme. Y te importan mis cosas.

Pero tú seguirás así. Porque no tienes derecho
a decirle al mundo que estás proporcionando amor
a una mujer soltera, ni a decirles que estás amando.
Esa opción te es negada porque eres un hombre de
respeto que debe guardar las apariencias. Esas son
tus circunstancias, amor. Esas son.

No los juzgues pues.

Duermes. Arrullado tú por mi calor. Nuestro ca-
lor.

Pero esta noche no dormiré a pesar de tí. A pe-
sar de tu presencia el desvelo se ha calado aquí y la
sequedad me consume.

¿Qué te pasa muchacho?

Yo te hago la pregunta con toda sinceridad, porque algo muy grave te pasa. No es el asunto de la cárcel, yo sé que no. No, porque eso nunca sería suficiente para arruinar tu espíritu morocho.

Entró aquí el hombre con cara de viernes santo y yo le he estado tratando de meter conversación y el hombre como si nada. No le he podido sacar ni una palabra. Allí está, callado, como si yo no fuera santo de su devoción. . . qué va, no es eso; es como si yo fuera un pedazo de la pared.

¿Es que nada te importa?

Eso no puede ser porque yo te conozco bien. Tal vez así en lo personal no, pero nací en Limón, entre tu gente y sé cómo son. Nací entre tu gente y a mucha honra. Y aunque ya hace sus días que ando por acá, para mí mi tierra sigue siendo mi tierra. Yo sé cómo somos los limonenses. Y hay una cosa que es verdad viejo; no somos mudos. Yo sé que vos sos de allá. Y me puse contento cuando entraste y dije, me salvé: vamos a pasar un buen rato el hombre y yo. Pero mirá: entraste con esa cara de tres días de muerto, y así has seguido, y no ha habido forma de hacerte hablar.

Una ráfaga de viento frío pasó por la celda, como vaho de muerte. Desde los ojos del recién llegado se proyectó una pálida luz, que, por un instante llenó de esperanzas a su interlocutor. Una luz extraña que no era exactamente la vital energía que el otro buscaba, ni la confirmación de estereotipos ancestrales. No era tampoco el postrer destello que dejan circular los moribundos en el momento final.

Era simplemente una luz, una luz fría, indiferente; una luz que no era luz.

¿Sabías que mi padre conoció a tu abuelo?

Mi padre estuvo entre los primeros que llegaron a Limón. Fueron a pie desde la capital. Estaba entre el pelotón de policías que fue allá a esperar la llegada de los primeros jamaicanos. Era toda una aventura. Bueno, es una manera de decir las cosas: sería tanto como decir era toda una tortura. Vos sabés lo que es caminar de aquí a Limón. No tenían suficientes mulas así que tenían que irse turnando. Y cuando llegaron al fin a la costa eso daba pena.

No sé si le interesará la historia pero se la voy a contar. Total, antes de que este muchacho entrara aquí yo tenía que hablarle a la pared. Ahora le puedo hablar a él. Aunque guarde silencio, aunque se niegue a hablar por lo menos no puede evitar oírme porque no es sordo. Algo nos está pasando a todos en este país si ahora resulta que ya uno no puede hablarle a nadie y obtener una respuesta.

¿Sabés lo que había en Limón en esos días?

Según mi padre todo lo que encontraron fueron dos o tres casillas y unos galerones para la tropa. Ese era el cuartel. Y estaba allí parado en la costa esperando que apareciera el barco y como no había visto más negros que la Negra Lucha pensó que así serían todos. Pero mirá: la Negra Lucha es una cholita del Guanacaste que tenía loco a mi tata. Dice mi mama que por eso ella se fue encantada a Limón para ver si así lograba que él olvidara a la Negra Lucha. Pero la cholita esta lo que tenía de negra es lo que tengo yo. Y si la llamaban negra es simplemente porque en el pueblo no había negras. De modo que podés imaginar la cosa: mi padre sentado sobre una tuca esperando que llegara el barco.

No sé si este muchacho podrá comprender lo que fue eso para mi padre. Al viejo el corazón se le hizo un nudo y antes de que el capitán se lo ordenara se cuadró. El barco se fue acercando poco a poco, se detuvo un poco afuera y los hombres comenzaron

a trasladarse hacia la playa en bote. El barco era un vapor y de eso tampoco se olvidó mi abuelo. Pero la clave del asunto es que mi padre se quedó paralizado cuando los vio; nunca se había imaginado que alguien pudiera ser tan negro. Pero como hombre valiente que era no se movió de su lugar.

¿Sabés que fue allí mismo que se conocieron?

Se le fue acercando tu abuelo. Venía con pantalones cortos, descalzo y con una bolsa llena de cosas, viendo para atrás el condenado y ya iba a chocar con mi padre y el pobre, clavado allí como todo un policía sin saber si quitarse o qué. Pero el bueno de tu abuelo se fue de bruces y claro mi padre echó manos a la cutacha dispuesto a defenderse. ¿Y sabés lo que hizo tu abuelo? Mi padre blandiendo la cutacha y yo puedo imaginar la cara de espanto que se tenía. ¿Y qué hizo tu abuelo? Se rió. Eso fue lo que hizo: reírse. Y así es tu gente.

El viento levantó a su paso polvo del suelo. Las diminutas partículas volaron vertiginosamente buscando vellos y mucosas. La celda se llenó de un olorillo fétido que había estado latente sin ser percibido antes por nadie. De pronto se escuchó a lo lejos un grito de alegría cruzando el cielo parco.

Era de noche.

Entre las sombras un hombre buscaba al otro. No parecían ser dos hombres; uno de los cuerpos tenía movimiento propio; el otro era una sombra extraña clavada en la pared.

¿Por qué vos no soltás la carcajada?

Tu gente sabe reírse en los peores momentos. No hay derecho a que pongás esa cara: vos sos de Limón, sos negro, tenés que haber aprendido a reírte. Soltá la carcajada hombre: dejá salir la cosa.

Siempre han sido así como fue el abuelo de este hombre. Yo me crié entre ellos y este muchacho no es normal. Yo creo que lo que tiene es un complejo de negro. Es lo que quedó de esos hombres valientes que abrieron trocha a lo largo de la provincia y plantaron los rieles. Y cualquiera los oía cantar

al atardecer los cantos nostálgicos que habían traído con ellos o que inventaban allí mismo. Y uno los veía, pobres y todo, bien vestidos camino a sus logias y a sus iglesias y a sus bailes. Y la música la hacían de lo que fuera: se iban al monte y volvían con palos huecos y con frutas secas y de la nada hacían un instrumento y sonaba bien. Gente de teson. Comían de su propio huerto y hacían sus propias bebidas. Y sobre todo, hablaban. Hablaban todo el tiempo. Y si no tienen con quien hablar, hablan solos. Y cantan todo el tiempo. Y su canto siempre es canto hondo. Qué va: no es cosa del pasado; todavía la mayoría es así. Y puesto que así son, este negro no debe ser de los mismos. O puede ser que esté acomplejado. Y para que se pusiera así algo muy malo tuvo que haberle pasado para que esté allí como un idiota, sin palabra, y con la mirada clavada en ninguna parte, como si ni yo ni la pared existiéramos y él estuviera mirando el paso de la noche en algún lugar o mirando la muerte.

¿Por qué por lo menos no me mandas al diablo?

Al menos eso diría que estás vivo y es que yo. . . pues. . . bueno. . . es que yo no sé si. . .

Una ráfaga de viento frío pasó por la celda como vaho de muerte. El viento levantó a su paso polvo del suelo. La celda se llenó de un olor fétido que había estado latente sin que nadie lo percibiera. Era de noche. Uno de los cuerpos tenía movimiento propio, el otro era una sombra extraña clavada en la pared.

Nosotros en el pueblo no creemos que fue él. Nunca lo vimos andando de gresca en gresca. Ese muchacho ha viajado alrededor del mundo y donde quiera que va dice que es de aquí. Y uno se pregunta, ¿qué tiene de especial este sitio? Pero nosotros sabemos lo que es: es que uno necesita tener siempre raíz. Necesitamos tener raíces. Y nosotros, los viejos, mientras quede uno solo de nosotros vivos, vamos a ser eso para él: sus raíces. Y lo vamos a apoyar. Sabemos muy bien que lo quieren tumbar. Y no damos fe ni siquiera a las declaraciones de la mujer de él, que guapa y educada y todo, una vez cuando estuvieron pasando una temporada aquí, le sacó la bacinilla a una señora del pueblo por un problemita menor. Estaban discutiendo cualquier cosa y ella le insultó así. Y si fue capaz de hacer eso, es capaz de hacerles el juego a los que quieren hundir al muchacho. Pero con nosotros que no cuenten. Y si lo quieren tumbar por algo será. Y es que ese muchacho está ya en la cumbre y es negro y eso les molesta. Tiene sesos. Por eso nosotros en el pueblo estamos seguros que va a encontrar la manera de salirse de este lío. Es sería la cosa, si nos atenemos a lo que dice Radio Casino. Hasta el padre en la misa del domingo dijo que uno de nosotros estaba en grave peligro y que oráramos por él. No dijo el nombre y la verdad es que no hacía falta que lo dijera: todos estábamos convencidos de que se trataba del muchacho y oramos como nadie jamás oró por nadie. Y es que ese muchacho es de nosotros, de nuestras entrañas. Ese muchacho somos nosotros.

SEGUNDA PARTE

Ahora buscan (. . .) a un pensador para que ahonde sus raíces en la tierra del pensar y las voces, todas las voces, las claras y ligeras o las apasionadas y violentas o las dudosas y angustiadas o las firmes y agudas. . .

CARMEN NARANJO.

- ¿En qué estás pensando?
— En el calor.
— Bruto que sos. Pensar en el calor ahora.
— ¿Y en qué querés que piense?
— Pues no sé qué te diga, pero lo que soy yo. . .
pienso en una playa. . .
— ¿Una playa?
— Una playa de arena blanca y una mujer guapa y
un poco de ron con agua de coco. . .
— Sueños. . .
— Sí, sueños. Pero están cerca los sueños esta
vez.
— ¿Crees? Mejor no canto victoria hasta tener
el pájaro en la mano.
— Sos un flojo. Siempre le encontrás peros a to-
do.
— Bueno. . . es que. . .
— Es que nada. Lo que pasa con voz es que tenés
sicología de pobre.
— Y vos en cambio tenés aires de grandeza.
— Es mejor que andar pendejo como vos andás
todo el tiempo.
— Es que no me gusta. . .
— ¿Te vas a echar atrás ahora?
— No . . . ni pensarlo. . . es decir, no se trata de
eso. . .
— ¿De qué se trata, entonces?
— Del calor. . . En serio, tengo calor.
— Calor. . . ¡calor!
— Tengo calor.
— Desde luego, el miedo da calor. Lo que tenés

es eso, un mieditis del carajo. Yo no me explico cómo fuimos a parar a tu casa.

— Sin insultos. Si me fueron a buscar por algo sería. Además, yo no he aflojado. En fin.

— No saqués la cabeza por la ventana por ningún motivo.

— Estaba solo viendo si. . .

— Te dije que no saqués la cabeza por ningún motivo. . .

— Está bien. . . está bien. . . Lo que pasa es que todos los días lo he hecho y si de pronto durante una semana no lo hago los vecinos pueden comenzar a sospechar.

— ¿Cuáles vecinos?

— Nato Mora. Vive aquí cerca con su mujer.

— Son los únicos que viven por aquí?

— Sí.

— Bien: no saqués la cabeza por la ventana por ningún motivo.

— Está bien. . .

— ¿Está durmiendo?

— Sí. . .

— Entonces podemos tomar café y fumarnos un cigarrillo tranquilos.

— Ojalá que el asunto se resuelva hoy. Voy a traer el café. ¿Oíste la noticia?

— Sí: tienen preso al viejo ese. Lo están haciendo cargar con los muertos.

— ¿Y no te da algo de pena?

— ¿Por qué?

— Pues, qué sé yo. Da lástima. Después de todo nos ha dado la mano.

— Mirá: ese carajo no ha hecho nada por nosotros. Simplemente es un accidente; una excelente coartada para nosotros. Hay que hacerle creer incluso al Barrigón este que el autor intelectual de todo esto es el tal, ¿cómo se llama? Este. . . bueno, no importa. Dígamos el indiciado. Una vez que nos den la plata allá él.

— Pero estaba pensando que. . .

— Hay acuerdos del Comité que tenemos que respetar.

— Sí. . . sí. . . ya sé. Pero yo creo que hay que salvarlo.

— ¿Salvarlo? ¿Estás loco?

— ¿Con azúcar? ¿Cuántas? Está bien fuerte esta vaina. No me digás que vás a tomar el café sin dejar de mascar ese bodoque de chicle.

— ¡No jodas! ¿Salvarlo? ¿Estás bromeando? Pásame los cigarros.

— Podemos plantear el asunto al Comité.

— Pero ¿cómo se te ocurre que vamos a arriesgar la vida de compañeros y exponernos a que nos agarren a todos por salvar a un bruto que ni siquiera ha podido defenderse?

— Es un acto humanitario. ¿Por qué no bajás un poco el radio? Me tiene loco la chicharra esa. Decís que eso es música de juventud: ya no sos juvenil vos, maje.

— Ya te dije que me dejaras en paz: parecés un viejo.

— Mirá: podemos exigir la libertad del tipo este: que lo manden a otro país. Simplemente es otra condición para salvar al barrigudo. Y hasta sirve para convencer a todo el mundo de que fue él.

— Pues. . . no sé. Suena bien. Solo que el tipo ese es mal ejemplo: su propia mujer declara contra él. Ella misma lo condena. No podríamos mezclar a un tipo así en nuestro movimiento. Por ahora hacemos creer que fue él porque. . . dame más café. . . hacemos creer que fue él porque nos conviene pero una vez que tengamos la plata hacemos la aclaración y ya está.

— Mirá: si estamos por defender la libertad y toda esa cosa hay que ser consecuentes, ¿no te parece? Si no, después la gente no nos va a dar pelota. Vamos a quedar jugando solos. Incluso esto que hacemos, no sé. . .

— Hay que financiar al movimiento.

— Sí. . . no es que me estoy aflojando ni nada.

Nos conocemos desde la escuela primaria y te tengo confianza y te puedo confiar esto: me preocupan los medios que usamos. Pero no pasa de eso. No te preocupés.

— ¿Qué querés? No hay conciencia suficiente. Los empresarios que son los que más deberían aportar no quieren aflojar la plata. Y los ves allí, sentados con todo el descaro del mundo negociando con los comunistas. No hay conciencia. Por eso tenemos que valernos de estas acciones para financiar el movimiento. Es necesario. Hay que financiar el movimiento a toda costa.

— Sí. . . sí. . . está bien. Está bien. ¡La alarma! Dios mío. . . ¿Alguien viene? ¿Estás seguro? ¡Ah! Es esa maldita vaca otra vez. Me dan ganas de. . .

— Calmate. . . Ya me regaste el café. Calmate: nadie va a venir aquí ahora. Y si vienen hay que actuar con toda calma. Un buen soldado no duda jamás: cumple. Servime más café y ya dejá de joder. Todo va a salir bien.

Uno aquí metido, ¿qué hora será? Uno aquí metido como una bestia. Y lo peor es que tenía tantas cosas que hacer. Me lo habían advertido pero creí que era una broma. No podía creerlo: ese muchacho que me hacía el jardín me lo dijo la primera vez. Dijo que le habían dicho que yo no contribuía al Comité Nacional de Defensa Cívica y que eso se consideraba grave. Dijo que el CNDC tarde o temprano me iba a pasar las cuentas. Eso dijo. No le hice mucho caso: ¿quién le hace caso a un jardinero? Me pareció un pobre desgraciado tratando de darse importancia. Después me lo dijo el Coronel. Buen muchacho ese. Es de la Agencia de Seguridad. Tenían información confidencial de que yo estaba en no sé qué lista como amigo de los rojos. Pero yo soy un hombre pacífico, religioso. No le he hecho ningún daño a nadie, y lo que es más, he aguantado al tortón ese, hijo de mi mujer y a ella como todo un caballero. Pero por si acaso, los mandé a Miami. De por sí no estaban haciendo nada aquí. Era mejor que se fueran. Ese muchacho ni estudia ni nada. No sirve para nada. Aparte de andar en carro. En mala hora le regalé el automóvil ese. Se la pasa buscando chiquillas plásticas para montarlas en el auto y viene semana a semana a pedirme dinero. Eso es todo lo que hace. Está mejor en Miami, donde por lo menos no me está haciendo perder la paciencia todos los días. Y ella también. Ni siquiera lo ha sabido educar. Los negocios lo mantienen a uno ocupado y uno no tiene tiempo para encargarse del hijo.

Pero para eso está la mujer. Para eso le doy todo lo que necesita. Para eso, para que se quede en

casa y cumpla con su deber. Y no me explico qué es lo que hace todo el día, pero el muchacho es un perdido. Por eso los mandé a Miami. Si fue más por eso que por otra cosa, porque la verdad es que no me esperaba esto ni nada como esto. El problema ahora es que. . . ¿cómo se hace con el rescate? El dinero está a mi nombre. Todas las cuentas bancarias están a mi nombre. Todos los poderes de mis empresas están a mi nombre. Espero que se le ocurra pedir un préstamo, o que los administradores se olviden del protocolo y agarren el dinero de las ventas para reunir lo necesario para sacarme de aquí. O talvez algún amigo mío preste el dinero. Se lo dije en la carta que le envié: que busque un préstamo. Todos saben que soy un hombre honesto y que le voy a hacer honor a mi palabra. Espero que ya haya vuelto al país y que esté haciendo las gestiones. Es feo estar aquí metido, casi sin aire, como una bestia, sin siquiera un trago para ir la pasando, y sin saber si la mujer de uno se quedó en Miami de puro despecho y lo dejó a uno hundido aquí para quedarse con todo. Pero no creo que me haga eso. No, no me va a hacer eso después de como me he portado con ella y su hijo. Creo que voy a salir bien librado. Además los muchachos se ven buena gente. No creo que me quieran matar. No sacan nada con matarme. Les conviene más que viva y que pague el rescate. Y saben que yo les puedo pagar lo que piden. Tengo el dinero en el banco. Todo el mundo sabe que soy un hombre solvente. Todos ven la forma en que yo vivo: soy un ciudadano respetable. Tengo dos autos, solo dos: uno para mis viajes al campo y otro para andar en la ciudad. Nadie puede hablar de ostentación, de pedantería. Mi empresa de autobuses da buen servicio. Los almacenes míos son los que dan los mejores precios. Eso se los he hecho ver a los muchachos y les he dicho que tener sensibilidad social no es ser rojo. Yo no soy rojo, les dije, ni amigo de los rojos. Yo podría cobrar lo que cobran los demás. . . Dios mío, están nerviosos. . . debe ser la policía. . .

tiene que ser la policía. Ojalá que no me maten. Sería preferible que huyeran. Aunque, si es la policía ya es tarde. . .

— . . . ¡La alarma! Dios mío. . . ¿Alguien viene? ¿Estás seguro? ¡Ah! Es esa maldita vaca otra vez. Me dan ganas de . . .

— Calmate. . . Ya me regaste el café. Calmate: nadie va a venir ahora. . .

De modo que era una vaca. Pasó el peligro, por ahora. Ruego a Dios que la policía no nos esté buscando. Ojalá que no hayan intervenido. Lo complicarían todo. Y sobre todo, ojalá que no los descubran. Ese sería el fin. Uno dice que son gente buena estos muchachos. Y sí, yo creo que lo son. No creo que maten a sangre fría. Es más, no creo que hayan matado a nadie antes. Son buenos muchachos: idealistas. Creen que la luna es de queso. Eso es todo. Y yo puedo dar la contribución que piden. Es más, les propuse que me dejaran salir y yo les daba mi palabra de que. . . bueno, claro, era solo mi palabra. . . y no los culpo por no tomar la palabra de nadie. Pero al menos espero que mi mujer haya regresado de Miami y esté haciendo las gestiones para conseguir el dinero. No hay mucho tiempo. Me siento inútil aquí encerrado. Creo que me voy a quedar sin vista si sigo aquí metido en esta oscuridad. Algo tiene que pasar y pronto. Uno tampoco es un chiquillo que puede resistirlo todo. Además, se los dije: si me da un infarto adiós negocio. Porque no me pueden canjear si estoy muerto, ¿o sí? Uno no sabe qué pensar. Lo que sí sé es que tengo que salir de aquí a como haya lugar. Tienen que liberarme a cualquier precio. Soy un ciudadano honorable: doy de comer a muchas bocas con mis empresas y pago bastantes coloncitos al gobierno en impuestos y estoy dispuesto a seguir contribuyendo a la campaña por defender la democracia, y les prometí despedir a todos los del sindicato en la empresa de transporte y Dios

mío, ¿qué más quieren de mí? ¿Por qué me tienen metido aquí como una bestia? ¿Por qué no me dejan ir si yo les he dicho que les voy a pagar lo que piden con tal de que me dejen ir? Sí, de todos modos les dije, si yo no cumpliera, siempre podrían volarme los sesos en cualquier momento. ¿Por qué no me dejan ir? Solo me queda confiar en Dios. Poner en él mi confianza es el único camino que me queda. Yo sé que él no va a abandonarme en estos momentos, porque yo he sido un buen cristiano toda mi vida.

Recogí a esta pobre mujer cuando más necesitaba de mí. Estaba confundida, golpeada por la vida, casi loca en medio de una familia respetable que perdió la cabeza cuando un hijo se suicidó. Era su hermano; ¡la pobre! Y yo la recogí y si no me casé con ella en el acto fue porque era menor de edad. Pero apenas llegó a la mayoría de edad me casé con ella. Es cierto que hay algunas cosas que no le dije, pero nos llevamos bien al principio. Era muy servicial, muy obediente, dedicada a mí en la misma forma en que la Santa Iglesia está dedicada a Cristo. Me servía fielmente. No me alzaba la voz ni pedía de mí lo que yo no podía dar. Y la llevé a conocer el mundo conmigo. La hice codearse con las damas elegantes de la ciudad. Se ganó el respeto de todos simplemente porque era mi esposa. Y todo el pueblo la admiraba. Pero luego empezó a cambiar. Estaba molestando mucho con que quería tener un hijo y yo por defenderme le dije que era yo quien estaba deseando el hijo y que si en un año no lo lográbamos sería el fin. Y luego algo hizo. No sé lo que hizo y no quiero saberlo, pero quedó embarazada y yo me dije: Señor, la repudio o la perdono. Porque tal vez yo la había empujado a la tentación. Quizás yo era responsable de cualquier mal paso. Pero a lo mejor podía ser un milagro, una obra del Señor. Por eso dejé pasar los meses. Y el chiquillo nació y se parece a mi familia y ahora no sé en qué consiste el milagro. Porque puede ser que sí, hubo un milagro des-

de el principio, o puede ser que Tú, Señor, enmendaste las cosas de camino, o simplemente lo que pasa es que es una poca pena. Yo creo que es esto: es una poca pena.

¿Una poca pena? Dios mío: ¿y si tiene un amante? Si este secuestro le sale muy oportuno podré irme despidiendo de este mundo, porque no hará nada, absolutamente nada, y estará justificada porque todo está a mi nombre, y ella no tiene acceso a nada. Dios mío, por favor, por favor. . . solo me quedas Tú . .

Ella y su hermana *la cuerda* estaban sentadas en la casa y miraban a la otra hermana. *La hermana cuerda* y la *hermana loca*. ¿Y ella qué era? Tenía en sus manos un frasco de pastillas y un vaso de agua.

Había regresado al país el día anterior. Apenas supo del secuestro se montó en un avión y se vino. Estaba de vuelta ahora, sentada en la sala de lo que fue su casa sin saber qué hacer. Miraba a la hermana cuerda y a la hermana loca y se preguntaba una y otra vez, ¿yo quién soy?

Loca o cuerda estaba sentada en la sala preguntándose. Igual que antes. Igual que cuando descubrieron el suicidio de su hermano, el único varón de la familia. El muchacho que prometía. El joven que resumía en sí todas las virtudes. El era el modelo, el prototipo, el ejemplo a emular.

La casa seguía igual. El tiempo no pasaba en el seno de su familia. No pasaba porque incluso eran gente joven todos. Su padre no parecía mayor de cuarenta y su madre tendría para quien la viera pasar treinta y cinco años. Y ella, con sus cuarenta y cinco años, parecía apenas sí la hermana menor de su madre. Y la hermana cuerda, y aún la loca aparetaba a lo sumo veinte años. Era una familia de rostro joven, por algún motivo que nadie atinaba a explicarse, *tiempo* era en el seno de la familia un vocablo sin significado. Todos seguían iguales, desde hacia dieciocho años. Su hermana la cuerda conservaba su atuendo y las ideas tenían en esa casa dieciocho años de existencia. Todo se detuvo con la muerte del hermano mayor. El hijo mayor. El que iba a here-

dar. El único capaz de darle continuidad la familia. Dieciocho años.

Sacó tres pastillas y las repartió y fue pasando el vaso de agua. Cada quien tomó la suya. Exactamente igual que años atrás, cuando murió él. Las tres sentadas en esos muebles vetustas de estilo colonial, rodeadas de las pinturas con motivos religiosos y el Corazón de Jesús que habían visto adornando la sala desde su infancia. La imagen, flanqueada por dos velas encendidas, arrojaban al cuarto una exótica luz. Ella estaba en medio de todo eso, con un frasco de pastillas y un vaso de agua. Su hermana la cuerda trazaba con un lápiz unas líneas sobre una hoja de papel. Eran incoherencias. Su hermana la loca estaba sentada moviendo los pies nerviosamente.

Entonces pensó que en el fondo lo que le hacía falta era un hombre. Ese era el vacío. Exactamente esa era la oquedad de dieciocho años.

Y no podía liberarse de las palabras de su hermano, tan seguro de sí mismo, tan convencido de que toda la vida debería emplearse en la búsqueda de la libertad. Era lo que él predicaba. Decía que cada hombre debía ser libre para optar por un destino propio. La educación consistía en preparar seres que, una vez que alcanzaren la mayoría de edad pudieran ejercer su libre albedrío. Y lo practicó. El día que cumplió veintiún años se fue de su casa, y estuvo ausente dos semanas solo para demostrar que había alcanzado la mayoría de edad. Pero eso era él. En estos dieciocho años, ¿hemos tomado alguna decisión nosotras?

Su hermana la loca decía que él no se mató sino que lo mataron. Se levantó después de haber tomado la pastilla, *una pastilla tan fuerte y se agarró de la cabeza como una loca y se puso a gritar acusando a todo el mundo y diciendo que lo habían matado y no decía quién, solo que lo habían hecho porque sí y no era justo que le hubieran quitado su hermano.*

Ella lo quería mucho. Pero la hermana la loca lo

quería más. Lo adoraba. Por eso no era posible entender lo que pasaba en el interior de esa cabeza que de todos modos no funcionaba bien. Ellos se habían querido de manera muy especial. Eran raros. Y la hermana cuerda decía que ella desde luego no se alegraba de la muerte del muchacho y que le dolía mucho y que la hermana loca era injusta cuando la acusaba de no haber sentido la muerte repentina y cruel, profundamente, pero que era también cierto que ella no estaba dispuesta a matarse solo porque su hermano entró en crisis y se quitó la vida sobre todo porque en realidad era un asesino y fue cuando la hermana loca se le echó encima y la mordió allí en el brazo y le dejó esa cicatriz.

Sí, en eso estábamos dieciocho años atrás cuando llegó papá y mamá. Venían de un viaje al Oriente y estaban molestos porque no habíamos ido a esperarlos al aeropuerto. Y traían paquetes de regalos muy ostentosamente adornados. Había para todos, pero sobre todo para mi hermano muerto. Y cuando nos vieron a las tres de luto con rostros dolorosos dejaron caer los paquetes sobre los muebles y sus ojos cambiaron de furia a desesperación y tras de que no habíamos ido a esperarlos, estábamos allí las tres así de luto y sin mi hermano. Papá preguntó por él y mi hermana la cuerda se puso a llorar antes de que yo pudiera responder y sólo acaté a señalar la puerta del cuarto donde estaba el cadáver y lo que siguió después para qué contarlo si es lo mismo que pasa en cualquier familia donde se quiere a alguien y se es además histérico.

Y en ese momento, hace dieciocho años exactos, esta casa se llenó de gritos de mi hermana la loca que fue por los anteojos del muchacho y los partió en dos y les dio un pedazo a cada uno de nuestros padres y les gritó cosas feas acusándolos de culpables y tomen porque ustedes lo mataron y aquí les entrego sus restos y los miraba con un odio que la verdad es que producía un escalofrío terrible.

Y entonces papá se dobló. Se quedó con la

parte de los anteojos que le había tocado y preguntó ¿Cómo fue? y cuando le dijo lo del suicidio se levantó y se fue.

A partir de ese día prácticamente nos encerraron. La calle era culpable. Fue la calle quien echó a perder a su hijo el heredero, el ejemplo que todas las demás teníamos que seguir. Dentro de la casa jamás habría habido problemas. La calle era el enemigo.

Mi hermana la loca se reía de todo. Se reía del chofer-guardaespaldas-chaperón que nos pusieron, y que nos llevaba a la Universidad, nos esperaba allí el viejo feo y nos llevaba a misa y no entraba a la iglesia sino que nos aguardaba afuera el viejo cochino y mi novio tenía que venir a la casa en días fijos y jamás se podía estar en paz con el viejo perro pasando a cada rato y se aburría mi novio y se fue.

Yo protesté y me explicaron que tal sacrificio no era nada porque ellos se habían tenido que sacrificar por mí, puesto que cuando mi madre quedó embarazada de mí, mi padre tenía una beca para ir a estudiar no sé qué cosas a Estados Unidos y no pudo porque no lo aceptaban con dos niños y por eso estaba clavado como un bruto en el negocio y eso era mucho y lo mío a la par de eso era poco y no había por lo tanto razón para quejarme tanto. Y por tanto no tenía que anteponer mis relaciones con un patas vueltas, que no sabía cómo había comido ni dormido durante dos décadas, y que había aparecido de pronto y pretendía monopolizar mi atención y ni siquiera tuvo la cortesía de decir cuánto sentía la muerte de mi hermano personalmente a mis padres.

Mamá cumplió años ocho meses después de la muerte de mi hermano y estábamos decorando el lugar para hacerle una pequeña fiestecita y mientras trabajábamos mi hermana la cuerda y yo, mi hermana la loca se reía de nosotros. Habíamos comprado un papel. En la esquina colgamos una cintilla grabada que rezaba: feliz día mamá. Y mi hermana la loca,

sentada en el suelo nos miraba y se reía masticando chicles. Y yo le conversaba a mi hermana la cuerda sobre mi nuevo novio, cómo era de maduro y bueno y formal aunque un poco mandón; acaudalado; que quería que nos casáramos de una vez porque se negaba a seguir el protocolo de la casa y porque de todos modos mis padres se oponían a la relación porque lo consideraban demasiado viejo para mí, y si no le habían dicho abiertamente que no volviera es porque bueno era el dueño del almacén donde mi padre compraba y le daba crédito y mi hermana la loca nos miraba de manera extraña y se reía.

Cuando terminamos de decorar el lugar nos fuimos a cambiar. Nos quitamos el luto y nos vestimos las dos y cuando volvimos mi hermana la loca nos dijo *yeguas. Cómplices*, dijo, pero no decía por qué.

No tuvimos tiempo para ponernos a pensar en ella más porque en ese momento entró papá conduciendo a mamá vendada. Y la pusimos frente a la cinta y le quitamos la venda y por un rato todos estábamos felices, salvo, claro, la chiquilla que, apenas le quitamos la venda a mamá saltó como una fiera y se abalanzó sobre el pastel y entonces. . . Bueno eso fue lo que pasó: se lanzó sobre el pastel y cuando lo vimos estaba en el suelo y ella parada encima. Y gritaba que éramos todos unos malditos. Y papá se puso furioso y la golpeó tan duro que cayó al suelo la pobre y estuvo allí sentada en un rincón sangrando por la boca mientras papá decía que nosotras no valíamos nada, que éramos todas unas putas. Pero luego se fue y mi madre dijo que mi hermana la loca era una idiota y sin que nadie hubiera podido pensar que iba a hacerlo la agarró de la nuca y le metió la cabeza a la torta y le gritaba idiota y la hubiera ahogado si yo no me meto porque la otra no resistía ni hacía nada. Mi hermana la cuerda hizo las de papá: se fue, llorando y todo pero se fue. Y yo, ¿yo qué soy? Yo así como soy agarré a mi madre y me la llevé de allí y la hice acostarse. Le di una pastilla y media y la puse a dormir. Y luego volví para recoger el

reguero y no podía creerlo pero era cierto: mi hermana la loca se estaba comiendo el pastel porque dijo que su madre se lo había ordenado.

Mandé al chofer con una nota a mi novio esa misma tarde. Porque allí fue donde dije que no, yo me voy de aquí como sea. No me quedo más aquí, dije, y eso fue hace dieciocho años. Y no podía quedarme en una casa de dementes donde los normales se van, huyen o se matan, y las locas juntan un queque sucto del suelo y se lo comen solo porque su madre se lo ordena. Y simplemente anuncié a mi hermana la cuerda, *me voy con él*, y me fui.

Ella se mudó con él hacia ya dieciocho años. Y él no la dejó trabajar. El hacía las compras. Tampoco la dejaba hacer el trabajo de la casa. Su función, su única función era ser bella, lucir elegante. No tenía nada más que hacer. No debía salir sola: él la acompañaba siempre. Le decoró la casa para que se sintiera parte de un mundo irreal. Todo era sueño en esa casa. Todo era importado. Todo tenía que ser fantasía pura. Y cuando ella cumplió la mayoría de edad él se portó como hombre, enviándole un abogado para que le tramitara la cédula y el mismo día en que se la entregaron fueron a la iglesia y se casaron. El no le pidió que se casaran: simplemente llegó con unos amigos y le dijo que le traía un regalo y era el vestido de novia y él le dijo vete a peinarte y está de vuelta aquí a las tres y estuvo allí tomando con sus amigos todo el día y cuando ella llegó le dijo él que se vistiera porque iban para la iglesia y ella supuso lo demás.

Meses después ella dijo que quería un hijo y entonces él dijo que estaba bien que lo tuvieran. Pero no pasaba nada. Entonces ella le comentó que había ido al médico y que estaba todo en orden y por tanto le extrañaba que no quedara embarazada. Fue entonces que él le dijo que siguiera tratando porque si en un año ella no quedaba encinta él con mucho gusto le daría una pensión. Pero él no se examinó y los meses fueron estériles y él aprovechaba cualquier

ocasión para recordarle a ella el compromiso, hasta que un día; sí, un día ella buscó al médico para decirle que algo tenía que hacerse para salvar su matrimonio y se lo dijo de tal manera que ella quedó embarazada y además conoció. . . El remordimiento duró poco. Luego el niño nació y su marido dijo que era parecido a un tío suyo y era verdad porque el médico era primo de su marido. Así que no pudo haber queja alguna.

Pero el marido lo sabía. Sabía que era estéril y nunca lo dijo. Y se fue conformando porque de todos modos descubrió que era lindo decir *este es mi hijo* y la gente lo respetaba por eso. Por eso no reclamó. Pero los rumores ganaron fuerza en la ciudad, y por conducto de la gente ella lo supo. Y por conducto de la gente ella fue ganando fama.

Ahora estoy aquí sentada con ellas igual que dieciocho años atrás. Tengo un hijo grande, pero me veo casi igual a juzgar por las fotos que todavía decoran mi cuarto. Ellas se ven casi iguales. El tiempo no ha pasado. Mi padre acaba de entrar con paquetes. Y me acaba de mirar, sentada aquí. Y se enteró, dijo del secuestro de mi marido. Y ha preguntado por mi hermano. Ha preguntado si no sé a qué horas regresa y he dicho que no. Y se ha sentado allí en su silla y no se ha movido hace horas. Y estoy aquí yo. La hermana cuerda con deseos de irse y la hermana loca moviendo los pies y yo preguntándome qué soy.

Lindo sería tener ahora un hombre. Mi padre joven, antes de la muerte de mi hermano, luchando por sobrevivir, compitiendo con todos los demás por hacerse un campo en el mundo, un espacio para ganar el pan de los hijos, un sitio para ahorrar e ir al medio oriente a conocer la tumba de Cristo. Sí, un hombre.

Mi hermano con su porte varonil, seductor como era, enseñándonos que la libertad es el bien fundamental, y que siendo un derecho no se pide sino

que se toma, que cada quien debe ser libre para forjar su propio destino. Sí, un hombre.

Mi marido en ese primer año, diciéndome no tiene que estar aquí en medio de este caos, simplemente venga conmigo, venga como está, no traiga nada, absolutamente nada, venga así, yo respondo por usted, yo me encargo de usted, no se preocupe, yo voy a abrir el mundo para que lo vea por dentro. Sí, un hombre.

Mi hijo no ha sido un hombre. Al menos, no lo es aún. Estamos solas, nosotras tres. Estamos vacías por dentro. Estamos al garete, sin la mano fuerte que nos diga cuál es el paso que sigue. Todas las propiedades están a su nombre, todas. Los administradores no saben qué hacer. Nadie sabe qué hacer. Todos esperan mi palabra, la orden mía para actuar. Y yo no tengo palabra. Yo no sé hablar. Yo estoy aún tratando de entender el mundo de dieciocho años atrás. Eso es lo que estoy haciendo.

IV

- Hermanos: el señor sea con ustedes. . .
- Y también contigo. . .
- Santa María llena eres de gracia, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte amén.

La luz se filtraba por la ventana, sus rayos hechos ya un arcoiris y caía directamente sobre la copa. Atrás en las bancas los feligreses alzaban la vista para ver la luz en su caída: dividiéndose sobre la copa y en la cruz la luz tomaba la forma de una divina señal.

– Hermanos, nos hemos congregado para rogar por la vida y salud de nuestro querido hermano preso contra su voluntad. Que sus captores se arrepientan y nuestro hermano vuelva a nuestro seno.

– Amén.

– Ustedes hermanos son la manifestación del Espíritu en nuestro tiempo, y han sido llamados a contribuir a la renovación de la Iglesia.

– Aleluya, gloria al Señor.

– Vamos pues a orar para que descienda sobre nosotros el Espíritu Santo, y profeticemos en lenguas como en Pentecostés, y se sanen los enfermos, y nuestro hermano recupere la gracia de Dios, y por la gracia de nuestro Señor Jesús y de nuestra Madre María seamos capaces de repartir en nuestro tiempo los dones riquísimos que el Señor dispense.

– Amén, aleluya, así sea.

– Hermanos, hemos sido testigos de las maravi-

llas del Señor, y si Dios pudo hacer el milagro una vez lo puede hacer de nuevo.

— Amén, aleluya, amén.

El padre se situó allí en medio del pueblo que había acudido a su llamado para ser parte de la rogativa. Habían entrado por la estrecha puerta de cal y ya en el templo el susurro crece y el templo resuena en el murmullo que cruje el Espíritu de Dios se mueve en mí y yo canto como David.

Ecós de catacumbas, pausas y cordilleras y cantos y los feligreses mueven el cuerpo, baten las palmas, gesticulan cada vez más absortos en lo ignoto, cada vez más explícitos en el contenido de su fe que danza como David.

Era como de antaño. El universo, la esperanza, el sueño ahora: de un lado a otro las cabezas, los ojos melancólicos, el entusiasmo radical del Espíritu de Dios que mora en mí y yo canto como David.

— Padre, Padre. . . ¿se siente bien?

— Está en trance hermana, gloria al señor. . .

— Amén, aleluya, amén. . .

Desde el centro del templo alguien inicia su penitente viaje de rodillas. El Espíritu de Dios lo conmueve, dice el padre, y por eso avanza como David. Suda, aferrado a una pequeña imagen de la Virgen, postrer reliquia de una fe que se le escurría a cuenta gotas, donde otras ceremonias ya antiguas señalaban el camino, y las cosas dependían más del rito y menos del Espíritu de Dios que habita en él, dice el padre, y que lo hace sudar como David.

Desde todos los rincones del templo al que tanto ha contribuido nuestro pobre hermano a quien las fuerzas demoníacas hoy han privado de libertad, desde los cuatro puntos cardinales que la paz sea. Que la paz sea conmigo. Que la paz sea con ustedes siempre. Que con nosotros siempre esté la paz.

Las rodillas no son el mejor vehículo del Espíri-

tu, dice el Padre, porque el Espíritu en su peregrinaje no conoce otro vehículo que el gozo. Ponte pues de pie hermano, deja tus muletas y anda.

El padre se situó en el centro frente al altar con los colores de la aurora en sus ojos. Prendas de paz entre las palmas que no cesan de batir su gozo en el eco de las voces: un hermano nuevo busca la ruta. Ojos que buscan ojos. Manos que se aproximan a las manos.

– Gloria al Señor, Padre.

Luz de luz sin tiempo. Flor de sueños ocultos.

– Gloria al Señor, dice el padre, cuando llega junto al altar el penitente, cuando sangran sus rodillas junto al altar; cuando las lágrimas brotan de sus ojos junto al altar, cuando el padre pone sobre él sus manos y un extraño magnetismo los une y circula en la piel, aleluya, dice el padre, con la respiración jadeante, gloria a Dios que los fieles canten aleluya amén.

¿Cómo permitirle interrumpir la ceremonia?
¿Por qué tiene que confesarse ahora si son unos minutos.

Se ponen de pie cuando la música decae y en el templo quedan apenas leves gruñidos exhaustos. Leves voces que dan testimonio de los milagros semanales. Gloria al Señor. Se ponen de pie y sobre la puerta sus ojos se nublan y en tropel el pueblo alcanza el eco de las catacumbas por la estrecha puerta de cal que retumba en sus venas de tumbo en tumbo que canta y danza como David.

Entonces al fin estaban solos. Vivo en el camino a Tres Ríos, Padre. En el camino a Tres Ríos. Nueve cabezas, nueve calorcitos chumico, nueve cabecitas café y yo estoy sin trabajo. Y una cholita Padre, una cholita linda con sonrisa de jocote maduro y sus ojos chumico. Y yo estoy sin trabajo. Y me ofrecieron plata y yo necesitaba dinero. Es que yo dije que andaba por allí. Yo lo dije por decir algo y me oyeron y me dieron dinero. Y no, no sé si fue él o no. Padre.

Yo no sé quién fue. Yo no lo vi. Pero lo dije y. . .

El padre vio el rostro del imputado y oyó uno a uno los cargos: complicidad, conspiración, privación agravada de la libertad, expresión. . . palabras legales que decían y no decían. No apagó las velas ni cerró las puertas del templo. Solo se preguntaba una y otra vez qué hacer.

Porque sí, él sí lo vio. Estaba seguro de que él sí lo vio. Es verdad que todos los negros se parecen, pero estaba seguro de haberlo visto porque había otras personas que también lo habían visto y la verdad surgía de lo que habían visto todos. Pero ahora de pronto, el más firme baluarte de esa verdad, el más sencillo, el de ojos más limpidos llegaba para decir en confesión que no había visto jamás lo que dijo haber visto.

¿Qué hacer?

Nada quedaba en la calle tampoco. Nada ni nadie. Desde la acera las velas del templo relucían como señales del tiempo; las miraba desde la acera y las imaginaba eternas. Debían brillar así siempre. Pero deberían darle luz a él. No debían negarle la voz que él escuchaba. No debía fallarle a él el Espíritu de Dios que mora en mí y yo canto como David.

El mundo se le vino encima cuando lo supo. Estaba sentada en el portón de la finca cuando llegó la noticia. Se lo trajo uno que es de la guardia rural y vino y me dijo que lo habían arrestado y a mí me parecía una tontería porque además andaba fuera del país y yo lo esperaba mañana. Pero el corazón dio un vuelco porque algo estaban diciendo en la radio sobre un secuestro y yo ni atención había puesto. Salté del portón y corrí hacia adentro para oír lo que decía y sí, tenía que ver con eso, y sí, efectivamente decían su nombre bien clarito y no sé, el mundo se me vino encima.

¡Secuestrador! ¡Jamás! Y lo primero que pensé es, no sería nada raro que tuviera que ver esta vieja en el asunto. Porque nunca había pensado en algo así porque él tiene sus ideas y todo pero, secuestrador, eso no.

Cuando al fin me di cuenta que tenía que hacer algo llamé a mi hermana y le dije *alístese, vamos para San José*, y no le di más explicaciones hasta que estábamos en el bus y se puso a llorar.

Al llegar a la ciudad nos fuimos directamente a la clínica. La secretaria nos dijo que esperaríamos. Veníamos sin cita. No había nada que discutir sino esperar. Todos hablaban del secuestro. Incluso la secretaria que conversaba por teléfono, y al terminar colocaba el aparato en su lugar solo para volverla a levantar y seguir hablando del mismo tema. Porque no estaba bien que los terroristas hubieran secuestrado al Barrigón, un hombre tan bueno. El mundo entero se había suspendido.

Al fin pasaron, buenas tardes doctor y él, hola.

qué dicha que vino, ya conseguí el bikini que usted quería, y el médico, espere usted afuera, y su hermana salió a regañadientes, y las contracciones seguían fuertes, fuertes, y el médico que el bikini era fino, el mejor que él pudo conseguir. Y claro, yo no vengo por la prenda y el doctor no sabe por qué, y yo sí, es que me duele mucho y además mi marido está entre los supuestos secuestradores según dicen, y él, ah carajo, y tengo flujo y él, acuéstese, desnúdese y yo estaba pensando que los médicos siempre desnudan a las muchachas de campo y tenía ganas de llamar a mi hermana para que me acompañara pero me dije, tampoco voy a ser pendeja.

De modo que se desnudó para que él la examinara bien, y él, aprovechemos luego para que se pruebe el bikini y eso fue más de lo que pude soportar y me salió la malacrianza y le dije que se fuera al diablo con su bikini y me vestí y salí del consultorio loca de rabia y jadeando y el dolor era mayor.

Del consultorio fuimos a buscar al abogado para ver qué se podía hacer. Crucé el Parque Central con mi hermana detrás; con ¿qué tienes hombre y qué te pasa mujer qué te dijo y que te hizo ese médico, idiota que saliste verde; abrían campo entre la histeria colectiva que se había apoderado de la ciudad; abrían campo entre el pregón *agarraron a uno de los secuestradores, detenido cómplice de secuestradores del Barrigón*; abrían campo entre los comentarios de la gente, todos con datos precisos sobre lo sucedido, cada quien con su propio chivo expiatorio: deben ser los comunistas, solo ellos son capaces de una cosa así; no qué va, a mí se me hace que esto es una jugada de la derecha para echarles la culpa a los comunistas.

Su hermana tenía hambre. Y no es posible que quieras comer ahora cuando él está detenido, pero está bien, vamos a ese restaurante y te comes algo y yo me tomo un jugo.

Trataba entre sorbo y sorbo de entender lo que sucedía. Porque ella lo esperaba entre viajes allí en

la finca, con el atol espeso y los frijoles molidos, con el atolcito de maíz que tanto le gustaba, con sí, con el café y los panecillos para que comiera cosas frescas, cosas de campo, y los huevos calientes y el aire fresco y todo eso, sí, para que él entendiera que ella lo amaba. Y era ese amor, ese amor sin tapujo que todo lo daba, lo que ahora, todavía, la impulsaba a seguir a pesar del dolor.

Después del abogado y por insistencia de su hermana se hizo examinar en un laboratorio privado y era casi noche cuando regresaron al consultorio del Seguro Social. La secretaria ya no atendía el teléfono: se ocupaba de sus papeles. Y no tengo nada grave, hermana, fue solo el susto y ¿por qué no nos vamos?, y mi hermana: te vas a quedar aquí hasta que te atiendan, y yo que no, y ella que sí, y mi hermana tratando de convencer a la secretaria que nos atendieran de nuevo aunque claro que dos consultas al día no es permitido al mismo paciente, y ella vámonos y la hermana no quiero pensar en la cara de tu marido cuando vuelva si yo le digo que teníamos este problema y yo no hice nada.

Y de nada valió aclarar que ella y el médico eran amigos, porque la secretaria sentía la obligación de ser justa y la justicia consistía, dijo, en no discriminar ni siquiera a favor de los pacientes graves, porque la justicia, agregó, consiste en atender primero al primero de la fila, y el que se queda sin campo, *salao*, dijo la muchacha, *salao*.

Para entonces era notorio el dolor en el rostro campesino a pesar de la hidalguía con que hacía frente a la situación. Su hermana alegaba con la secretaria que mientras tanto acomodaba papeles. Realmente había mucho trabajo en la oficina, decía, demasiado para ocuparse de la malacrianza de los que se especializaban en mortificar. Pero no eran majaderías decía la otra, porque nadie estaba buscando incapacidades para no tener que trabajar sino que era de veras un caso de urgencia, pues una vida, quizás dos, estaban en peligro.

De nada valían los papeles aportados para darle fuerza a los argumentos, porque señalaba la secretaria, tampoco ella estaba para explotar al médico. El reglamento era preciso: establecía el número de casos que podían ser atendidos en un solo día, un mínimo y un máximo, y eso es exactamente lo que yo aplíco, dije. Y para ella era lo mismo justicia y legalidad. Pero en fin, trataría de convencer al médico de que, siendo su amiga la atendiera por segunda vez. Y por si acaso, convenía llenar la fórmula.

Contestaba las preguntas mecánicamente tratando de concentrarse solamente en alguien muy importante para ella, que estaba siendo víctima de una conspiración o de un mal entendido; estatura, color de ojos; porque llegaste a la finca en tu peor momento, con el dolor de tus fracasos acosándote, con las exigencias de la sociedad detrás de ti; ¿suma?, ¿sexo?, ¿edad?, ¿tamaño del busto?; y ella ganándote todos los juicios, con jueces viejos, con jueces que jamás nacieron, con testigos falsos: evangelinas y luces y martinis y despojos que tapizaban tu camino; ¿color de los cabellos?, ¿usa anteojos?, ¿fecha de la última menstruación?; rodando tú, cuesta abajo, perdiendo la patria potestad por no defenderte, rodando, inseguro, tendiendo tu mano al vacío. No sé si así hubieras seguido. Sólo sé que un día le dije a mi amiga, *me gusta este hombre*, y ella me dijo *no seas loca*, y yo no le hice caso sino que seguí con la idea y le tendí la mano y él la tomó, y entonces le dije tú tienes la verdad, ella tiene las mentiras, es decir, ella no tiene nada. ¿Casada o soltera?, venga por aquí para medirla y pesarla y tomarle la presión y aquí tiene el formulario lleno para que lo lleve allá al otro escritorio, y espéreme allá que ya voy. Cargando todo, sin acceso a tu estancia, sin poder decir ahora que te amo, sin poder abrir mis labios hacia ti en el hallazgo del beso, sin poder acercarme a ti y ayudarte a cruzar nuevamente el pantano sin contagio, para que más allá de todo se justifique todo en el mismo beso; sin creer ni una sola pa-

labra de lo que han dicho, pero en todo caso hacer-
te entender que, aunque fuera cierto, aunque me re-
pugnarian tales métodos en tí, te seguiría amando,
porque a las personas se les ama como son o no se
les ama; volver al escritorio para ser atendida por la
misma persona para que diga profesión u oficio, las
enfermedades de la familia tales como cáncer, gas-
troenteritis, tuberculosis, amigdalitis, masectomía o
vasectomía? . . .

Y de nada vale la indignación frente a lo absur-
do, porque si la pregunta está en el formulario hay
que responder para que la secretaria pueda cumplir
con su trabajo y ahora siéntese en el banquito ese y
espere.

Pero no era posible. Por Dios hermana consígue-
me un mejor asiento, sí una silla de ruedas, porque
te juro que nunca he tenido un dolor más intenso,
creo que voy a tener el niño aquí mismo; gracias Se-
ñor, es bueno este guarda, sí, no sabe cuánto se lo
agradezco, sí señor, amenaza de aborto, interesante
sí, su señora pasó por las mismas, y gracias por lo
de valiente y eso esperamos, Dios primero sí, el mé-
dico no habrá de tardar.

La hermana incansable como una hormiga, insis-
tía en su empeño de lograr atención médica oportu-
na para salvar al niño: gracias señora, hoy en día no
hay mucha gente como usted, no sabe cuánto se lo
vamos a agradecer y ahora mismo le diré a la secre-
taria que usted nos cede el lugar suyo para que mi
hermana pase de primero, gracias. Señorita . . . pe-
ro ¿cómo? . . . es que la señora renuncia al primer lu-
gar para que lo ocupe mi hermana, y qué tiene us-
ted haya llenado los formularios y los haya numera-
do, es cuestión de conservar el número pero lo im-
portante es que vean a mi hermana de primero por-
que es un caso de urgencia y . . . buenas tardes doc-
tor, ¿has visto?, ni siquiera me respondió. Sí señor,
yo sé que la secretaria tiene razón pero es que está
grave, sí, sé que es temperamental y se enojó por
nada y salió molesta, bueno sí, brava, muy brava del

consultorio con una gran malacrianza y se fue, eso lo sé, pero sí, claro, hay que respetar el orden establecido, los derechos son irrenunciables, claro, si doctor, yo sé que es justo que atiendan primero al que llega primero y por eso vamos a esperar, no hay cuidado doctor, vamos a esperar; no nos vamos a ir de aquí hasta que te atiendan porque lo que tenés es grave.

Después de todo, hermana, renunciaste a tu cita solo porque tu médico quiso que te probaras el bikini que tú misma le habías encargado. Y, pues, nos vamos de aquí solo después de que te hayan atendido, y no es una cuestión de humillaciones sino un derecho, y te quedás aquí y sí es necesario que te internen.

En esa disputa la atendió el médico y la mandó a internar. Y por eso mismo era necesario llenar de nuevo la fórmula, una de otro color aunque con los mismos datos, en medio de los violentos asaltos de las contracciones, ¿y qué podré hacer por él metido aquí?, y su hermana; afuera no vas a poder hacer nada en estas condiciones, y el dolor largo fue cubriendo toda la sala y la hermana y las demás pacientes la compartieron y fue cuando su paciente hermana perdió la paciencia y gritó: *pero carajo, ¿no ven que se está muriendo?*, y un chiquillo que estaba cerca se echó a reír. Entonces una mujer entrada en años dijo picaramente: *oí que vieja tan malcriada*, y el chiquillo alentado: *pégale*. Y en medio de todo, en medio del dolor que volvió de su onda expansiva para concentrarse en el ámbito exclusivo de las dos hermanas, en medio de la risa causada por las burlas del chiquillo se oía la voz serena, firme e inflexible de la secretaria golpeándose en los tímpanos, imponiendo la fuerza de su autoridad en el contorno: edad, peso, sexo, estatura, color de los ojos, ¿fuma habitualmente, sexo?

Al fin el conserje regresó de tomar café y la pasaron al salón y años después se acostó cuando la cama estuvo lista. Mil años después la muestra. Y la se-

cretaria tardó un poco en ir por el suero porque el doctor vino a mostrarle una tanga y desde su cama la paciente oyó a las demás decir que la enfermera tenía bonito cuerpo. Milenios después el suero y horas luego la doctora gritó que eran unos bárbaros, unos brutos, porque ese suero era para sostener y ya la muchacha había perdido al niño.

Fue más de lo que hubiera podido resistir cualquiera: tú acusado como un vulgar delincuente que raptas a la gente para sacarles dinero; tú, finquero, con todo ese arroz en las bodegas, y todos esos viajes, y todo ese historial de cantante, y yo he perdido un hijo, un hijo engendrado en mis entrañas por ti, un hijo que se fue de mis entrañas por ti.

TERCERA PARTE

Los verdugos quedan. Están sentados en torno nuestro y nos miran, y nos apuntan con sus dedos. Pero yo he contado la historia del Samamfo. Solo yo. Yo he adorado a Nyambe, y lo he encarnado en el pueblo. Si muero, alguien cargará con mi muerte, alguien enfrentará algún día su propia rebelión como un castigo.

QUINCE DUNCAN.

Yemaya.
Apareciste. . .
sin ser visto en
en el umbral de la puerta.
(. . .)

El temor les abrió como órbitas enormes
la boca y los ojos. . .
Pensaron que la tierra
se había abierto
y que tú apareciste
como para anunciar
cosas terribles.
Y nada. . .

GERARDO MALONEY.

Las dos mujeres llegaron casi al mismo tiempo. Cada quien se acomodó donde pudo, tratando en medio del tumulto de mantener su dignidad. Se miraron largamente. Hacia mucho tiempo que no se veían.

No estaban frente a frente. Cada quien ocupaba un asiento en la sala del aeropuerto, casi ocultándose del tumulto que se producía a su lado. Cada una con sus pensamientos. Cada una cuestionando el derecho de la otra de estar presente en ese momento en que, contrario a lo que la *opinión pública* esperaba, el imputado había decidido regresar.

Una evocaba horas de compañía tumultuosa en que junto a él construyó sus sueños. Recordaba sus juramentos y sus esperanzas frustradas cuando un día por ningún motivo aparente no regresó a su casa. Porque ciertamente no era la primera vez que se iba. No era la primera vez que quedaba mal. Ella podía recordarlo así, asociado siempre a la informalidad, a la falta de atención. Podía recordarlo así, un alud violento que todo lo aplana a su paso. Tal era la huella dejada en su vida y a la que ella se aferraba desesperadamente, odiándola.

Tardó mucho tiempo en fijarse en él. Flaco y negro y feo como era, con sus modales poco refinados, y sus limitadísimas aspiraciones y poca experiencia. Era un chiquillo de campo, igual que cuando ella lo había conocido años atrás: la ciudad fue haciendo mella en él muy lentamente.

Lo habían puesto a aprender un oficio. Y viéndolo allí empeñado en ser un artesano, las insignificantes fracciones de recuerdos infantiles asociados a él

parecíanle aún más raquíticos. Y si logró reconstruir una buena parte del cuadro fue porque él la ayudó, haciendo calzar la mayor parte del contenido en lo que era una telaraña mil veces rota.

No fue sino su amiga de fiestas la que despertó al fin su curiosidad. Dijo un día que ese muchacho es guapo y las dos se fijaron en él al pasar y de allí en adelante empezó una suerte de competencia en que una era la que mandaba a decir, y la otra llevaba los recados. Y así continuó hasta que un día él le dijo que no tenía interés alguno en los recados de su amiga. Lo dijo de cierta manera y era lo mismo que decir la que me interesa eres tú.

Pero el tiempo pasó y todo parecía haber seguido igual. Por eso ella recurrió a la táctica de los celos. Le contaba historias de legendarios pretendientes, plétoras sus historias en fantasías, rebosantes en palacios y perfumes. Algunos eran acaudalados, exóticos, incondicionales y casi todos invisibles. Y se fue dando un pacto secreto entre los dos: él tomando sus fantasías como algo real y actuando conforme; ella fingía no saber que él estaba enterado de la verdad.

Y una tarde la besó. Estaban jugando de manos y riéndose nerviosamente y él la besó y ese fue el comienzo de una etapa nueva en la que ella intensificó la conquista, usando sobre todo el celo como arma para rendirlo.

El deseo de posesión sobreabundó, acentuándose día con día. Todas las demás la estorbaban. Y si llenaba las necesidades insatisfechas de su ego coqueteando con otros pretendientes que insistían en cortejarla o dando rienda suelta a sus fantasías, descargaba sobre él la fuerza de su indignación cuando descubría que él no satisfacía todos sus caprichos. Ella deseaba librarse de todos, incluso de los familiares y de los amigos de su novio; en fin, quería liquidar toda relación que compitiera con ella, con su afán de ser en la vida del muchacho la totalidad.

Era su manera de amar.

Lo amaba resistiéndose a él amarlo, así llorón y débil, con su personalidad casi infantil, amarlo sublime, depurada su imagen de todo contagio de lo inmediato.

Se fue adueñando de él poco a poco, llenando el vacío dejado por el tiempo y la ausencia de su pueblo, de sus costumbres, de su raíz, de las voces viejas siempre nuevas que solían llenar la vida del novio antes de que ella las sustituyera. Lo redujo a su círculo, a un perímetro exclusivo dentro del cual sólo tenían cabida él y ella, ella y él.

Como un árbol creció el amor entre ambos. Podadas sus ramas, sin espacio para avechilla alguna, sin aportar sombras para reposos viajeros, sin oportunidad real de ahondarse en la tierra, porque su mundo era solo el mundo de dos.

A pesar de todo los días se llenaron de ardor. Abrieron surco. Conocieron juntos los primeros misterios de la vida; él aferrado a ella perdonándolo todo, obviando aparentemente todos los escollos sin que dejaran huella; ella soltándolo para volverlo a atraer, hiriéndole para luego lamer la herida.

Sucesión de estados de ánimo que variaban con el día el sol la luna y los vientos. Reír juntos y llorar en tardes y noches y algunas veces en medio de la guerra repentina o la inesperada paz irrumpía victorioso el canto.

Sí, también ella supo hacerlo cantar. Rompió de sus labios la canción honda y los primeros versos se abrieron en notas. El con ella en inobjetables testuras, hablando de lo que serían a lo largo de los años los pasos y los hechos de un tiempo sin límite.

Ella con él en sus noches de estudio y vela, evitando el abandono, procurando salvar a toda costa las empresas emprendidas del fracaso; termina tus estudios, decíanse el uno al otro frente al examen final.

Juntos para resistir la tiranía y la esclavitud de madres adoptivas, maldiciones, maledicencias, ironías. Roca o cueva aún en su debilidad y en su fortaleza, en su fuerza varonil, en su resistencia femenil.

Juntos en sus esfuerzos. La mano para superar los momentos de frío, sin claudicaciones, dándose lo necesario para seguir. Dejar atrás sus fantasmas, vencer las limitaciones sentimentales y lanzarse al campo, tragar a regañadientes la ausencia, la separación.

Eso les hizo daño: ella trabajando en la zona rural y él aún en la ciudad, sumiéndose en la soledad y la melancolía, disipándose, recorriendo la ciudad como un fantasma, sintiéndose humillado porque su novia podía vestir mejor que él; y él buscando en los barrios el pan.

Pero eran barrios donde no corría el pan.

Ella acogida por el pueblo, descubriendo la delicia de ser *alguien*, de dar un aporte, entregada con pasión al trabajo. Sobraban pretendientes y amigos. Rodeada por sus familiares que de por sí nunca estuvieron de acuerdo con tan inusitado noviazgo, ella no obstante lo deseaba por las noches, suspirando con admirable obstinación por él. Esperaba sus cartas que se espaciaban peligrosamente, y dejándolo todo para ir a su encuentro al final de los meses.

Pero cada mes cuando se encontraban era fuerza reñir, porque no me escribes, no me interesan tus canciones, quiero saber de ti. Pero mis canciones son lo que yo he sido, soy y seré, y si ellas no son de tu incumbencia tampoco es dable que lo sea yo. Y sabes lo que quiero decir, que me escribas con regularidad. Lo hago. Mientes.

Así los meses fueron ganando heridas. Se acumularon cicatrices y angustias. Uno con su orgullo de macho que lo llevaba a mentir, y el daño que la ciudad le hacía en su soledad y búsqueda sin rumbo y misticismo crónico que tendía a alejarlo de las asperezas de la realidad. Otra con sus celos y su afán consistente de posesión.

Era amor y era odio.

Con los mismos labios y los mismos ojos toda la pasión intensa que suspende la vida, que deja en el ser la plenitud total del universo, que hace espacio

en los cuerpos para la historia; y la daga insaciable que cava en la carne estrías de sudor y sangre.

Así el amor: apacible fuente primaria del que mana la luz, mas la luz hace daño, hiere, aplasta, deja amargas huellas a su paso. Y de nada valían sus fantasías, sus meditaciones, sus oraciones, y su canto. La separación, dictada no por la voluntad de ambos sino por necesidades impuestas desde afuera, lejos de ablandar el corazón de piedra llenó el vacío de maestros y santos.

Perdió todavía más espacio el amor. Ella un día dejó de ser la totalidad, de ser el día y la noche, la aurora y el ocaso, para reducirse a la dimensión de una mujer. Dejó de ser dios y se hizo ser humano. Acabó el ideal y él comenzó a despertar del sueño y los dos lo sintieron, los dos sabían lo que estaba pasando, pero ninguno de los dos tuvo el valor de enfrentarse a la realidad, y además era difícil aceptar que se derrumbara una edificación hecha con amor y dolor, con besos y odio, con alegría y agonía durante tantos días y noches a despecho de todo y de todos.

La vida de ambos había llegado a ser la misma vida con sus violentas contradicciones y momentos de ternura. No sabía cómo sobrevivir ahora, si su universo estaba poblado solo por dos personas: ellos mismos. Había que encontrar con urgencia una solución adecuada, y la encontraron.

Se casaron llevando consigo su miedo y su duda, su orgullo y su indefinición, sus heridas y sus reclamos, los dos aferrados a los restos de lo que había sido un amor para la historia. El pueblo se alarmó. Los amantes sentían crecer en sus venas la fatiga. Distantes ya del tugurio, sosteniéndose el uno en el otro, abriéndose campo en la jungla de los pueblos y de los barrios.

Juntos la primera noche. Dispuestos a enmendar lo que juzgaron un error a los ocho días. Porque ella necesitaba los muebles ya. Resueltos a rectificar lo que según su opinión había sido un yerro al año.

porque gastaba el dinero en nada, sin vestirse ni fumar ni tomar, dejando perderse las cosas que con angustia lograban reunir, y tenían que comprar para luego volver a comprar en un círculo vicioso en que él parecía incapaz de sostener nada. Dejaba para luego tantas cosas, casi todas las cosas.

Entonces ambos regresaron a sus fantasías. Ella contaba historias de su acaudalado príncipe y él componía a despecho canciones para legendarios amores.

Pero en medio de la batalla estaban dando la otra batalla para escalar. No hubo pues tiempo para detenerse y hablar. No hubo jamás espacio para sentarse mirando serenamente los ojos para descubrir debajo de la piel ígneas reservas capaces de hacerlos volver, no, volver no, seguir, continuar por una vía distinta, crecer, renunciar a la poda permanente del árbol, abrir campo para dar sombra. Competían, interminables proyectos que abortaban, o salían del parto con incurables pecados originales.

Construyeron juntos muchas cosas. No era, pues, justo que la hubiera abandonado. Es cierto que hubo heridas, físicas algunas, sentimentales otras. Es verdad que la violencia obrubuló el respeto mutuo. Pero qué hay de los momentos de luz, de los grandes momentos en que se vela junto a una sola cuna, o se ama entre una tormenta, o sencillamente se compra un abrigo. No era para que se fuera. No era para que, aún cuando ella se humilló al fin reconociendo las huellas del final, él emprendiera viaje. Partió sin motivo aparente, sin querer dar una oportunidad más para rectificar.

Y por eso no tiene derecho esta mujercilla, que viene ahora a conocerlo tan lejos del tugurio, a aferrarse a él cuando él parece haber resuelto muchas cosas, no, ella no lo tiene, no debe tenerlo jamás. Me dolerá verlo podrirse en la cárcel, pero tendrá que ser así. He jurado que será mío o de nadie. He jurado que sin unir su suerte a la mía habrá de volver al caño. Volverá a los tugurios y sus hijos habrán

de odiarle. He jurado doblegarlo y lo voy a hacer acudir a mí de rodillas, y lo voy a joder y a joder para que nadie sepa otra historia que la que yo cuento, hasta que nada quede en pie, y los niños sabrán lo malo de él y jamás lo bueno, y lo malo magnificado, y no voy a permitir que venga ahora a ser héroe, a reivindicar un honor que no tiene, que jamás tuvo: voy a terminar con él, cantante barato, secuestrador, criminal, mendigo.

Estaban allí dos mujeres. Una sin saber si lo suyo era amor o era odio. Sin poder explicar su pasión insaciable, sin poder ocultar su convicción de que él era hechura suya, porque lo hizo lo que es, lo sacó de los tugurios, lo enseñó a vestir, cargué con él como amiga, mujer, madre, confidente, y le enseñé a amar, y si eso no da derechos a una mujer para poseer a un hombre, entonces este hombre no será de nadie.

Estaban allí, sí, las dos mujeres. Una para volver a ser humillada. Porque feo y jalado como era a ella no le había interesado. Porque además los hombres casados para ella eran cosa prohibida. Y también porque él era un cantante de prestigio y ella en su mundo sin sospechar siquiera que debajo de la aparente calma se desarrollaba una furiosa tormenta.

De pronto un día se fijó en él. Sin motivo alguno. Y descubrió la soledad, el enorme vacío, el pequeño cuartucho de Cinco Esquinas, y así lo amó.

Perseguido, visitante regular de las cárceles por extrañas denuncias de las que por arte de magia siempre se libraba. Con su pasado y su presente siempre presente, con sus dudas y sus deudas y sus depresiones, con sus resentimientos y errores, lo amó. Lo amó y la amaba. Y en eso, solamente en eso fundaba su derecho a esperarlo.

Aguardarlo sí, como siempre lo ha hecho desde hacía ya varios años, para ayudarlo a vencer la mala hierba, a darle la mano de nuevo para que pueda levantarse y echarse a andar.

Ella se sentía realizada en él. No porque viviera solamente para él, ni porque ella le entregara en exclusiva todos sus momentos. No, no era eso. Era que los dos sabían que contar con el otro era lo más natural, que ninguno de los iba a hacer jamás nada que perjudicara conscientemente al otro, que podían en los momentos de soledad extender la mano y hallarse; él es conmigo; yo soy con él.

Eso se lo dijo a los policías. Y era evidente que lo habían torturado y que estaba dispuesto a inventar cualquier historia por evitarme la humillación. Mas compartiendo los dos la misma suerte solo se afianzaba el amor, la sensación cierta de un destino común.

Esa noche me salvé por un milagro cuando uno de los guardas resultó ser un primo hermano. Y fue todavía más milagro que él tuviera la sensibilidad de arriesgarse por mí, amenazando con decir a los cuatro vientos detalles que no deben ser dichos. Me maltrataron, pero ahora pienso en lo que pudo haber sido. Y cuando lo pienso, digo, yo me realizo en ti, tú eres conmigo, nosotros somos y eso es suficiente, y eso no tiene precio.

Ese era su alegato. Aquel hombre no era suyo. Ella no le pertenecía. Era un pacto voluntario, sin coerción. No tenía una larga historia que contar, ni un millón de recuerdos dolorosos. Lo había conocido en la llanura, y en los llanos seguían, sin esfuerzo por trepar pendientes, sin acciones que pudieran llevar hacia el borde de los precipicios.

Estaban sí, dos mujeres. En el movimiento perenne del salón, surgían cada vez más rostros y cabezas. Estaban ahora, cuatro mujeres. Rostros de contención, movimientos de azogue, serena negrura en los ojos. . .

Más allá de los ojos de las otras tres estaba la cuarta mujer, mirándolas rodeada por los mismos oficiales de policía, rodeada por los mismos periodistas. No se hablaron entre sí. La tercera, burguesa, vestida con una elegancia impresionante, su boca

pintada con un exótico tono rojizo; gruesa, sin llegar a la gordura, sus ojos negros, profundos.

Estaba allí, como las otras, *esperando que vuelvas a mí porque tal vez ahora podremos conversar. Volverás, vienes. Vienes y ojalá más consciente*, porque han sido horas enteras de lucha con él. Desde la tarde en que tomó la decisión, desde el día en que simplemente se puso de acuerdo y se fue con él, dejando tras sí a su hermana la cuerda y a su hermana la loca y a su padre y a su madre heridos de por sí más allá de toda herida; desde el momento aquel en que el varón, el hijo mayor de la familia se quitó la vida.

Largas habían sido desde entonces las horas de auto aniquilamiento, y de auto compasión. Largas horas de vivir sin vivir, de vivir sin ser, de ser por el otro. Ser lo que el otro quiere. La señora del Barrigón, la mujer del Barrigón, la propiedad personal del Barrigón. Toda una vida en función de su marido, para cumplir sus deseos y sus caprichos. La mujer, decía, nacía para ser compañera del hombre, para llenar de alegres momentos su vida, para compartir sus depresiones.

De las dos historias de la creación toda la cultura escogió una: no fue que *varón y hembra los creó*, no, sino que ella había venido de las costillas del varón. Debía estar pues sujeta al hombre. Mitos legendarios cavados entre pueblos pastoriles, y rumeada en largas jornadas de vetustos jeques. Porque si en El ya no hay judío ni griego, ni hombre ni mujer; porque si en El todos eran iguales, solo los recuerdos históricos y la opresión social justificaban esa sujeción.

Su marido era un hombre religioso. Asistía a misa, daba sus dádivas para el templo. Por eso ella tenía que estar sujeta a él, debía auto aniquilarse en función de ser la señora de. . . la que se desvive por ser siempre la que sonríe cuando él está alegre, la que guarda silencio cuando él necesita silencio. Esa era su función: esa es la manera de ser mujer.

Mas ese día ya no lo aguardaba por un deber. Había un impulso mayor *que me hace aguardarte, que me obliga a verte, que me ha hecho sentir que de todos modos no seré capaz de hablar cuando te vea, y creo que te estoy amando.*

Y yo debo estar loca para decir que lo estoy amando.

¿Volverá como era al principio?

¿Al principio? ¿Cuándo fue el principio? ¿Existió alguna vez?

Acaso el secuestro haya pasado sin más. Ella sería entonces de nuevo, ser de la decoración. Y puesto que el lugar de la mujer está en la casa, junto al hijo, habrá que renunciar a todo, incluso a estudiar. A estudiar lo que sea. Simplemente a saber un poco más acerca del mundo, para por lo menos tener de qué hablar, superar el estrecho mundo del precio del azúcar o de las superficialidades del bridge.

Probablemente el secuestro ha pasado sin dejar huella alguna. Entonces la suerte determinará una nueva defensa del matrimonio a ultranza, muriéndose ella, y quién sabe si por ser infeliz, amargando sin querer, dejando huellas parcas a su paso.

Quizás todo estaría como siempre estuvo, y él volverá a los negocios todo el día, y por las noches, ella junto a él en las fiestas donde se hablaba de negocios, el precio del azúcar y todo eso, y a las noches en que sentados mirando el televisor ella cumplía la función noble de compañera, para responder solícita a sus comentarios en el espacio de los anuncios.

En cualquier sitio elegante, sé que van a subir, no es cuento, y si puedes conseguirlos aprovéchate, y si yo pudiera lo haría pero ¿de dónde saco el dinero? y cualquier sacrificio es bueno y por qué no vamos a medias, claro, sacas el dinero, bueno, te propongo esto: si hipotecas tu casa y metes el dinero en el negocio yo te presto el resto y vamos a medias. Y el otro que sí, porque estaba seguro, y de todos modos si había una tendencia a la baja después

se podían vender sin perder gran cosa, y fue así. La copa de whisky en las manos. Simplemente así. Y compraron los dólares, y ella, ¿cómo les fue en los negocios?, y él, ¿cómo nos iba a ir? ¿Vos crees que si yo hubiera tenido duda me habría metido en él? Y ella sabía que les había ido bien, porque el dólar había subido cinco veces su valor en colones en dos meses, y ella solo estaba tratando de hablar de algo, de ir más allá de su función decorativa. Eso era cuanto quería.

Por otra parte estaban los almacenes. El rostro visible de la cadena. Y todo el pueblo decía que el Barrigón era un buen hombre y sí, en el fondo lo era. Los precios de sus almacenes eran los mejores de plaza. Y ella era la señora dichosa usted señora ser la esposa de un hombre tan bueno que Dios bendiga y conserve por muchos años. Y sin duda era un gran honor ser la mujer de un hombre de tan buena fama, amado por tantos y odiado por sus competidores.

Por accidente supo lo de las exportaciones clandestinas que permitían traer dólares para colocarlos en el mercado cambiario y especular. Lo oyó hablando por teléfono con un amigo en el Congreso para que el trámite de devaluación fuera lento, lo más lento posible, y si es posible lograr luego un veto presidencial. Tenía que ganar tiempo dijo, necesitaba por lo menos tres meses.

Si, es posible que el secuestro no hubiera producido efecto alguno, y las aguas entonces volverían a su nivel. Pero era dudoso. Comenzando por el imputado. *Se supo ayer que regresará en el mismo avión en que vienes* porque alega que él no fue, que él no tuvo nada que ver, y que vendrá a probarlo. Y yo lo creo. Es un pobre hijo de vecino que surgió de muy abajo. Un negro común y corriente, sin más méritos que su sentido de la oportunidad, o su inteligencia y un poco de suerte. Lo conocí hablando con mi marido de los precios del arroz. Y dudo ahora

que este socio menor iba a atreverse a organizar un secuestro contra su más importante padrino.

Pero bien, no estaba en la lista que yo debo que pensar. Yo debo seguir aquí decorativamente, como una buena mujer. Para las noches de dólares y arroz, ella. Para las noches de televisión, ella. Para los fines de semana en la playa, ella. Para las noches tibias en que él evacuaba en el lecho el enorme peso que cargaba por ser un hombre bueno, un hacendoso hombre de negocios que hacía el bien a la gente, que prácticamente subvencionaba al pueblo sacrificando parte de sus ganancias; sí, para eso era ella. Para la atención oportuna de su hijo que crecía con una extraña oquedad en su conciencia, era ella. Para todo eso era mujer.

Y ahora aguardaba. Allí en la sala del aeropuerto, *te espero.*

Tengo indominables deseos de rebelarme. Tengo ganas de mandarlo todo al diablo. Por eso, tengo que esperarte. Necesito estar aquí cuando llegues para verte y asirme a ti.

Sí, se venía sobre ella con fuerza arrolladora la rebelión. No la de su hermano que en el fondo fue una evasión; no la de la hermana cuerda que huía siempre por no entretarse a las crisis y que terminaba por ende en otra forma de evasión; no la rebelión de su hermana la loca que no pasaba de ser protesta estéril que en nada modificaba la realidad; no su propia estúpida venganza que le dio un hijo pero como si fuera poco, lo elevó a él al rango de *pobre hombre tan bueno y casado con esa vieja puta*. No, no era esa la rebelión.

¿Entonces, cuál era la rebelión?

Te espero aquí, reclamando la posibilidad de ser lo que yo quiero ser. Reivindicando la opción de ser, sí, una mujer, porque todavía eres bella y sin duda ahora en tu madurez lo eres más aún, tus ojos quizás más vivos, y sabes lo que es la pasión y la oculta fuerza de la caricia oportuna. Sí, ser mujer, pero ser persona. Ser mujer pero no decorativamen-

te. Ser tú. Ser yo. Libre. Mujer, pero yo. Mujer yo. Persona yo. Mujer-persona, yo.

Te espero aquí en mi condición natural, y precisamente por mi condición natural, queriendo llenarme de la poca vida que nos queda aún porque los años avanzan y nada los detiene y todavía puedo vivir. Sin fiestas ni dólares. Tienes suficientes ya. Sin arroz ni almacenes. Y aquí contigo. Aquí junto a mí. Juntos. Tú conmigo en el viaje. Una solo tiene esta vida. Una no sabe si hubo una existencia anterior a esta o si habrá alguna después. Una quiere creer eso pero es pura fe. Una debe vivir ahora, como si fuera su única vida, y vivirla intensamente y todo.

Te espero amor, no tardes.

Te espero aquí, pensando por primera vez en mi vida que puedo hacer el viaje sola. He sabido lo que es. Todas las cuentas a tu nombre. Todo el dinero a tu nombre. Todas las propiedades a tu nombre. No sé cuánto tienes ni dónde lo tienes. No sé nada de las finanzas porque eso es función masculina, eternamente vedada a mí.

Y, ¿has visto? ¿Has visto?

Mendiga acaudalada yo estos días de puerta en puerta tratando de levantar el dinero para tu rescate. De nada nos ha servido esto: que tú seas el *hombre* de la casa y yo *simplemente* la mujer. ¿Lo ves? Mendiga acaudalada tratando de convencer a tus empleados cuyo único interés parecía ser la *no descapitalización de la empresa*, y la *no violación de las normas que rigen la empresa por disposición expresa de su marido*. Colección de insolencias. Era tu vida. Mendiga acaudalada yo. Obligada al chantaje, a la presión, a las medidas ilícitas toleradas tentativamente por los bancos, por las autoridades, por todos.

No, no amor, no eres eterno. Ser yo, valerme. No, no durarás siempre. Ser yo, no depender. Y vienes, vienes y yo te espero. Y estamos en la encrucijada los dos. Es tu día y es la tarde mía. Es hoy. Vienes. Tengo que aguardar tu llegada, para asirme a ti. Para asirme a ti o morir.

Estaban pues allí, sí, las cuatro mujeres. Una tenía en su rostro las huellas de la frustración, de la contención. Otra desfilaba en el salón un movimiento perpetuo de azogue. Estaba también allí la muchacha de la finca, la de manos callosas. Y estaba la cuarta mujer, más allá de los ojos de las otras tres, con una serena negrura en su rostro; esperando las cuatro el arribo del mismo avión. No se hablaron entre sí. No tenían palabras en común.

El ruido del avión llenó el lugar. Los periodistas entraron en pleno movimiento. ¿Señora, qué siente usted en estos momentos?

Los policías estaban en pleno movimiento. El eco de sus botas cortaba de cuando en cuando el ruido del avión. *Háganse para atrás señoras, ¡no presionen!*

Una de las mujeres se puso de pie, sus manos temblorosas pero sus ojos seguían serenas. Miró a las otras tres, una por una, sin rencor, y a una con cierta complacencia. Y cuando habló, su voz era una voz profunda, más allá de los oídos de tanta gente aglomerada.

La puerta del fondo se abrió de repente y salió de primero él, rodeado por los policías y caminó firme con la cabeza levantada y en línea directa hacia el asiento previsto para él. Miró a la gente al pasar. No dio signo alguno de que lo impresionara la concurrencia. Simplemente caminó con hidalguía, para ubicarse en su lugar.

Las cámaras llenaban interminables metros de cintas, ¡que todo momento ha de quedar impreso en la mecánica memoria del tiempo! Luces fuertes, luces que ardían, luces que herían al ojo.

Uno de los acompañantes dijo ser ministro en el gabinete del señor Presidente de la República, aclarando que el gobierno cumplía lo que era parte de un compromiso adquirido con el imputado y que debían los señores periodistas ser breves. Y fue en ese momento en que se oyó con toda claridad una voz que estaba más allá de todas las voces, un grito

de amor que a él en tantas horas de infancia le había bastado.

— Si, es él, es mi amado hijo.

Estaban sí, las cuatro mujeres. Una conteniéndose. Otra en movimiento. Todavía una más, con sus manos callosas, mirándole en silencio. Estaba sí, la de la voz honda y la serena negrura. Y había otra, una quinta mujer, que surgió de pronto sin ser vista por nadie.

Era de la misma generación y del mismo tiempo que la madre. Lo había conocido desde niño, *y yo ayudé a criarlo. Nuestros hijos entonces eran hijos de la comunidad. Diga pues nuestro hijo.*

Siempre he sabido y he dicho que estaban mintiendo. *Sostuve hasta el día de mi muerte que este muchacho, hijo nuestro, vale la pena.* Y sigo con la misma opinión.

El niño volverá a nacer. Regresará al vientre para esperar su tiempo, para abrirse campo hacia la vida en medio de las condiciones más objetivas. Porque todo tiempo es edad sin tiempo. Porque la verdad no tiene fronteras perdurables. Porque nunca se ha oído que una hormiga doméstica liquide a un elefante.

Estaban allí, sí, cinco mujeres. Tres de ellas rodeadas por el tumulto de voces y la expectación y las luces y las cámaras y los policías. . . los policías. .

CUARTA VOZ

¿Y a qué volverá ese idiota? Y ver uno la publicidad que le están dando. Y lo van a dejar hablar. ¿Qué futuro para el país?

Perros. Eso es lo que son, perros. Cabrones. Y lo reciben como un héroe.

Le saqué muy poco. Me faltó tiempo. Además la debilidad. Es lo peor que le puede pasar a un policía profesional: la debilidad. La verdad es que esa noche lo hubiéramos hecho cantar, o inventar una historia que es todo lo que estaba pidiendo el ministro. Sobre todo porque según dicen, la mujer esa estaba embarazada.

Pero viene el cabo ese y mete la cuchara con que esa muchacha es prima hermana y nos criamos juntos. Y los cabos son así de flojos: si me lo hubiera dicho a mí lo saco de allí y ya estuvo. Pero el carajo logró correr la voz y todos se enteraron. Y ninguno de los carajos se la quiso tirar. Hubo rebeldía. Y era una vaina para mí porque bueno, yo, en la colada pues, pasa. Pero bajarme los pantalones yo solo en frente de todos y pasármela en seco pues, como que no. Son putadas de uno. Pero bueno, uno está al mando. Además, no sé si hubiera podido funcionar así. En todo caso fue un motín. Los jodi por eso. Les metí ocho días de calabozo a cada uno. A cada quien por diferentes motivos, claro. Y al tal cabito ese le di de baja. Pero el puto tiene amigos arriba y eso me tiene podrido. Tuve que parar el despido. Pero dénme tiempo y lo voy a hacer tragar mierda.

Ahora, eso queda en la cuenta. ¿me entiende? Lo que me molesta ahora es que vuelva ese idiota y vea cómo lo reciben. Y le van a creer todo. Así es la

gente: se lo van a creer todo y no pasan dos semanas cuando el asunto está olvidado y los jueces se ablandan. Y el carajo dijo cuando sus cómplices lo sacaron a cambio de la vida y de la plata del Barrigudo, el carajo iba saliendo y me miró y me dijo, te has vuelto una bestia pero esto no se queda así. Lo dijo, me amenazó cuando iba para afuera. Después de tantos días de estar callado, de no hablar con nadie, de pronto abrió la jeta para decirme eso. Y supongo que a eso vuelve.

¿Qué querrá probar este animal? Seguro viene a demostrar que es muy hombre. ¡Tamaño hombre el cochino! Ensuciarse los pantalones y quedarse dormido en medio del interrogatorio. Desmayarse como una mujer. Se quiere pasar de víctima. Creo que es eso: hay carajos que tienen complejos así. Se cree un hijo amado, un cristo. Un cristito pendejo es lo que es. Se va a dejar joder solo para demostrar que estaba diciendo la verdad. Y el bruto cree que tiene una buena coartada. Cree que se va a convertir en una especie de dios para todo el mundo. Pero te juro que le va a salir el tiro por la culata. De nada le va a servir. De eso nos vamos a encargar nosotros, los que tenemos que mantener el orden mientras los políticos se dedican a hablar paja.

A como no venga a tratar de joderlo a uno. ¿Y si es eso? ¿Si de veras viene nada más que a cumplir la amenaza? Es cierto que traté de joderlo y todo eso pero es el trabajo de uno. Yo tenía que sacarle la información. Para eso me pagan. Eso es lo que los ciudadanos esperan de mí: que les saque información a todos estos perros.

A mí no me van a joder así no más. Por más bulla que hagan las emisoras de radio, díz que un hombre como ese, un hombre de negocios, un ciudadano recto que nunca se ha metido en política, un hombre que tenía los recursos para quedarse fuera del país y sin embargo optaba por tornar a su defensa, o a pagar su deuda, un hombre así, que trata de

demostrar su inocencia, según los editoriales, un hombre así es un ejemplo de integridad.

Eso es lo que dicen ahora los mongoles. Ya están olvidando que es un secuestrador, que privó de su libertad y puso en peligro la vida de un ciudadano honorable.

Creo que viene a joderme. Y antes de que me joda él a mí lo voy a joder yo. Y lo voy a hacer aquí frente a todo el mundo para que se acabe esto de una vez. De por sí, esta vida mía, este sentido de responsabilidad ¿de qué ha servido? Vea como son las cosas: no me premian a mí, no nos premian a nosotros sino a estos desgraciados. Pero yo lo voy a mandar a joderles la panza a las lombrices. A mí no me vas a joder así no más, ¿oíste? A mí no me vas a joder.

¡Coronel!

El ministro volvió los ojos hacia el grito y pudo empujar al imputado. Detrás de él, en un arrebato de locura, el Barrigón atacó al policía más cercano, fracciones de segundos antes del grito y el disparo.

Y me deben soltar, perros, porque yo a ese huevón lo mato, porque a mí no me van a joder así no más, y esta vez no les va a tocar solo ocho días.

Yo, por mi parte, no sé a qué viene. Córrese un poco. He sido amigo de él y todo, pero eso no tiene que ver. Talvez fue por el niño. Posiblemente fue eso. Que yo por no poner atención y en mi afán de colocar toda la mercadería, y sobre todo de vérselo puesto, no oí bien el asunto. Yo no recordaba que esa muchacha es la mujer de él.

De haberlo recordado algo hubiera hecho. Pero me limité a cumplir profesionalmente. Uno puede involucrarse personalmente en la vida de sus pacientes. Y yo la conocía a ella y todo, era cliente. Me compraba de vez en cuando. Y era un deleite verla con las prendas que adquiría. Pero no pensé que lo del niño iba a complicarse así.

Lo que pasa honestamente es que ese día me dio mucho enojo. Siempre se probaba la ropa que yo le vendía sin protestar y le tenía muchas ganas esa tarde.

Abran paso, soy médico. ¡Dios mío, cómo sangra! El negocio no deja mucho. Córrese un poco. No se gana mucho como para pagar el trabajo que toma colocar estas prendas en esta forma, una por una, a las enfermeras y secretarias del hospital y a unas cuantas pacientes. Se los vendó a muy buen precio. Tangas, bikinis, negligés, cosas de esas. Pero el asunto, la gracia está en vérselas puestas.

Hay que pasarlo al hospital. Hay que pasarlo urgentemente. Me metió aquí un par de bultos. Nada ilegal, fue simplemente una cuestión de padrinos. Llamó a alguien en la aduana y se hicieron los tontos. Yo no me acordaba que esa es la mujer de él.

De todos modos el niño llegó muerto. Si, yo

calculo que llegó muerto por las pruebas. Tenía varias horas de muerto. Esa es la verdad. Y yo creo que a eso vine aquí. A explicarle a él que no pude haber hecho nada por su hijo. Estaba ya muerto cuando llegó al consultorio. No quiero que se quede pensando que le jugué una mala pasada. Después de todo, le debía un favor. Además, no me conviene. Ayer me dijo el jefe que piensa renunciar. Un escándalo no me conviene. Yo sé que bueno, no es que tenga nada que esconder. No es exactamente eso. En realidad no estoy haciendo nada ilegal, pero es que no sé qué le habrá dicho ella a él, no sé si habrán hablado por teléfono. No sé qué pensaba decir este carajo aquí. Por eso vine. Para estar presente y hacer cualquier aclaración. Podría ser que su desesperación fuera tan grande que enrede todo, y comience a hablar de contrabandos y cosas de esas.

¿Quién le habrá disparado? Abran paso, despejen. A este muchacho hay que llevarlo al hospital. Hay que llevarlo.

— Todo iba bien, ¿viste?

— Si. . .

— Tenemos que acercarnos. ¿Le habrán dado? No sé, ojalá que. . . Ojalá que viva.

Allí está la mujer esa. Ya no la quiero. No la puedo querer. No es mi amiga. Elia lo mató. Debe estar feliz ahora.

No te amargues amor. No dejes que las circunstancias te dominen. Yo sé que en esto llevas las de perder. Yo sé que te has jugado el prestigio y además te has involucrado en forma muy personal. Pero todo saldrá bien, amor. Todo saldrá bien.

Hace sólo un momento te sentías sereno. Lo viste bajar del avión tranquilo, con la cabeza levantada, dirigirse a la mesa y tomar su lugar con dignidad y te preparaste para tomar tu lugar junto a él, para decirle que ya no eran sólo abogado y cliente, que ahora eran amigos.

Pero se opusieron los policías. Tu defendido para ellos seguía siendo un peligroso delincuente común, quien, so pretexto de defender la democracia, privaba de la libertad y extorsionaba a las personas.

Y de pronto y de la nada y de la locura: ¡el fin! El fin de todo. Y sientes que todo ha concluido, amor. Sientes que se cierra el capítulo y no hay nada que agregar.

Perdóneme si se me salen algunas lágrimas amor. No dejes que las circunstancias te dominen. Yo sé que llevas las de perder. Pero todo saldrá bien. No te amargues amor, no te amargues.

TERCERA VOZ

O sea que, bueno, no le ha valido regresar. Vino a buscar la muerte. Porque tengo la seguridad de que lo han matado. Lo presiento. Debi haberlo pensado: no iban a dejarlo volver aquí y decir su palabra impúnemente. Alguien habría de silenciarlo.

Era poseedor de más información de la que había querido entregar. Su silencio era una manera de defender su vida. Era una forma de evitarse el problema de exponer su vida. Creo que estaba amenazado. Ha estado bajo amenaza todo este tiempo. Y lo salvaron para que él cargara con la responsabilidad, para que dejara en paz a alguien. A él le cargan el dedo. El con su silencio fue cavando su propia tumba a la que está ahora a punto de descender. Y cuando quiso hablar ya era tarde.

QUINTA VOZ

¿No se ve nada? ¿No se oye nada? Que está sangrando. ¿Cuál médico? Si es ese hombre podemos ir anunciando la muerte del imputado. Es una vaca el médico ese. Es un inepto. Llamen a otro. Voy a tratar de salir. ¿Cómo que no puedo? Soy el secretario. . . ¿Estamos todos arrestados?

A mí, hacerme venir en un día no laborable a levantar el acta, sin que yo hubiese hecho nada para merecer semejante preferencia, tal distinción, sin que yo haya querido ser más que mis abnegados compañeros de oficina, sin que de ahora en adelante vaya a poder aspirar a que me paguen bien por no ser ya nunca más un simple funcionario de la oficina; me han cerrado las posibilidades de ascenso, de ganar un poco más, de seguir tachando y firmando sin problemas, salvo oír a mi amiga con sus manchas en la cara quejándose de quien tiene un Turbay 800 y no ha vuelto.

¿Cuáles son mis funciones? ¿Dónde acaba la función pública y empieza la vida privada? Lo que sé del Turbay 800 lo sé y yo lo sé en forma privada y no tengo derecho alguno a pasar la información a nadie. Por lo menos eso me dije. No, no sé. Yo tengo que callar, que guardar el secreto, y espero que no haya muerto este tipo, aunque sé que se muere. Porque a cuenta de qué van a venir a decir que yo tengo que ver con la muerte, que mi silencio tiene que ver con la muerte de un hombre supuestamente inocente, si yo callo simplemente para no comprometer a mi amiga, que no tiene el valor de decir la verdad porque además podría perder su puesto.

Soy, en efecto, un simple funcionario judicial

que tacha y firma. Que se levanta en las mañanas para bañarse, desayunar, besar a su esposa e ir al trabajo. Un simple funcionario que toma café a las nueve y vuelve a su casa en autobús. Uno que come arroz y frijoles todos los días. Uno que disputa el uso del baño con los suyos como en cualquier parte del mundo. Uno que besa a su esposa en la puerta y marca la tarjeta del edificio a la hora exacta. Uno que aspira a ganar más sin dejar de hacer lo que siempre ha hecho. Porque me gusta mi trabajo. Pero ¿sabe lo que pasa? Ahora me harán famoso, y no podré lograr jamás una relación normal con mis compañeros y mis jefes, y lo que pasa es que me jodo, me jodo ahora sí.

Pero ahora esto. A mi todas me tocan. Porque yo lo vi. Es uno de los jefes en la oficina de seguridad. Estoy seguro: yo lo vi. El disparó. Ahora oigo por la radio que el disparo vino de fuera de la sala, por una celosía. Oigo decir al locutor que casi matan precisamente al oficial que yo vi disparar. Pero no es asunto mío. Yo soy empleado judicial, y lo que me toca es levantar actas. Y eso lo hago bien. Esa es mi función. Allí están los que yo vi que lo agarraron y le quitaron el arma. El salón estaba lleno. El ministro vio algo, estoy seguro, porque dicen que empujó al reo. Que hablen ellos. No me joroben. Yo no hablo. No canté lo del Turbay 800. Ahora menos. Yo no pienso hablar ahora. Ahora me voy a callar.

EL TESTIGO PRINCIPAL

Espero que no se haya olvidado que mi confesión debe mantenerse en secreto. Usted tiene que callar. Usted no puede hablar, padre. Aunque sí, es cierto que di una falsa confesión, un falso testimonio en el juzgado y que fue bajo juramento. Pero yo al menos necesitaba el dinero. No para mí, sino para ellos, mis cabecitas chumico y mi cholita.

Sí, fui yo quien lo mandé a matar. Yo lo mandé a matar. No hablé cuando tenía que decir mi propia palabra. No supe volver sobre mis pasos y gritar que no, que ya el Espíritu de Dios moraba en mí y yo tenía que cantar como David. No sé, padre, no sé. ¡Para lo que me ha servido la bendita confesión!

Yo tenía que proteger a mi familia. Allí estaba mi negra y los chiquillos y mi vergüenza y todo Tres Ríos mirándonos, dispuesto a reirse de nosotros, a burlarse, a comentar sobre nuestro caso, pues hemos pasado de gente bien a mendigos solo porque con demasiada frecuencia me agarra esta sed y no sé dejar esta botella en paz.

Yo lo hice porque yo amo a los míos y tenía que salvarlos. Y no tengo la culpa si ahora resulta que le han disparado cuando él venía a decir que él no fue, cuando estaba a punto de desmentirme, y seguramente me iban a obligar a volver a la Corte a declarar de nuevo, y por eso mismo yo pensaba ir de nuevo a su iglesia, padre, porque yo no iba a poder desmentirme, pues lo que uno ha dicho queda, y no tiene caso presentarse ante los hijos como un mentiroso, y perder el respeto de la mujer de uno.

Yo cargaré mi culpa, si es que la tengo, porque como lo dije antes lo hice por amor. Cargaré mi cul-

pa hasta la tumba. Para eso soy hombre, padre. Para eso soy hombre.

Por eso espero salir de esta pocilga pronto para tomarme un buen trago.

EL PRESBITERO

Vine porque necesitaba verlo bien. Verlo de cerca. Quedar bien con mi conciencia. Porque desde que en la iglesia vi y oí a ese pobre desgraciado abogando bajo el peso de su angustia todas las alabanzas y glorias al señor, entré en crisis. Lo que al principio fue seguridad se fue derrumbando poco a poco. Lo que en el inicio era firmeza comenzó a tambalear. La nave hacía aguas.

Porque me he fijado bien y todos se parecen. Realmente Dios hizo a todos los negros muy, muy parecidos. Yo no los distingo bien. Y lo que si sé que vi fue a un negro, pero no tengo forma de decir si fue precisamente este negro. Y no lo hice por mala fe: quise cooperar con la ley.

Ahora se ciernen sobre nosotros esta tragedia: le han disparado. Le han disparado. Y todos olvidarán el juicio. Cuestionarán mi palabra. Lo perdonarán a él. Perdonarán su silencio. En el seno del pueblo se dirá la versión duradera: él guardó silencio porque tenía que hacerlo, y cuando quiso al fin hablar no lo dejaron.

Ojalá no haya muerto.

Padre Nuestro, ojalá no haya muerto.

Señor, tú que haces milagros sálvalo. Tú que resuelves todos los problemas humanos, que puedes resolverlos incluso sin nosotros, incluso sin contar con nuestras debilidades. Tú que tomas nuestro pesado yugo y lo cargas por nosotros. Sálvalo. La vida y la muerte están en tus manos, sálvalo. Tienes que salvarlo. Abriré el libro, háblame. Responde a mi ruego en Tu Palabra, cerraré los ojos. Señor, abriré el libro aquí en cualquier página. Responde Señor, tienes que responder.

El leyó. Sus manos temblorosas. Señor, no los llames a cuentas por este pecado, leyó. Leyó y dejó el libro en el suelo, y se puso de pie para seguir por orden de la autoridad competente hacia el vehículo de la policía que aguardaba para llevarlos a detención. Iban a ser interrogados todos, dispararon desde las celosías; un desconocido; que casi mata al coronel, el de la oficina de seguridad; que el ministro trató de salvarlo empujándolo, que hay varias heridas; que la mujer del imputado perdió al niño allí mismo en el aeropuerto; que la esposa del Barrigón perdió el juicio cuando vio a su marido saltar sobre un policía en el momento mismo del disparo; que el policía fue atacado por él en medio de la histeria colectiva y está grave, y que sintió en el pecho una pesadez de plomo, y se volvió piedra la camioneta en que viajaba.

*Siento que he fondeado en la rada
de mis Ancestros.*

MANUEL ZAPATA OLIVELLA.

*Hay que ver un aleluya en tambor, un
kirie en palmadas, un ofertorio en so-
llozos, una epístola en jadeos. Los vie-
jos dioses no abandonan a sus hijos y
bailan con ellos de la mano, en esa ca-
tedral de bananales, bajo una cúpula de
temporal, en un altar de manigua.
Tam, Tam, Tam. Yo he sentido que los
hombres son uno, que los dioses tam-
bién, que Yemayá es María.*

ABEL PACHECO

Kimbo levantó la cabeza por última vez. Sus ojos destellaron luces intensos en el amplio salón y parecían aferrarse a la vida más allá de la vida. Kimbo lejos del abismo. Kimbo frente a la luz.

Y desde más allá de todas las voces una voz dijo que aquel era su hijo amado. La sensación de muerte y de frustración que había tomado el sitio de todas las esperanzas cedió un camino. Sin saber por qué la mirada de Kimbo era el preludio de un capítulo inicial. Era el primer día de la semana. Era un caso definitivamente abierto, en el instante mismo en que se cerraba el proceso.

Kimbo, mirada verdad. Mirada que contenía toda la verdad. Y la historia de la señora Rob cobró sentido: ella, la voz, la Segunda Voz desde el samamfo, hablando de las muchachas del pueblo que se enamoraron del Hermano Tigre, y más concretamente de su mechón y de su fuerza y de su piel sin manchas. Porque entonces, dijo la señora Rob, los tigres no tenían manchas. Por eso, reza el cuento, el Hermano Araña, el insoportable *Breda Anansi* detestaba al Hermano Tigre y le parecía mal, muy mal, que de pronto y por nada el Tigre lo superara en todo. Porque el Hermano Tigre no había hecho mérito alguno: simplemente derivaba de la naturaleza sus ventajas y la naturaleza le había dado al Hermano Araña en cambio su buena porción de mengua.

Kimbo, mirada verdad, oirás de nuevo la historia. Evocarás las palabras y los contenidos y los símbolos. Recordarás la rivalidad entre uno y otro: el ofendido tratando de una vez de acabar con lo que consideraba grave afrenta, cortando el mechón de

su rival. Pero una noche de osadía y por un descuido el Hermano Tigre lo sorprendió en su recámara y estuvo a punto de matar a su tan gratuito atacante, aunque sin atinar a reconocerlo pues el Hermano Araña logró huir al amparo de las sombras. Hoy esas sombras han de hacerse luz, Kimbo. Frente a la soledad y sobre el miedo y por encima del silencio que han querido imponer en el amplio salón, tu voz, Kimbo. Tu voz no debe morir. En el cuento de la señora Rob ese fue el fin de la violencia, porque uno no puede usar la violencia con quien es como el Tigre, un rey de fuerza. Entonces se dio a la tarea de difamarlo. Dijo que ese tal Tigre, tan admirado y deseado por las mujeres no era más que su caballo de trote. Y la voz corrió por el pueblo, dice la señora Rob, al punto de que ya los niños se atrevían a cantar por las esquinas:

*Hermano Tigre se te acabó la maña
desde que te monta el Hermano Araña.*

Así las cosas, el prestigio del Hermano Tigre comenzó a mermar, al punto de que una tarde el Hermano Tigre se vio forzado a ir a plantear el reclamo en el terreno en que corresponde dirimir ese tipo de querellas: el de los hombres. Y fue a la casa del Hermano Araña a quien encontró en su casa, con dolor de estómago, incapacitado. Lo conminó a que fuera al pueblo a hacer las aclaraciones del caso, pero dice la señora Rob que alegando gravedad el Hermano Araña se negaba a acompañar a su ofendido contrincente. Pero cuando el Hermano Tigre comenzó a amenazarlo, cedió con una condición: de que lo llevara sobre sus lomos. Se puso incluso unas espuelas para, diz que, evitar caerse del lomo del tigre, tan débil estaba, y dice la señora Rob que de ahí el tigre sacó sus manchas, y la vergüenza que hace que siempre viva hoy entre el monte sin atreverse a entrar nunca más en los pueblos.

Sí, su mirada era verdad. Desfilaron uno por

uno todos los testigos y todos los testigos eran el testigo: con una misma voz e idéntico rostro. Eran los enemigos que brotaron de donde siempre brotan los enemigos, eran los tigres y las tigresas que habían salido del monte. Porque Dios da la pobreza y da la riqueza, decían, pero Dios mismo trataba de recordar. Y había solo una opción: aferrarse a la verdad de los testigos, a la verdad ajena, o resignarse a no recordar. Reptar. Resignarse a su condición de réprobo. O volver de nuevo a su grito de antaño: heme aquí, poseído por el samambo, gritando con la fuerza del viento que soy.

SEGUNDA VOZ

Yo lo recuerdo tierno, ingenuo, deteniéndose para saludarme cada vez que pasaba por mi casa, y yo sabía que él algún día iba a ser alguien. Por eso, en las horas lentas del día o de las tardes, yo buscaba en los baúles los viejos libros de cuentos. Antiguas fábulas que habían sido contadas tantas noches en tantas partes y eran ya parte de nosotros, parte de la herencia. Cuentos como el del ladrón aquel. Era sobrino del rey, le dije, y el rey no lo quería porque era sobrino pobre y por eso el muchacho se dedicó a robar. No le robaba a los pobres: le encantaba robarle a los señores de la realeza. Y al fin se fue, con la venia a regañadientes de su madre, a un país extranjero donde tenía la intención de sacar una maestría en pillería. Pero su madre murió; dicen que fue de tristeza por una ofensa de su hermano el Rey. Y el muchacho, desamparado, tuvo que volver a su país. Pero coincidió con su regreso una cadena interminable de robos, de modo que el Rey lo llamó y le dijo que si bien no tenía pruebas estaba seguro de que él era culpable y que por ende le iba a someter a tres pruebas. Si el muchacho tenía éxito le daría una suma grande de dinero para que se fuera del reino, y si no tenía éxito, lo fusilaría. Y le expliqué al muchacho eso: de que no se puede vencer a la autoridad de esa manera directa en que quieren algunos. Que no es posible sacar fuerza de donde uno no tiene. Que la fuerza debe venir del samamfo, y que la fuerza que viene de nuestra herencia trasciende la fuerza de todos los brutos. La cuestión es que el joven tuvo que aceptar las condiciones del rey, quien redobló la guardia para que el retador no pu-

diese robar sucesivamente el caballo real, el sacristán del templo real, y el anillo de la reina.

Pero así son las cosas de la vida: dió la casualidad de que esa noche hiciera frío y pasó una viejecita vendiendo mucho licor por pocos pesos y los guardias se aprovecharon de ella para tomar barato y a la mañana siguiente Jack, ya sin su disfraz, llegó al palacio con el caballo del rey. Mas no es lo mismo robar un caballo que un sacristán cojo que además era mañoso. Pero Jesús ayudó. Esa noche predicó en el templo a media noche, ataviado con su túnica blanca y con voz temblorosa y de misterioso trueno. Ofreció al sacristán llevarlo al cielo, por un camino pedregoso, en dura jornada, cruzando un prado espinoso, un río, el río Jordán, y con angelicales palomas dándole la bienvenida al cielo. Con esas promesas, y con la confirmación paso a paso de todas las profecías, el sacristán se dejó arrastrar en una bolsa de gangoche y con los ojos vendados hasta el dintel real. Y también le aclaré al muchacho esa parte, porque uno no puede dejarse cegar por nada, ni siquiera por la religión, ni por las apariencias, ni por las promesas. Uno tiene que estar despierto, alerta, le dije. Se lo dije. Se lo dije de tal manera que entendiera bien. Y exigi mucha atención porque sólo quedaba ahora la prueba del anillo, y aquí tenía que enfrentarse al rey mismo que redobló la guardia y se acostó con el revólver debajo de su almohada y las manos de su esposa entre las suyas, el anillo puesto sobre el dedo de su mujer, y el corazón tenso. Pero esa noche tuvo suerte el rey: al oír un ruido se asomó para ver al muchacho bajando por el muro de la plazuela que daba al dormitorio real. Sin dubitar le disparó. Lo mató sin contemplaciones, sin importarle que fuera su sobrino. Pero como era su sobrino, decidió enterrarlo él mismo, esa misma noche para evitar habladurías en el pueblo. Se llevó el cadáver, pero luego regresó por el anillo para enterrarlo con el muerto y evitar así que el palacio sufriese la contaminación de un *dopí* odioso, que desde el más allá

quisiese turbar la paz de sus noches. Y cumplió su deseo y se acostó tranquilo, y durmió roncando toda la noche sobre los hombros de su mujer.

Pero a la mañana siguiente se tragó el huevo duro sin quitarle la cáscara, y no pudo calmar la histeria de la reina cuando el muchacho, anillo en mano, se presentó al palacio, con el cuento: que el cadáver ya era cadáver cuando bajó por el muro, que el de la idea de enterrar el anillo no había sido del rey sino del mañoso sobrino, y que lo justo era darle el dinero, todo el dinero prometido y más, y suplicarle de rodillas que se fuera del pueblo. Que se fuera para siempre de sus dominios. Que se fuera en nombre de Dios. Y es por eso que digo yo ahora, que cuando nuestra hermana la madre del muchacho dijo que ese era su hijo amado, yo pienso que él es hijo del samamfo, y que la mejor manera de definirlo es decir que él es *nuestro* hijo amado. Porque yo pienso que él ha aprendido todas las lecciones importantes que un hombre necesita aprender, y que ya puede pasar a la otra orilla, y esperar que su hijo vuelva a nacer.

Yo por mi parte estoy convencida de que la presión para que volviera aquí, vino de su madre. Quiero decir, siempre estuvo ella detrás de él, como una sombra, velando su vigilia y su sueño. Y no me va nadie a decir, que él de pronto guardó silencio porque estaba confundido, porque había llegado a un punto tal que la presión lo tenía reducido a la nada, que lo que había que hacer estaba hecho, que bajo el peso de tantos testigos gratuitos y abundancia de mala fe no sabía qué hacer. Y por eso guardó silencio. Es una buena lección que debemos aprender, que cuando uno no tiene nada que decir, si no sabe qué decir, lo que conviene es guardar silencio, quedarse callado, no decir absolutamente nada. Y eso fue lo que hizo él. Guardó silencio. Y lo hizo bien. Y hubiera seguido así, callado, sin decir nada más, y habría estado bien. Pero de pronto, lo liberaron y lo colocaron fuera del alcance de todos. No lo podía alcanzar nadie, porque estaba fuera del país, y era cuestión de que sobre quien no pesaba acusación alguna se llevara lo que pudiera de su dinero, y yo sé que tienen dinero fuera del país. Que se fueran a donde quisieran, y el gobierno ni siquiera iba a extraditarlos. Que se perdieran por allí y se cambiaran el nombre y dejaran pasar el tiempo y eso era todo. Pero no. No hizo eso. Volvió. Volvió porque su señora madre se lo impuso. Ella, con su carácter, su fanatismo por la rectitud, que cargó con ella toda su vida porque lo heredó de su padre que a su vez lo heredó de quién sabe quién de la familia, porque ya no llegan hasta allí mis conocimientos, ese orgullo de familia, de raza, o de lo que sea, que no funciona

en estos tiempos modernos, ese orgullo, digo yo, que su madre llevó consigo a la tumba, y que ahora viene a imponerle, y que ya vemos sus frutos: está muerto. Está muerto y no pudo decir su palabra.

No, no es locura. Estoy en pleno uso de mis facultades, y si bien no niego la tensión y la cólera y la frustración y todo eso, te voy a decir la verdad: quizás nunca he estado tan lúcido como ahora. Y no, tampoco es superstición. Yo llamo superstición a algo que es muy simple: se trata de la explicación de los ignorantes. Pero esto no es eso. No es que yo no pueda explicarme lo que ha pasado y por tanto haya buscado una solución mágica al problema. Es decir, lo que afirmo no es una excusa: es una verdad. Es la verdad. Verdad sin demencia. Verdad sin magia. Verdad sin alcohol. Porque no niego que me gustan de vez en cuando un par de tragos, pero no he tomado. No he tomado y no soy un alcohólico, y sabes muy bien que prefiero una buena taza de café y que ese es mi vicio, café, eso sí. Y quiero que quede pues claro: lo que digo, no es un decir de poeta, es un decir histórico, científico. El espíritu del pueblo es una cosa común. Estás sudando como yo. Tengo las manos frías. El espíritu del pueblo es algo común a todos nosotros. Vive en nosotros, nos da la vida. La gente ve eso: ven al ritmo y han creído que eso somos nosotros. Pero no, no somos el ritmo. Y han visto el movimiento y han creído que somos el movimiento. Han visto el colorido y nos identifican con él. Pero te digo una cosa, te lo digo con ganas: cuatrocientos años de experiencia común son más que folklore. Son más que galletas de coco. Me hace falta el café, no estoy diciendo las cosas bien. Y creo que las cosas importantes hay que decirlas bien. Es decir, uno no puede simplemente estar aquí en medio de este tumulto y decir algo que es importante

con descuido. Uno tiene que pensar lo que quiere decir, y decirlo bien.

Son cuatrocientos años de experiencia común. Cuatrocientos años en que hemos tenido que aprender muchas cosas: distanciarnos del dolor para que no nos consuma. Mantener a raya la amargura, buscar ante todo la vida, disfrutar de cada momento como si allí terminara nuestra vida. Quiero decir: es cuestión de vivir hoy. Y eso es el Samamfo. Ese es el régimen de los vivos y de los muertos. Porque el pueblo sobrevive. La rebelión del pueblo sobrevive y está siempre presente. Porque la astucia del hermano Araña sobrevive y se impone. Porque nosotros vivimos por los abuelos, y por los abuelos de los abuelos. Vivimos, existimos en sus mitos, en su historia. Y ellos viven en nosotros. Se encarnan en nosotros, se actualizan todos los días en nuestros actos, y por eso es que siempre te digo que no existe el ayer. No existen los recuerdos. Ayer y hoy son lo mismo: son dos momentos del pensamiento. No se pueden dividir porque entonces el ayer se convierte en una ilusión nefasta: esos recuerdos se vuelven ídolos y nos consumen. Vale decir, lo destruyen a uno. No se puede dividir, porque entonces hoy pierde su sentido. Pierde su sentido y uno no sabe hacia adónde va. Pero el que vive en el Samamfo, el que comprende que la vida es un todo que fluye, sabe que el tiempo es una ilusión. Y los que fueron son.

CUARTA VOZ

Perros, sapos, hijos de mala madre, a ustedes qué les importa, vividores, pseudo reporteros, y no sé, no sé a qué viene su pregunta, porque para nadie es un secreto que fueron ellos, los del tal movimiento para la defensa del no sé qué cosa, y que en fondo lo que son es esto: son una banda de criminales todos ellos, entrenados en un país extranjero que todos sabemos cuál es, y está comprobado que este hombre iba y venía, salía del país a cada rato, y sin duda que su razón de tanto viaje era esto: él se la jugaba con ellos; hijos de mala madre, ¿Por qué no se van, por qué no dejan de presionarme, por qué siguen empujando, y por qué no hay una ley? y si los políticos sirvieran de algo habría una ley para proteger a un funcionario de mi rango de esta presión bárbara, y ¿qué?, ¿no tiene voceros el gobierno?; para que un profesional como yo tenga que poner la cara ante estos idiotas que lo que buscan no es la verdad sino joderlo a uno, porque viven de eso, de sacar una historia de cualquier parte, y cuando no saben qué poner sobre el papel o qué decir en el micrófono, lo inventan, y quieren llevarlo a uno a decir lo que no debe, porque no, nadie, ninguno de ustedes puede dudar con seriedad de que fueran ellos, puesto que las cámaras estaban enfocando al tipo ese, y ustedes vieron a la policía cuidándolo, oiganlo bien: estábamos cuidándolo, y en eso vino el bombarzo, y yo he examinado la película una y otra vez y puedo decirle que cualquiera que se fije desde adentro, no se hizo desde adentro del edificio, porque hubiéramos agarrado al tipo, lo habríamos visto con el arma, y no podría haberlo escondido tan fácilmente.

te, así que, hijos de mala madre, ¿por qué no me dejan tranquilo ya?, porque eso sí, si la fuerza pública no cumple con su deber hablan hasta por los codos, y ahora que hemos cumplido están presionándome, y no, no quise decir nada más de lo que oyeron, no, no quise decir nada más de lo que oyeron, dije eso, que había cumplido con mi deber, y voy a hablar con mi abogado, voy a ver cuál es el camino para ponerle a usted una demanda, a usted y a su pasquín, porque me importa un comino el secreto profesional, usted tiene que decir quién fue el que insinuó eso que dijo que insinuaron, porque eso que usted ha dicho tuvo que haberlo inventado, porque nadie en la fuerza pública iba a inventar un cuento así que nos perjudica a todos, y solo en la mente suya cabe semejante barbaridad, y dé gracias a Dios que esté usted en un país como el nuestro, donde existen las más amplias garantías para que usted abuse, y convierta estas libertades en libertinaje, y ande ofendiendo a la gente con este tipo de insinuaciones, porque debe quedar claro, que nadie en la fuerza pública le disparó, ni teníamos motivo alguno para hacerlo, y no, no hay conexiones entre ese tal movimiento y nosotros, porque todos sabemos adonde se entrenan esos perros, y todos saben quiénes somos nosotros, que somos leales, muy leales a nuestra patria y a nuestras familias y a Dios, y que hemos jurado defender el honor de la República y en eso estamos, y vamos a cumplir con nuestro deber *a como sea*, y no, no quise decir nada especial con *a como sea* simplemente es una forma de hablar y ya no me jodan, váyanse, capitán, sáquelos. . . sáquelos. . . sáquelos de aquí. . .

Cada mañana, cada día, cada atardecer es solamente eso: una mañana, un día, un atardecer. Debe ser solamente eso. La vida no da para más.

Surgir de las tinieblas intensas en que nos había sumido la noche para ver el fuego ardiendo y el olor suave a café negro.

Levantarse de las cobijas para recuperar en el agua de la ducha el valor necesario para enfrentarse al día, con todo lo que el día tiene, incluso, con el rumor temprano que corta el entusiasmo, y no perdona la liviandad que surge con el amanecer, para decir, matando incluso el aroma y el sabor, *el café está servido, amor, y se te va a enfriar.*

Recoger de la voz de la mujer de uno la prisa necesaria para lanzarse a la calle, donde las turbulencias de los miles que han amanecido con la agresión en su garganta esperan para matar la ilusión. Sí, surgir así, para marcar la tarjeta y mirar al frente donde han puesto un demonio que ocupa el lugar de una secretaria que de pronto renunció a su trabajo y se fue. Renunció, ahora sí. Cuando tantos días y tantas horas había dicho que definitivamente ese era el último día. Ahora sí, alcanzó en medio de todo su postrer día.

Abrir camino entre las horas, para arrancarle a las horas el pan. Cada día de esta forma y manera. Cada momento el mismo momento. Porque el pasado y el presente son una eterna carga, que no nos deja disfrutar de la esperanza, que nos roba el futuro, que nos niega la ilusión de ser.

La ilusión de mejorar. Un funcionario ha cumplido con su deber, y debería tener la posibilidad de

sentir que la vida avanza, que todo va bien. Debería uno poder decir que está cumpliendo su deber, porque habría de bastarle a la sociedad que uno se destierre entre tacha y firma toda una vida por un miserable salario que no le permite ni siquiera comprar un turbay 800 y disfrutar como hacen algunos.

Y uno se resigna. Total, la pesadumbre de existir está echada. Y uno convive tolerantemente con uno mismo, y ha podido al menos hacerse de una casita, y tiene posibilidades de una promoción cuando de pronto, de la nada, absolutamente por nada, alguien inventa que uno tiene turno: tiene turno cuando había logrado borrar de la mente las obsesivas imágenes del idiota que no se defendía, y la legión de testigos payasos que se contradecían tanto y obligaban en cada caso a eliminar palabras para darle congruencia al documento; turno cuando es domingo y toca un merecido descanso entre las atenciones de mi mujer que no se cansa de obligarme a tomar el café antes de que se enfríe; sí, así, a alguien se le ocurre decir, *vas para el aeropuerto* y vaya usted señor. Y entonces, la resignación aborda un caballo alado y se va con el viento.

Pero la pesadilla no para. Uno ve al individuo cuando dispara. Y uno respeta la opinión de los demás y prefiere callar, para no contradecir la declaración oficial. Lo mataron desde las celosías sus mismos compañeros. ¡A fuer de qué iba uno a contradecir lo que han dicho personas de reconocido prestigio! En primer lugar porque es altamente improbable que le creyeran a uno, palabra contra palabra, y en segundo lugar porque mal que bien uno trabaja para el Estado, y no tiene caso destruir la confianza del ciudadano en los hombres del Estado.

Por eso digo yo. Dije yo que las cosas habían vuelto cada una a su lugar. Dije yo que todas las cosas regresaban a marcar su paso de siempre. Dije yo, que la pesadilla esa se acababa, y que era cuestión de olvidar el error cometido por el Sistema y esperar tranquilos que sanasen las heridas. Por eso

digo yo. Dije yo que todo estaba bien. Y no contaba, no estoy contando con esto, con este maldito documento, que parece haber salido de ultratumba, y con esto que es la venganza, parece la venganza de un dios negro, de una deidad tenebrosa del Africa, que vuelve a surgir de su sepultura de siglos para prender fuego aquí y destruir los ciento cincuenta años de democracia que tanto trabajo ha costado construir.

Y cada día, digo yo, debería ser eso: una mañana, un medio día, un atardecer. La vida no da para que los muertos se levanten de sus tumbas para echar a andar los cables internacionales, para mandar a celebrar misas, para el repique de tantas campanas, para llenar tantas cuartillas de papel periodístico. No, la vida, digo yo, no da para tanto.

Niegan el ritual.

Han roto el acompasado vaivén del péndulo.

Vamos de cabeza nosotros.

Tampoco esta noche lograré dormir.

No quiero saber más. No quiero decir más. No tengo por qué meterme en un asunto que no me incumbe. Por eso estoy quemando este maldito documento. Lo estoy quemando porque no quiero estar en ninguna lista de gente honesta que tenga ningún muerto. Porque está muerto el tipo loco.

Un hombre pone la cabeza y los pies y el esfuerzo en el trabajo y tacha y firma todos los días y. ¿sabe cómo le pagan?

Amigo, écheme estas cenizas allí en ese basure-ro, y sírvame otro trago.

VII

EL MEDICO

No, no te entiendo. Además te contradices. Te enredas. Estás tratando de ser filósofo, pero eres abogado. Te enredas: no puedes tener los dos mundos. No puedes esperar que te entienda, porque eres un hombre educado. Has debido a estas alturas superar todo eso, dejar atrás las cosas simples. Es hora ya de ir asimilando, porque de nada habrán servido todos estos años de educación, digo yo, todos estos años de privaciones y esfuerzos por darte una buena educación, una educación académica, una instrucción formal rigurosa, y no tiene sentido que ahora, con todo lo que llevas en el campo del derecho, vengas a decirme una cosa de esas.

Porque esa señora no pudo haber influido ya en su decisión. Es cierto, de alguna manera las personas del pasado influyen en nosotros. De alguna forma uno siente el impacto de todas sus experiencias pasadas. Y sí, claro, alguna huella tuvo que haber dejado a su paso por la vida la respetable señora. Pero eso es una cosa. Es algo bien diferente de lo que ahora me estás diciendo: no es verdad que ella, que ella. . . ¡Que absurdo, tienes que estar bromeando! Sí, yo creo que estás bromeando. No puedes querer decir con tanta seriedad lo que me parece entender. Y si no estás bromeando entonces soy yo quien no ha podido entender tus. . . tus licencias poéticas. Uno cuando se muere se muere y se acabó.

Sí, se acabó. Y no hay forma en que una persona muerta pueda. . . eso es superstición, y no es posible que una persona culta, con una vasta formación en el campo del derecho, con una rigurosa formación, diría yo, y los años de experiencia litigando,

los años que llevas a cuesta, lo que habrás oído y visto en todos estos años, lo que habrás pensado. . . en fin, no es posible que con todo ese acerbo vengas ahora de la nada a decir lo que acabas de decir, ni siquiera estás borracho. Porque bien, a veces la gente bajo los efectos del alcohol, como dicen los periodistas, así, bajo los efectos de unos cuantos tragos, pues diga una cosa de esas. O bien si uno de esos negros ignorantes, del monte para adentro, diga eso, pues, pasa. Pero que tú, tú precisamente me vengas ahora a decir que una señora *que hace años murió puede haber convencido a su hijo para que vuelva al país a rendir su declaración*, eso sí que no. Eso no te lo acepto. Estás loco.

VIII

SEXTA VOZ

Pongamos ese documento allí. Dejémoslo allí, para cuando tenga tiempo. Debe ser propaganda. Vieras amor, que todos estos días han estado llegando toda clase de porquerías. Insultos, amenazas, cuentos sin pies ni cabeza. Esa ha sido la vida en esta casa. De modo que prefiero que pongas ese documento allí, sobre la repisa, y vengas acá a sentarte junto a mí, a poner tus brazos alrededor de mí, para decirte que estoy contigo. Para decirte que comprendo que tu solidaridad haya pasado, de un gesto noble para quedar bien conmigo, a un compromiso personal. Sé que este ha sido el gran reto de tu carrera, que has logrado por fin una identificación total entre causa y ley, entre tu concepto de justicia y la legalidad, y que sin embargo, a pesar de eso, no te han dejado realizar el perfecto empate: compaginar más allá de toda duda, pensamiento, doctrina y acción. Eso lo sé, amor. Y sé que si te he amado alguna vez ha sido en estos días. De modo que. . . pero déjalo. . . háblame algo más que de esa cosa del samamfo. . . que la verdad es que no entiendo.

Está bien: creo que estás obsesionado por todo. Abriremos el sobre. Abriremos el sobre para que yo lo lea y quedes tranquilo. Abriremos el sobre para que yo lea que *les escribo esta carta porque figuran en una lista de personas honestas que hice durante este corto exilio. He hecho setenta copias. Lo que voy a relatarles es la verdad.* . .

Jesús. . . Dios mío. . . Esto es. . . Esto es. . . ¡Kimbo. . . Kimbo!

¿Es esto el samamfo? ¿Es así como los que fueron son?

Si, fuimos compañeros de celda, y les agradezco haberme traído esta carta, porque ese muchacho entró aquí, señores periodistas, y desde que entró hasta que salió no dijo nada, y era evidente que lo habían torturado, sí, lo habían torturado, y no me cabe duda de que fue el fulanito ese que acusa, sí, ese fue, porque tiene fama aquí de ser un sangrón, de ser mala leche, y más de uno lo tiene jurado, y solo están esperando el momento para echárselo al pico.

Pero no solo eso: yo lo conocí a él cuando era un mocoso, lo vi crecer, me acuerdo bien de él, y yo me crié entre ellos, y los conozco bien, muy bien. Y sé cómo reaccionan. Y por eso le aseguro a usted que si ahora habla y antes no quiso hablar es por algo. Su motivo tenía. Porque esta gente habla y sabe hablar. Saben decir las cosas de una manera que le llegan a uno. Y si estuvo callado, si no dijo nada antes, si se guardó lo que tenía que haber dicho antes fue por algún motivo, fue porque él sabía que con decir la verdad desde un principio hasta allí llegaba la cosa para él.

No saben cuánto les agradezco esto. Y eso de esperar a que lo leyera antes de irse. Eso de conseguir el permiso para esta entrevista, y aprovechar para entregarme este documento que además viene a mi nombre, de puño y letra el sobre, de puño y letra de él, eso es mucho hacer de parte de ustedes y se los voy a agradecer siempre.

Lo que quiero declarar es poco: que estoy convencido de que cada palabra es verdad. Creo que el papel este no tiene ninguna mentira. ¿Y cómo lo

sé? Lo sé porque sí, porque creo que sí todo lo que dice sobre lo que pasa aquí adentro es verdad, y eso me consta, es decir, todo lo que dice sobre la cárcel es cierto, entonces todo lo demás es cierto.

Y mire, él sabía que se iba a morir. Y ustedes pueden decir que son cosas mías, que yo estoy muy influido por esa gente, y que soy uno de ellos aunque mi piel sea de otro color. Puede que sea así. A lo mejor es así. No sé. Lo cierto es que me dan ganas de soltar la carcajada. Sí, voy a soltar la carcajada. Y no, no me estoy burlando de nadie: yo soy de Limón, y los limonenses sabemos cuándo reír, porque esa es nuestra manera de dejar salir la cosa.

Una ráfaga de viento tibio pasó por la pequeña oficina levantando el polvo del suelo. La luz del atardecer se quebró en infinitas porciones entre el polvo, y mil colores, mil tonos llenaron el espacio. Las cámaras intensificaron entonces la luz. Entre las carcajadas incontrolables brotaron algunas lágrimas y una voz dijo de pronto: está bien, paisano, jodiste a todos estos hijos de puta.

LOS COMPLICES

— Lo sacamos de allí: eso era lo que querías. Eso fue lo que propusiste. Lo sacamos de allí, ¿y ahora qué ganamos?

— Pues los despistamos lo suficiente para. . .

— Para nada. . . Siempre dijo lo que quiso. No nos agradeció el desgraciado haberlo sacado de la cárcel, ¿verdad que no? Eso nos pasa por hacerte caso.

— ¿Podrías bajar un poco el radio?

— No, no me da la gana, pedazo de animal. No me da la gana y así se queda. Y no me joda, porque la verdad es que tengo unas ganas de volarte los sesos que no te imaginás. Sos un carajo. Un carajo cobarde y acomodaticio, que todo lo ves al revés, vos. Lo ves al revés de lo que es. Ese es tu maldito defecto.

— Fue una idea. Sugerí de buena voluntad. . .

— No sugeriste nada: casi que nos chantajeaste. Teníamos miedo de vos, esa es la verdad. Miedo de que si no te hacíamos caso, si no hacíamos lo que querías ibas a salir de aquí cantando. Ibas a irte de aquí a hablar de nosotros.

— ¿Cómo se pudieron imaginar eso?

— Esa es la verdad. ¿Y sabés una cosa? Creo que teníamos razón. Maldito caso que te hicimos. Maldita la hora en que te hicimos caso. Y ahora resulta que nos has jodido. Ahora sí nos has jodido. Y vamos a tener que salir a la prensa y decir que en realidad el carajo ese no tuvo nada que ver con nosotros, porque no nos conviene estar asociado con un carajo así que de pronto se ha convertido en un héroe de los idiotas, de los comunistas, y de todos los compa-

ñeros de viaje de esa gente. Y hay más de un bruto de esos que se llaman cristianos que andan en lo mismo.

— Pero. . . lo que no entiendo es por qué. . . por qué me culpan a mí. . . fue una idea, yo no tenía forma de saber. . .

— Sos un maldito bruto y nos has jodido y no vamos a dejar las cosas así: vamos a devolverte patada por patada de modo que dame tu arma. Dame tu arma y no intentés hacer nada fuera de lugar porque hay dos hombres apuntándote.

— Pero. . . ¿qué van a hacer? ¿Qué pretenden hacer conmigo?

— Vas a ser juzgado. Vamos a juzgarte, y entérate de esto: no tenemos campo para prisioneros. Sabés muy bien que no podemos mantenerte en prisión mucho tiempo porque no tenemos los recursos. De modo que, buena suerte, buena suerte. Si salís bien librado de esta, dedícate a sembrar papas. Si no salís bien, pues adiós, morenito.

LOS FELIGRESES

— No venga aquí. . . no quiero verlo a usted ni hablarle. . .

— Un sacerdote no puede negar la confesión. . .

— Déjeme en paz. . .

— Padre, usted tiene la obligación de oír. . . vea que tengo familia. Nueve cabezas chumico me esperan, ansiosos, como todos los días.

— Usted debió pensar eso antes. . .

— Y usted no debió haberse metido a sacerdote, Padre, se lo digo con todo respeto.

— Vuelva a su casa en Tres Ríos. . . su mujer lo está esperando. Cuénteles a ella lo que ha hecho.

— No. . . eso no. No volveré a ella. No volveré a mirarla en su cara nunca. Ella blande ese condenado documento que dicen escribió el muerto, pero yo sé que un muerto no escribe. Un muerto no pudo haber escrito setenta páginas y haberlo mandado a setenta personas. No pudo haber sido. Es una farsa. Es una horrible farsa. Alguien está tratando de hundirnos, Padre. . .

— ¿Cómo, *hundirnos*?

— Sí, hundirnos, porque usted también declaró en contra de él. Lo dice el documento. Usted estuvo entre los que vimos. Entre los que dijimos haberlo visto. Por eso no quiere oírme ahora, ¿verdad Padre?

— Déjeme en paz. . .

— ¿Por eso es, verdad? No quiere que le diga la verdad. Porque está bien que yo lo hubiera hecho. Está bien, yo soy un pecador y con tal de conseguir unos pesos y por farsante y bocón me metí en este lío. Está bien. Pero yo no soy sacerdote ni nada. Usted sí.

— Yo sí lo vi. . .

— ¿Lo vio usted Padre? El documento que tiene mi mujer dice que no pudo ser: y el taxista apareció. Apareció y fue a la prensa y dijo que él lo había llevado del aeropuerto a su casa, y por tanto no podía ser. Dijo que siempre lo iba a buscar al aeropuerto cuando llegaba y que por medio de su mujer le avisaban, y así había sido. Entonces usted no lo vio, Padre. No lo pudo haber visto, porque él no estaba allí.

— Demonio. . . Salga de mi iglesia, demonio.

— Yo no tengo donde ir, Padre. Donde quiera que voy la cara de ese hombre me sigue, y los ojos de mi mujer me miran acusándome, y dicen que la prensa me anda buscando. Y yo tengo muchas ganas de ver a mis cabecitas chumico que hace días no los veo. Y yo pienso que lo que le pasó a ese hombre me pudo haber pasado a mí. Porque ahora me doy cuenta que en realidad nadie lo vio allí: solo vieron un negro. Eso fue todo lo que vieron. Y yo me dejé llevar por mi lengua, por bocón. Y yo me he dejado llevar como un idiota, y por querer unos pesos dije tonterías y eso me pudo haber pasado a mí, y eso me preocupa. Y usted debe hacer lo que ha hecho ese taxista padre, para poder dar gloria y alabanza al Señor, usted debe hacerlo, porque. . .

— Demonio, salga de aquí le digo, salga de aquí o no respondo por lo que pueda hacer, salga de aquí, salga de aquí. . . no quiero verlo más, salga de aquí, ¡fuera!

Luz de Luz sin tiempo. Flor de sueños ocultos. Maldito demonio, dice el padre, cuando llegan junto a la puerta de salida, cuando las lágrimas brotan de sus ojos, cuando cierra la puerta del templo.

LOS ESPOSOS

— No sé, pero es doloroso esto.

— Sí, en el fondo hemos perdido todos.

— Bueno, eso es un punto de vista. No creo que así sea. En fin: el problema de ese muchacho fue siempre su madre. Esa señora siguió influyendo en él aún después de muerta. Estoy seguro que volvió al país solo por ser fiel a las enseñanzas de su madre.

— Pero dijiste que a tu modo de ver no tuvo nada que...

— La presencia de la madre de ese muchacho ha sido una suerte de mala conciencia que lo acompaña siempre. Insistía todo el tiempo en que su hijo fuera por lo que ella llamó el camino recto. Ideas antiguas. No sirven para funcionar en nuestros días. Aquí no valen pelos de bigote: hay que firmar un pagaré.

— Sí... el mundo está cambiando.

— Es que no caben esas ideas en una mediocracia como la nuestra.

— Sin embargo sigo pensando que en el fondo hemos perdido todos. Y en alguna medida todos fuimos responsables.

— Pues yo nada pude haber hecho. Y de todos modos es el final, el paso definitivo hacia la nada.

— Pero no puedo creer que todo acabe aquí. No puede ser. Era un buen hombre.

— No queda nada. Nada en absoluto. Tu puedes decir lo que quieras: él ha perdido.

— Ha perdido. Yo lo conocía bien. Sé que no tuvo nada que ver con eso. Sé que no era miembro del grupo. Estoy segura. Y no hubiera hecho falta que

me dijeras que ellos mismos lo dijeron para darme cuenta que eso es así. Y se lo dije a mi hermana la cuerda: ese hombre es un hombre de recursos, y es un absurdo pensar que iba a secuestrarte por dinero. No estaba en quiebra. Pero de todos modos conoce el fondo y si hubiera quebrado era cuestión de volverse a levantar.

— No sabes nada de estas cosas, mujer. No sabes de lo que estás hablando. El no se ajustó a las normas. No tenía por qué volver aquí. Estaba libre ya, y esa era su opción. Yo hubiera declarado que no lo creía responsable, y el pueblo le hubiera dado el beneficio de la duda.

— Volvió porque era necesario. Iba a defenderse.

— Era un bruto. Iba a defenderse y ¿en qué paró? Se quedó sin lo más valioso que tiene una persona: su propia vida.

— Sí. . . pero es triste ver que todo acabe así. Me niego a aceptarlo. Su actitud llenaba de esperanzas a mucha gente. Era una actitud digna. . .

— Se acabó mujer, no seas terca. Es el fin. Las aguas vuelven a su nivel y punto. Siempre vuelven a su nivel. ¿Hiciste café?

— No, no hice. Tiene que haber algo que se pueda hacer. . .

— Yo no pienso hacer nada más. Ya puse de mi parte.

— ¿Qué hiciste?

— ¿Te parece poco? Estuve preso todos estos días y te parece que no he hecho nada.

— No me refiero a eso. Estoy hablando de otra cosa. Estoy hablando de hacer algo por el muchacho.

— Está muerto. ¿Vas a hacer café?

— Pienso en la gente. Hay mucha gente que creyó en él y eres el único que puedes decir algo por él.

— No puedo decir más de lo que ya dije. En primer lugar mis negocios, que como sabes son grandes. Ahora más que nunca tengo que trabajar para

llenar este hueco económico en que me han metido. Poné el agua para café.

– Estoy cansada.

– Cuidado se te hace una hernia por poner agua para el café. Quiero tomar café, café chorreado.

– Dame un tiempito y te lo hago. Así que por tus negocios vas a callar. ¿Para qué quieres más dinero? Con lo que ya tienes alcanzaría para vivir bien cincuenta años.

– El dinero hay que hacerlo trabajar si no se pierde. Pero no es solo por el dinero. El otro motivo es mi vida. La mía y la de ustedes. Yo no quiero ser la próxima víctima. No han apresado al culpable. Alguien tiró desde las celosías: ¿cómo es posible? Eso estaba rodeado de policías.

– Pero es que. . .

– Mirá mujer: no me presionés más. Ya te dije lo que voy a hacer: nada. Ahora andá a poner agua para el café, ya te he dado suficiente tiempo.

– Pero es que yo quería hablarte de otra cosa. . .

– Andé poné el agua, carajo. . . y de vuelta me traés el puro.

– Está bien. . . pero no es justo. He hecho todo lo demás. ¿Qué te cuesta poner el agua vos? No querías que estuviera el servicio durante esta semana, pero no me das una mano en nada. ¿Qué te cuesta poner el agua vos?

– Me está sacando de quicio tu rebeldía. ¿qué te pasa? Poné el agua, traeme el puro, y además, tocan a la puerta.

Y estaba bien. El agua en efecto volvía a su nivel. Las buenas intenciones quedaban de camino. De nuevo el papel decorativo, otra vez las fiestas y los negocios en dólares; de nuevo el regaño al director cuando el hijo no gana el año en el colegio; vuelta de hoja, hacia la evasión de mi hermana la loca o los extremos de mi hermana la cuerda, y sí señor, le firmo aquí, gracias, una carta, solo dice al padre de familia, a ver, lo abro, ¿Qué quién era?, un momento,

es. . . un relato. . . la denuncia, Dios mío, es la denuncia, certificada por el cónsul, dice que circulan setenta copias, tomá, tomá, leéte esto, las aguas no han vuelto a su nivel, tomá, leéte. . . ¡Kimbo. . . Kimbo!

Y cómo se pone de pálido el Barrigón. Barrigón, sí, de ahora en adelante. Sólo vas a ser eso. Setenta copias. Llegará a todos los medios de comunicación colectiva y a la prensa internacional. ¿Todo está allí, verdad? ¡Y cómo te ponés de pálido!

Sí, él devuelve las esperanzas. No murió en vano. Vuelve de su tumba y el mundo va a creer su palabra. Echá para tu saco vos. Echá para tu saco y andate al carajo. Andate al carajo, Barrigón, porque tendrás que hacer tu propio café de ahora en adelante, o pagar para que te lo hagan. Porque yo voy a salir por esa puerta mañana. Es más, voy a salir por esa puerta ahora mismo. Y te lo juro por él, que ésta será la última vez que yo pase por este dintel.

Maldito. Era suficiente tener que luchar con esa tal por cual de su amante. Salvaje patas vueltas llena de tierra, estúpida, horrible, pedante, para que además me vengás a hacer esto.

Cavaste tu propia tumba. Tenías abierta la posibilidad de la fuga, y hubieras quedado manchado pero fuera de mi alcance. Me dolió cuando te dispararon y aún me duele, pero luego fui comprendiendo que era lo mejor para todos. Te ibas definitivamente fuera de mi alcance, pero ya no estabas en capacidad de seguir engañando, de volver a reunirse con esta patas vueltas maldita.

Así quedaba la mancha, porque ya algunos decían que de seguro habías sido miembro de la organización y que ibas a contar eso y que por eso te eliminaron. Y te desprestigiabas por utilizar métodos antidemocráticos en la lucha por defender la democracia y todos podían ver que yo tenía razón y no eras más que un hipócrita. Y así frente a todos yo quedaba justificada.

Aquello había sido un golpe de intuición. Pero al caer vos liquidado yo surgía victoriosa en todo. Todo estaba justificado: el fin de nuestro matrimonio, la lucha sin cuartel a que te he sometido durante todos estos años, mi imagen frente a mis hijos, a quienes he explicado que eras un perro que los dejaste por otra mujer. Y en el fondo fue así. Y ahora me haces esto. Ahora me haces esto.

La carta viene con fechas, con nombres y apellidos. Viene con lujo de detalles. Desde la tumba te alzas, vengativo, para acusarme. Y diré claro que todo es falso, que es una jugada de alguien, porque no hu-

bieras podido escribir setenta páginas. ¡Qué maldito! ¡Qué maldito que no me deja en paz ni siquiera después de esto! Sos un cáncer. ¡Sos un maldito cáncer.

LAS DOS MUJERES

- Sí señora. . . soy yo, ¿qué se le ofrece?
- Quiero hablar con usted. ¿Puedo pasar?
- ¿Usted es la señora del secuestrado, verdad?

Pase.

— Gracias. Me ha costado mucho llegar hasta acá.

— Sí: cuesta un poco si una no conoce.

— Es bonito aquí.

— Gracias. ¿Quiere café?

— ¡Cómo no! Se lo voy a agradecer mucho.

— Hermana — dijo, levantando la voz — ¿nos traes café?

— ¡Qué linda tiene usted su casa!

Una pausa. Una sombra se levantó desde el piso, subió por la pared, se posó un instante en el techo y desapareció de la vista. El sol se ponía. El calor de la tarde orlaba las sombras de las dos mujeres.

— ¿En qué le puedo servir?

— Pues, le parecerá tonto pero no sé a qué vine. Creo que quería conocerla. Yo. . .

— No se preocupe.

— Talvez es que necesitaba decirle que yo. . . pues ya no soy la señora del Barrigón.

— ¿Le dice usted así?

— Desde ayer.

El sol orló también repentinas simpatías. Podía ser. Ella había roto y estaba buscando asentarse en una tierra nueva. Hasta donde las circunstancias y el

curso de la historia permitiesen era posible estructurarse un destino propio. Era posible. Por eso el café adquirió un sabor nuevo.

— Me ayudó esto. . . ¿lo conoce verdad? Se lo tuve que robar al Barrigón.

— ¿Quién no conoce ese documento a estas alturas? ¿Más café?

— Sí, por favor. Estuvo muy bien pensado. Casi me muero cuando lo liquidaron sin que él pudiera hablar. Estaba allí mismo, y había hecho todo ese viaje para poder decirles a todos la verdad, y vienen y lo matan. . . Pero no, no debo. . .

— Todos estábamos allí, ¿verdad?

— ¿Todos?

— Sí: en realidad estaba todo el pueblo. Los que estaban a favor y los que estaban en contra. Todos.

— Es cierto. Yo, en realidad esperaba a mi marido. ¿Sabe?, quería probar de nuevo. Quería comenzar de nuevo. Tenía esperanzas de un milagro. Yo estaba dispuesta a tomar mi vida en mis manos. Eso es lo que quería hacer. Y él era para mí el ejemplo a seguir. Y cuando lo liquidaron, cuando no lo dejaron hablar, sentí que el mundo se me venía encima.

— Entonces, ¿usted no creyó que él era uno de los secuestradores?

— No, nunca lo creí. El Barrigón tampoco.

— Es curioso. Yo estaba a la par del padre, del que declaró contra él, pero estaba en realidad pensando en otra cosa. Y cuando él saltó por la puerta el padre y yo nos pusimos de pie. Y salió al salón y se detuvo un momento y yo sabía que estaba buscándome y procuré que me viera y nos miramos largamente. Grité su nombre.

— Sí, yo la oí. Saltó usted y gritó su nombre. Y él sonrió. Fue una sonrisa linda. Y yo la miraba a usted y le tenía envidia.

— Es curioso. Nunca le había visto sonreír así. Era un mensaje: él sabía que conmigo no había duda: yo estaba a su lado como siempre, creyendo en él.

— ¿Cómo era él?

— Era un hombre. . . Así, con defectos y todo. Así como somos todos.

— Rodeados por todos esos vividores del dolor humano preguntándonos, ¿señora, qué siente usted en estos momentos? Tiene que haber cierto grado de sadismo en eso ¿no cree?

— Sí. . . Tiene que haber bastante sadismo.

— ¿Quién lo mató?

Por la ventana el intenso verdor de la tarde y más allá los colores y los tonos imposibles de precisar, en una gloriosa armonía. La imagen de la perfección. Una brisa fresca cruzó por la sala y afuera se escuchó el canto de un gallo.

— ¿No lo sabe usted?

— Sí. . . creo que sí.

— ¿Y?

— Pues. . . mucha gente tuvo que ver. Los que hablaron y los que callaron también.

— Permítame el documento. . . sí, es igual. A mí me envió tres copias certificadas.

— El confiaba en usted. Quiero decir, confiaba en usted como persona.

— Eramos ante todo amigos. Por eso los estoy esperando. Que vengan ahora a preguntar, ¿señora, qué siente usted en estos momentos?. Les tengo la respuesta lista esta vez. Hoy es el primer día. Y él dijo algo y es muy claro: una hormiga doméstica no puede liquidar a un elefante. Simplemente, no pudieron con él.

— Sí, es cierto, ¿pero de dónde sacó su fuerza? ¿De dónde sacó el valor para hacer eso?

La fresca brisa del atardecer volvió a cruzar la sala. La de porte elegante se puso de pie y acercándose a la ventana dijo que estaba buscando trabajo.

La de manos callosas se acercó sonriente. No respondió. Sólo alargó la mano para acomodarle un rizo de tal manera que resistiera con dignidad el paso del viento.

*Heredia, 2 Agosto 1982,
2 Agosto 1985.*

GLOSARIO

- DOPI: espectro. Espíritu de un muerto, aparecido.
- HERMANO ARAÑA O BREDA ANANSÍ: lo mismo que HERMANO TIGRE, son personajes típicos del folklore limonense (Costa Atlántica de Costa Rica). Un gran sector de la población es de origen antillano, principalmente de Jamaica.
- KIMBO: Deriva de la expresión *kimbo off on me*. Expresión antillana que describe una situación de desafío, cabeza levantada, manos a la cintura.
- SAMAMFO: Espíritu y herencia de los Ancestros. En el samamfo están los valores y tradiciones del pueblo. Es la memoria colectiva de la raza-cultura que pasa de generación a generación y que se actualiza en los ritos religioso-seculares del pueblo, en sus luchas, en sus experiencias. Los Ancestros nunca han abandonado a sus herederos.

OBRAS DE QUINCE DUNCAN

UNA CANCION EN LA MADRUGADA

Cuentos.

Primera edición 1970.

Editorial Costa Rica,
San José, Costa Rica.

LOS CUENTOS DEL HERMANO ARAÑA

Cuentos.

Primera edición 1975.

Editorial Territorio,
San José, Costa Rica.

LA REBELION POCOMIA Y OTROS RELATOS

Cuentos.

Primera edición 1976.

Editorial Costa Rica,
San José, Costa Rica.

LA PAZ DEL PUEBLO

Cuentos.

Primera edición 1978.

Editorial Costa Rica,
San José, Costa Rica.

LOS CUATRO ESPEJOS

Novela.

Primera edición 1973.

Editorial Costa Rica,
San José, Costa Rica.

HOMBRES CURTIDOS

Novela.

Primera edición 1975.

Editorial Cuadernos de Arte Popular.

San José, Costa Rica.

FINAL DE CALLE

Novela.

Primera edición 1979.

Editorial Costa Rica.

San José, Costa Rica.

KIMBO

Novela.

Primera edición 1989.

Editorial Costa Rica.

San José, Costa Rica.

EL NEGRO EN COSTA RICA

Ensayo.

Coautor con el Lic. Carlos Meléndez Ch.

Primera edición 1972.

Editorial Costa Rica.

San José, Costa Rica.

EL NEGRO EN LA LITERATURA COSTARRICENSE

Ensayo.

Primera edición 1975.

Editorial Costa Rica.

San José, Costa Rica.

JUSTICE FOR ABORIGINAL AUSTRALIANS

Ensayo.

Coautor.

Primera edición 1981.

W.C.C., Ginebra, Suiza.

GUIA PARA LA INVESTIGACION

Ensayo.

Coautor.

Primera edición 1986.

Editorial Nueva Década,

San José, Costa Rica.

DOS ESTUDIOS SOBRE RACISMO
Y DIASPORA NEGRA

Ensayo.

Coautor con Lorein Powell.

Instituto de Estudios Latinoamericanos,

Universidad Nacional,

Heredia, Costa Rica.

CULTURA NEGRA Y TEOLOGIA

Ensayo.

Coautor.

Primera edición 1988.

Editorial DEI,

San José, Costa Rica.

TEORIA Y PRACTICA DEL RACISMO

Ensayo.

Coautor con Lorein Powell.

Primera edición 1988.

Editorial DEI.

San José, Costa Rica.

LOS CUENTOS DE JACK MANDORRA

Literatura infantil, (Cuento).

Primera edición 1989.

Editorial Nueva Década.

San José, Costa Rica.

OBRAS SOBRE QUINCE DUNCAN

LO JAMAICANO Y LO UNIVERSAL
EN LA OBRA LITERARIA DEL COSTARRICENSE
QUINCE DUNCAN

Donald K. Gordon

Ensayo.

Primera edición en inglés 1987.

Universidad de Monitoba.

Canadá.

Primera edición en español 1989.

Editorial Costa Rica,

San José, Costa Rica.

KIMBO aborda con singular realismo problemas y situaciones de gran actualidad, como la corrupción, el secuestro, el racismo, el sexismo y las constantes crisis de identidad de hombres y mujeres en ferviente búsqueda de su primer día. Su autor es el costarricense Quince Duncan, nacido en la Provincia de Limón en 1940, y quien se han convertido en el más importante y representativo de los escritores del Caribe Centroamericano.

Esta novela obtuvo Mención Honorífica con el título *El primer día* en el Certamen de Novela UNA-PALABRA 1981, que anualmente convoca la Universidad Nacional. Su autor ha elaborado su novela, siguiendo la estructura y la técnica de la narrativa oral de la tradición *Afro-Antilleana*, tal y como se expresa en los cuentos populares sobre *Breda Anansi* (El hermano Araña).

Quince Duncan se ha convertido en vocero de todo un sector de población cuya historia y cultura es por lo general poco conocida dentro y fuera de su nación. Su ficción es representativa de una realidad más amplia en una zona lingüística y cultural que se extiende a todo lo largo de la Costa Atlántica de Centro América.

Kimbo y toda la obra narrativa del autor, se erige como fuente sustentante de la cultura de las Indias Occidentales, dando expresión a la raíz religiosa de esta cultura y al doble proceso de sincretismo y conflicto que constituye su dinámica esencial.

Quince Duncan logra con la presente novela y sus otras obras, convertirse en un autor de profundas dimensiones universales, tanto por el contenido de su obras, como por el arte literario en ellas.



SIBUNA



1989, año del XXX aniversario

Editorial Costa Rica